

Ángel Rafael Lombardi Boscán

Estrategia de la derrota



Universidad Católica Cecilio Acosta



Estrategia de la derrota

(El ejército realista en Venezuela, 1819-1823)

Ángel Rafael Lombardi Boscán

Estrategia de la derrota

(El ejército realista en Venezuela, 1819-1823)

Universidad Católica Cecilio Acosta

Colección: El nombre secreto

Estrategia de la derrota

© Universidad Católica Cecilio Acosta

© Ángel Rafael Lombardi

Cubierta: Claudio Linati, Militares provincianos
de Guatzacualco 1828. (Grabado)

Deposito Legal: ZU2016000120

ISBN: 978-980-405-014-5

Diseño de cubierta: Nubardo Coy, Javier Ortiz

Maracaibo, Venezuela, 2016

*A mis padres: Ángel y Lilia, que acaban de
celebrar 50 años, éste 30 de julio del año
2016, de amores buenos.*

*A mí esposa: Corina del Valle, e hijos:
Ángel Eduardo y Alejandro Rafael, para
quienes renuevo mi compromiso de amor y
acompañamiento.*

*A mis hermanos: Lilia Carolina, Jesús
Gabriel, Marco Adriano, María Esperanza
de la Paz, José Javier, Jorge Eduardo, Diego
Emmanuel, Juan Pablo y Lilia Sofía Leticia,
junto a sus respectivas familias.*

Mi agradecimiento a la Universidad Católica Cecilio Acosta es total, porque quienes la dirigen entienden que la cultura, el arte y la educación salvan a la humanidad, y que un modesto libro, es una inestimable contribución. Al igual que a su Rector y mi padre: Dr. Ángel Lombardi, que siempre confió en nuestro trabajo, y nos acompaña, y que sin su respaldo decidido, éste libro no hubiese sido publicado. A Miguel Ángel Campos, "co-autor", de mis papeles impresos, y una vez más, proponente del título, una reminiscencia al elegante ajedrez, una de mis más queridas pasiones. Y obviamente, a toda mi querida familia, testigos de mis tormentos y sinuosa andadura.

Presentación

Un nuevo aporte viene a enriquecer la bibliografía todavía escasa de la Emancipación vista desde el lado de los vencidos, si en algún momento ese interés podía ser enojoso, luego una perspectiva nacionalista —más bien sentimental— retrasó la indagación intelectual. Y relegó la comprensión de las razones del otro bando, que de alguna manera es acercarse a un rasgo de la venezolanidad, pues como ya se ha acordado, en términos de emociones y recursos, aquella fue una guerra civil.

Con un libro previo tras la misma indagación, el autor encara la continuidad de la perspectiva realista ya ahora en el examen y descripción de las acciones que condujeron al ejército español a la derrota definitiva, a la pérdida de una guerra y la colonia, o provincia, como era la designación oficial. En precisa síntesis, pocas pero suficientes páginas, asistimos a la anatomía de esos años poblados de batallas pero también de estrategias y acomodos de lado y lado, y donde evolucionan más que triunfos y derrotas. Esta manera de seguir el hilo de la guerra incorpora cuánto hay de imprevisto fuera del teatro mismo, las tensiones rastreables en los documentos aportan datos que no es posible valorar desde el solo escenario.

Se atiende al despliegue en el teatro de operaciones, pero de alguna manera el estilo de los jefes trasciende, así tenemos consideraciones sobre Morillo y Bolívar, por ejemplo, y estas devienen

noticia de la geopolítica, de las distintas razones y el motivo de la contienda expresados en las decisiones de aquellos jefes, por lo regular en su soledad de héroes sobredimensionados por la crónica épica. Uno en el límite de la desesperación, otro en el del hastío y el desencanto. Se nos muestra ese estatuto de Bolívar como figura casi nunca indiscutida, y casi siempre imponiéndose fuera del consenso. Sometido al contrapunto del mando, rebeliones y abiertos desacatos que ponen en riesgo toda la empresa, y por eso mismo elevan su actuación y gestión en dramático contraste.

Morillo, el legalista y militar de carrera, deslumbrado por los jefes llaneros y subestimando la valía de Bolívar —en un contraste donde la cultura citadina encara el descampado— es otra cara de la contienda, esa de disminuir al antagonista en la evaluación política y personal. Ese documento dirigido a los pueblos y en la necesidad de exponer a los rebeldes su causa, es toda una avanzada no inferior a una carga de lanceros. También el poco revisado armisticio de 1820 que desconcierta a los patriotas en un primer momento, pero luego el mismo Bolívar hace de él la excusa para una exigencia mayor, tal es el reconocimiento de la independencia, la respuesta, el documento donde Bolívar expone sus demandas, como lo dice Lombardi, “no tiene desperdicio” —sirvió para darle una dimensión política al conflicto donde estaban ahora presentes intereses societarios y herencias colectivas. La tregua propuesta por los españoles apelaba a la existencia de principios que debían ser reivindicados entre pueblos civilizados, y esto sirvió a los patriotas para fortalecer sus razones en un escenario jurídico más concluyente.

En este punto la beligerancia era admitida ya con otro carácter, como señala Lombardi: “Ya no se hacía la guerra en contra de rebeldes sino en contra de otra nación surgida del seno de España”. La paz tiene ahora un requisito extramilitar: la justicia y la soberanía, el conflicto armado resultaba así expresión de un desacuerdo más vasto. Uno de los documentos inéditos utilizados en la investigación es el informe que La Torre eleva al Rey, y redactado por

José Domingo Díaz. En él, y tras la derrota de Carabobo, la guerra aparece como una consecuencia del desarrollo de los pueblos, vistos estos como representados por una élite, también se reconoce que las facciones en pugna no eran bloques clasistas, provenían de un mismo núcleo nacional, en tanto que los combatientes se pasaban de un lado a otro. Díaz logra captar el conflicto societario en su justa dimensión, intuye los impulsos de fondo y no hay en el documento maniqueísmos ni quejas. La investigación de estos años de la guerra (1819-23) no desdeña el escenario geográfico y llama la atención en cómo los ejércitos encaran de distinta forma y fortuna los obstáculos naturales. Lluvias, llanuras, tremedales, cumbres heladas representan retos que deben ser resueltos con recursos materiales y anímicos; baquianos y espías, resultan actores claves en una confrontación donde los actores tienden cada vez a representarse a sí mismos. La contienda adquiere una impronta donde naturaleza, cultura y paisaje dan un tono distintivo, lo americano se revela en su temperamento local.

Los jefes españoles acusan el desamparo del imperio y mucho de desencanto hace mella en su voluntad nacionalista. Se duelen de la ventaja de los otros reforzados por la legión extranjera y los suministros europeos —en todo caso salidos de empréstitos y concesiones. Pero la queja parece no notar que ellos representan un estado imperial y los republicanos son bandas errantes, sin patria, nación ni Estado reales. Poco conocidas y mal estudiadas por la historia venezolana, las figuras de aquellos actores darían fecundas referencias para enmarcar pasiones y emociones de los derrotados, sólo algunas como Boves, y por razones casi psiquiátricas, han merecido atención, otros, en sus memorias, nos han legado toda una vista, como en el caso de Cajigal. Los mejores golpes de la guerra no siempre ocurren en el campo abierto, la estrategia de persuasión y gestos ostentosos llega a ser determinante, como en la decisión de Bolívar de ampliar el escenario de la lucha para crear la sensación de poderío, es el caso de la invasión de Nueva Granada, desde el llamado Paso de los Andes.

El conflicto desde hacía tiempo había dejado de ser una campaña de ocupación, el conflicto arropaba a unos actores y sus instituciones y en esa medida debía expandirse al resto del continente. El documento en el que los realistas se hacen acompañar por los cabildos y ayuntamientos mostraba un orden no solo dividido sino frágil, dispuesto a respaldar no a los justos sino a los triunfadores. Las instituciones de la República no eran sino un anhelo de los pensadores. “A caballo entre la estructura militar y civil estuvieron funcionando precariamente las principales instituciones coloniales en el país durante los años de la guerra” —señala Lombardi. Ahí evolucionaba otra contienda: modelar la estructura pública y las expectativas de unos ciudadanos sin patria que tardarían tiempo en reconocerse como tales. La realización de ese Congreso de Angostura (1819) debía ser como un golpe de mano en la necesidad de mostrarle a la opinión pública, al orden internacional, una corporación civil como espejo de la nación que estaba surgiendo de la guerra misma.

Miguel Ángel Campos

Prólogo

El imperio español alcanza su esplendor con Carlos V y Felipe II, herederos de los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, quienes en 1492, con la “Reconquista” de Granada y el “descubrimiento” de América, se ubican en la historia universal como protagonistas. Un imperio de cuatro siglos de duración, con una decadencia acelerada en el siglo XVIII y XIX, culminando con la humillante derrota de 1898 en la llamada guerra hispano-cubana.

El imperio español nace anacrónico y totalmente de espaldas a la dinámica de la modernidad. Desde el siglo XVIII empieza a enfrentar intentos secesionistas o independentistas en toda su geografía, particularmente americana. La independencia no puede ser vista como una simple situación coyuntural sino como un largo proceso, con una dinámica interna, propia de cada sociedad y una dinámica geo-política global.

Desde el propio siglo XVI las potencias coloniales de la época rivalizaban y se antagonizaban en todos los terrenos, incluida la guerra, y un escenario particularmente importante fue el Caribe, desde el propio siglo XVI hasta el siglo XIX.

Sin los acontecimientos de Francia de 1789 en adelante, la independencia norteamericana y la emergencia imperial de Inglaterra, poco entenderíamos de nuestros procesos emancipadores.

Las “nuevas ideas” venían de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, así como los “malos ejemplos” revolucionarios. Tanto era la influencia práctica y directa de Inglaterra en los llamados asuntos americanos que en algún momento se llegó a decir que Miranda era un agente inglés, y Bolívar es enfático, en múltiples testimonios y documentos, en afirmar que sin Inglaterra y López Méndez enlace con el gobierno británico y la legión británica era muy difícil explicar los éxitos de los patriotas en el campo diplomático, político y militar y que culminaron con nuestra independencia en 1821 en Carabobo y 1823 en la Batalla Naval del Lago.

La otra perspectiva que aborda el autor, Ángel Rafael Lombardi Boscán, de esta importante investigación en torno a nuestro proceso emancipador es la actuación de los protagonistas de ambos bandos y lo hace en la perspectiva de una historia crítica y “objetiva” que a partir de documentos y testimonios incuestionables evita el simplismo teórico y la manipulación ideológica de analizar el proceso emancipador como la lucha entre los buenos y los malos, característica dominante de nuestra historiografía patrioterica y maniquea.

La emancipación venezolana es un complejo y dramático proceso de tres décadas, llenos de miserias y grandezas humanas, de errores y aciertos.

En este proceso hay personajes mayores y menores y situaciones y contextos estudiados y otros todavía por dilucidar, en términos documentales e interpretativos.

Bolívar y Morillo son dos dignos adversarios en conflicto, fuertemente condicionados por sus personalidades, tiempos y circunstancias. El caraqueño terminó vencedor en la guerra y en el tiempo de la historia, como héroe proclamado de este continente. Morillo cada vez más desdibujado, como sombra o fantasma de la derrota.

Entre los muchos méritos de este libro, claridad de lenguaje y pensamiento, rigurosidad metodológica y valor intelectual para discrepar de la historia oficial, está el hecho, que sin temor

ni complejos se acerca al bando español, superando los rencores y resentimientos que estos acontecimientos siguen proyectando en el tiempo.

La independencia es el acto fundacional de la República, pero no es el único hecho importante de nuestra historia. Igualmente importante es la evolución social y cultural de la Nación, incluidos los tres siglos coloniales, el mundo indígena y africano y los últimos 200 años de evolución política y cultural, petróleo y democracia incluidos.

Seguir añorando a Bolívar y a los “padres fundadores” expresa una orfandad psíquica no superada. Pretender vivir de “héroes y tumbas” es negar la historia-vida así como vivir del rencor con el pasado es negación segura de la vida. Este libro, la igual que *Banderas del Rey* y la *Conspiración de Maracaibo*, del mismo autor, nos habla de un ocaso del imperio español y de un nacimiento, de la República de la cual formamos parte y que sigue siendo un proyecto en construcción, en donde ciudadanía, civilidad y democracia no terminan de consolidarse en ella.

Ángel Lombardi

Introducción

El sentimiento de la sombra me invade.

John Keats (1795-1821)

Con este texto, cerramos el círculo que abrimos con *Banderas del rey* (2006). Diez años, para corroborar, que el tiempo como categoría metafísica es “rápido”, y que publicar en las actuales muy difíciles circunstancias de la crisis nacional, es un acto heroico. “Estrategia de la derrota” comprende el periodo entre los años 1819-1823. Años del desenlace de una Independencia cuyo signo fue la tragedia y la devastación material y espiritual de los habitantes de la Capitanía General de Venezuela. La perspectiva militar es la que prevalece en todo el relato.

Los festejos del Bicentenario (1810-2010) han sido si se quiere bastante grises en una Venezuela bolivariana que académicamente deja mucho que desear. El Estado se ha conformado con el Simón Bolívar (1783-1830) del mito, reelaborado y recargado, para defender la causa del partido de turno que en las últimas dos décadas se ha entronizado en el país. Nada nuevo bajo el sol. Apenas, algunas iniciativas aisladas, aunque brillantes e inteligentes, como la Colección Bicentenario de la Independencia, que permitió una alianza entre la Academia Nacional de la Historia, Empresas Polar y las principales universidades del país. La historia cercada por el poder, y algunos de sus historiadores libres, dando un com-

bate por una comprensión equilibrada, independiente y profesional del pasado.

La historia es el historiador. Los recuerdos son millones y existe una memoria social que los discrimina institucionalmente, es decir, los hace oficial. A la larga la historiografía dominante, la que sirve para el consumo escolar y cívico, es un pacto a favor del olvido y la invención de mitos y leyendas, además, ideológicamente, las historias nacionales son ejercicios masivos de propaganda y manipulación. Desmitificar para avanzar en una comprensión plural es un aliciente teórico que sostiene buena parte de nuestro trabajo. “Pero mi verdad es *terrible*: pues hasta ahora se llamó a la *mentira* verdad”. (Friedrich Nietzsche, 1844-1900)

La Independencia es una épica de héroes lejanos idealizados que muy poco inspiran a la ciudadanía en el presente. Se nos ha hecho creer que provenimos de un pasado de grandeza estático en el tiempo. Nuestra genealogía histórica vive y se alimenta de una pulcritud cuyo ritual esencial es el auto/engaño. La integridad del historiador es clave para sortear las trampas de la ideología y procurar una veracidad consistente con el apoyo documental mínimo, algo que éste aporte procura hacer desde la documentación primaria recabada en los principales archivos de España.

Toda idea es una responsabilidad (Chiara Lubich, 1920-2008). Muchas voces silenciadas tienen las historias, sobretodo, de los que perdieron y que el ganador impide que se expresen. Miguel León Portilla (1926) y Howard Zinn (1922-2010) nos inspiran en nuestro propósito de ofrecer las vicisitudes político/militares del llamado “partido realista”, que no fue otro que el constituido por la inmensa mayoría de venezolanos/españoles lanzados a la tragedia de la confrontación civil entre los años 1819-1823.

Una “marcha de la locura” (Barbara W. Tuchman, 1912-1989) se instaló alrededor del gobierno metropolitano, que luego de la restauración de Fernando VII (1784-1833) en el año 1814, optó por la represión sin contar con los medios militares y financieros para hacerla efectiva en las lejanas tierras americanas. Don Pablo Mori-

llo (1775-1837), el Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, fue un “Pacificador” incapacitado para el acuerdo político, y más desvalido aún, para afrontar la reforma social que la sociología del momento exigía. La dictadura militar que impuso no sólo puso en fuga a los rebeldes republicanos sino que se enajenó fundamentales apoyos entre los civiles pro-realistas. Morillo en Venezuela se encontró con la “América Militar”, el epicentro continental de una insurgencia con motivaciones muy dispares.

No defendemos tesis de ningún tipo. Sólo hemos tratado de comprender las turbulencias de un periodo basado en fracturas bajo el estupor de la violencia. La Independencia representó el paso de Colonia a República, y también, el fracaso de una esperanza por una nueva historia sobre fundamentos sociales superiores que hasta la aparición del petróleo, en las primeras décadas del siglo XX, apenas se esbozó. Esta “otra historia” no es ni mejor ni peor que la vigente. Es sólo una perspectiva distinta y amplia, -la otra cara de la moneda-, que procura rescatar del olvido a unos actores fundamentales que debemos empezar a reconocer.

1819: campaña militar sobre el Apure

*Este General no tiene a su lado ni Intendencia,
ni Plana mayor, ni nada; nada, y si le sobran
calumniadores en Madrid.*

**(Pascual Enrile¹ sobre el General Morillo,
septiembre de 1818.)**

Don Pablo Morillo, “El Pacificador”, quedó gravemente herido en Semen (16 de marzo de 1818), percance que lo alejaría del mando directo por casi todo un año, delegando en sus subalternos toda la responsabilidad en la conducción de la guerra. Naturalmente ninguno de ellos se atrevió a una ofensiva decisiva sobre el campo dominado por los republicanos por la falta de medios y para no contrariar las más fundamentales ordenes de Morillo, el cuál estableció directrices para reorganizar al ejército con la incorporación de nuevos reclutas venezolanos y hacer acopio de víveres y armamentos para organizar una ofensiva decisiva sobre los llanos occidentales donde se enseñoreaba Páez, a quién por mucho consideró su más peligroso adversario².

Si bien el año 1818 fue muy positivo para Morillo y sus fuerzas; la situación de los espacios ocupados por los beligerantes se mantuvo inalterada. Los republicanos desde Angostura tenían bajo

1 Pascual Enrile Acedo (1772-1836), fue un militar de carrera quién acompañó a Don Pablo Morillo, como segundo al mando, en la Expedición Pacificadora que arribó a Costa Firme en el año 1815.

2 Stoa y otros estudiosos del período nos dicen que Morillo siempre consideró a Bolívar y Páez como sus dos más encarnizados antagonistas. Pero es más que evidente que en la mayor parte de las representaciones y misivas, Morillo, se dedicó a descalificar a Bolívar mientras que en el caso de Páez se mostró sorprendentemente respetuoso, halagando su formidable espíritu guerrero. ¿Será

control todo el Sur del país con Bolívar al frente en la dirección del nuevo gobierno pudiendo contar con los cuerpos guerrilleros de Zaraza, Monagas, Cedeño y los de otros jefes operando tanto en los llanos orientales como los del centro; mientras que Páez seguía siendo dueño indiscutido de los llanos occidentales entre el Apure y Barinas, y en las provincias orientales, Arismendi, Mariño y Bermúdez seguían manteniendo en jaque el dispositivo militar realista que se organizó para contenerlos.

La peligrosa herida que por poco le costó la vida al General Morillo y la tenacidad de sus enemigos que a pesar de las derrotas se rehacían con una pasmosa rapidez, influyó de manera determinante en la moral de los partidarios del realismo³.

Uno de los grandes propósitos estratégicos de Morillo fue el de intentar derrotar a Bolívar en una sola batalla. En Semen lo logró, pero aún así, Bolívar pudo retirarse y volver a reorganizarse desde Angostura contando en ésta oportunidad con la inapreciable colaboración de los oficiales británicos, que a partir de ese momento y en un mayor número, se iban incorporando al lado de los republicanos bajo el impulso habilidoso de las gestiones que venía realizando el comisionado venezolano López Méndez en Londres⁴. Este éxodo de soldados y oficiales extranjeros hacia el trópico tuvo dos razones. Por un lado al acabarse la amenaza napoleónica en Europa muchos de ellos quedaron sin empleos, y por otra parte, el

mismo gobierno inglés estimuló su arribo siendo consecuente con sus aspiraciones de relevar a España como la potencia más influyente en la América del Sur⁵.

Los intentos por apresar a los principales cabecillas republicanos o lograr su eliminación física se intentó en reiteradas oportunidades, aunque sin mayor éxito. El ejército realista con unos efectivos que rondaban para ese entonces los 13.000 soldados⁶, en su mayoría criollos, no se resignó a perder la iniciativa que había logrado en la campaña del año pasado. La temporada de sequía era un buen momento para emprender una vez más operaciones militares que todos llegaron a pensar en ese momento que serían decisivas.

1.1. *El llano en llamas*

Si hay algo que hay que reconocerle a Morillo es que nunca fue un militar pusilánime y que a pesar del abandono en que la metrópoli postró a su ejército, siempre estuvo dispuesto a llevar la ofensiva sobre sus enconados enemigos. En los primeros meses del año 1819, decidió operar por los confines del Apure que estaba bajo control de la caballería de Páez, considerando que si le derrotaba

esto otro capítulo más en que el jefe urbano y profesional se rinde al hechizo temeroso de las fuerzas de la naturaleza en su forma más primitiva en la conducción de la guerra? ¿Páez, como reminiscencia de Boves, es que acaso fue considerado por su ascendiente popular, el nuevo caudillo militar abanderando la tan temida "guerra de colores" por parte de todos los blancos de la Costa Firme? Tanto Bolívar como Morillo se mostraron excesivamente respetuosos de Páez como jefe militar apuntalado por las huestes llaneras, consideradas por los expertos como una de las armas más eficaces, económicas y mejor empleadas dentro de una guerra a lo largo de toda la historia militar. Véase: Stoan, S.K.: Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820, publicado por la Universidad Estatal de Ohio en Columbia, 1974.

3 Por increíble que parezca, las fuerzas realistas, fundadoras de la "guerra de guerrillas", en la península ibérica contra el invasor francés en 1808, tuvo que enfrentar unas tácticas militares similares de parte de los insurgentes. La guerra en el trópico se hizo prácticamente sin los códigos de honor acostumbrados y las derrotas muy rápidamente se recomponían en victorias.

4 Un historiador inglés ha llegado a señalar que si no fuese por López Méndez los venezolanos no hubieran podido ganar la guerra. "La ayuda proporcionada de fuentes británicas, consistente en

hombres y pertrechos, fue organizada y coordinada a través de Luis López Méndez, que había viajado a Londres en 1810 como auxiliar de Bolívar y permaneció en dicha ciudad, representando los intereses de Venezuela, cuando aquél regresó a su país. La importancia de la ayuda que logró recabar puede deducirse de lo que escribió José Manuel Restrepo. Este historiador de la época manifestó que frecuentemente le había oído decir a Bolívar que el verdadero libertador de Colombia era López Méndez". Wadell, D.A.G.: "Bolívar y la Gran Bretaña" en "Anuario de Estudios Bolivarianos", Instituto de Investigaciones Históricas Bolivarianas, Año II, Nro. 2, Caracas, 1992, págs. 328-329. De éste autor existe una obra fundamental sobre el tema: Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia, 1983.

5 Sigue siendo un tema virgen y a la espera de una investigación la actuación de los mercenarios extranjeros en la Guerra de Independencia Hispanoamericana. Algunos testimonios de estos mercenarios y viajeros han sido recogidos, y en muchos de ellos, se da por sentado la participación decisiva de la llamada "Legión Extranjera" en inclinar la suerte de la guerra del lado republicano. Tesis ésta apoyada por el mismísimo Carlos Marx en el célebre y polémico artículo que preparó acerca de la vida de Bolívar. Véase: Marx, C.: "Bolívar y Ponte", en The New American Cyclopedía, New York, 1858. Mondolfi Gudat, E. ha realizado un formidable aporte a ésta temática en: Páez visto por los ingleses, 2005, y mucho más reciente con un estudio decisivo: El Lado Oscuro de una Epopeya. Los Legionarios Británicos en Venezuela, Caracas, 2011.

6 "El ejército constaba de 13.000 hombres, 3.000 europeos y 10.000 americanos". Díaz J. D.: Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas, 1961, pág.353.

iba con ello ha tener el camino despejado hacia el sureste; también con ésta acción se procuró socavar las bases de abastecimiento que tenía el enemigo, ya que con el control del espacio de los llanos se podía tener libre acceso al abundante ganado que había ahí.

El tan ansiado “golpe de gracia” sobre los rebeldes había que darlo directamente sobre sus más importantes bases de operaciones y abastecimientos ubicados en el Sur del país, que por cierto, era la zona más agreste e inaccesible. La proyectada ofensiva militar quedó subordinada a los accidentes del terreno y al gigantismo de la empresa⁷.

La ausencia de mapas y planos actualizados de esa geografía fueron suplidos por los espías y baquianos del lugar, expertos conocedores de inhóspitos y precarios caminos tanto terrestres como fluviales. La campaña de los llanos en ese año 1819 tuvo su vertiente anfibia por los centenares de ríos y caños que se interponían entre los movimientos de tropas, convirtiéndose la mayor parte de las veces, en obstáculos insalvables. Ante la ausencia de ingenieros y zapadores dentro de las filas realistas, en número suficiente, el vadeado de los ríos se hizo muchas veces en las propias grupas de los caballos, o cuando la profundidad de las aguas y la distancia entre una orilla y otra lo ameritaban, en frágiles e improvisados lanchones construidos con la madera existente en las zonas aledañas. No está de más decir que estos obstáculos contribuyeron a que las fuerzas de Morillo no se pudieran internar llano adentro como

⁷ José Domingo Díaz llegó a decir que Morillo no estuvo peleando en contra de los rebeldes sino contra los obstáculos insalvables del medio, de la naturaleza. “Tomadas por el General en jefe todas las medidas y disposiciones que eran necesarias, se puso en marcha a fines de diciembre con 6.000 hombres de todas armas, y en enero de 1819 pasó el Apure bajo los fuegos del enemigo que hizo huir, y dio principio a una campaña de muy distinta especie, en la cual iba a combatir con la naturaleza más que con los hombres. El teatro de la guerra iban a ser aquellos inmensos desiertos que median entre el Apure y el Arauca, y mucho más entre éste y el Meta, en donde la naturaleza existe como en el momento de la creación; en donde solo podían encontrar principios de vida las hordas de Páez, nacidas y criadas entre sus pantanos, y bajo la influencia de un sol abrasador y de una atmósfera malsana, y en donde llanuras que terminan entre las errantes tribus de indios salvajes, presentaban a nuestras tropas marchas, cansancio, hambres, fatigas y situaciones en que la vida podía peligrar sólo por la acción de innumerables animales ponzoñosos”. DÍAZ, op.cit., pág. 356.

en un principio se aspiró. Además, los realistas tampoco tuvieron unas “fuerzas sutiles”⁸ respetables que pudiesen garantizar el dominio de los principales ríos y caños navegables de la zona. Era evidente que el dominio de los ríos era un requisito fundamental para aspirar movilizar la numerosa tropa con todos sus pertrechos sobre las posiciones enemigas.

Además, Morillo bien sabía que éste movimiento de su ejército debilitaba el control y vigilancia del centro del país y le restaba fuerzas al teatro oriental, en el cual a duras penas se podía mantener a raya a las fuerzas republicanas que activamente allí estaban operando. El movimiento hacia el Sur conllevaba unos riesgos muy serios ya que las bases y líneas de aprovisionamiento se extendían largamente, y la misma precariedad de la intendencia realista, poca confianza ofreció en ser capaz de atender adecuadamente las necesidades del ejército dentro de una larga campaña caracterizada por los constantes movimientos de tropa dentro de un terreno laberíntico y de muy difícil acceso.

Las esperanzas de Morillo y la clave de toda su estrategia en ésta campaña de los primeros meses del año 1819 se concentró en provocar al enemigo instalándose en su propio territorio y fijarlo en una gran batalla que con su desenlace le aniquilaría por completo. Luego de ese hipotético triunfo Angostura caería y la guerra se habría ganado.

Bolívar, ya convertido en un auténtico rayo de la guerra, una vez más adelantándose a los movimientos de su adversario, “voló” hasta el Apure en marzo de 1819 para reunirse con Páez y coordinar el mejor plan militar para repeler la ofensiva que los realistas se proponían llevar a cabo; ya en ese entonces los republicanos se hacían acompañar por significativas fuerzas británicas formada por oficiales y soldados. Una actitud pasiva les hubiera condenado a cederle la iniciativa a Morillo y sus fuerzas.

⁸ Las llamadas “fuerzas sutiles” estaban formadas por embarcaciones menores, aptas para la navegación en los caños y ríos.

Morillo a todas estas, luego de ocupar Calabozo y San Fernando de Apure, los centros poblados más importantes de los llanos occidentales y centrales, se apostó en Achaguas al lado del río Apurito, convirtiendo ese lugar en su centro de operaciones. El objetivo más inmediato era ocupar el Apure y acabar con la caballería llanera de Páez.

A Sebastián de La Calzada y su regimiento lo envió a operar en dirección a Barinas para que cubriera ese flanco, y a la división de Real la mandó apostarse en el poblado de El Baúl al oeste de Calabozo. Don Miguel La Torre debía fortificar Calabozo, y con la llegada de la caballería de Francisco Tomás Morales, éste debería atravesar el río Apure y hostigar al enemigo en dirección sureste hacia El Yagual y San Juan de Payara cerca de las márgenes del río Arauca. Las fuerzas de Morillo y Pereira acantonadas en Achaguas tenían que hacer un movimiento en tenazas sobre las posiciones del enemigo. La estrategia realista estuvo en un principio bien concebida pero el enemigo no daba muestras de querer luchar. Una importante disposición de Morillo y su alta oficialidad para encontrar los escondites republicanos, fue la de ordenar incursiones de pequeñas patrullas de reconocimiento a la caza de paisanos de la zona para someterlos a interrogatorios que permitiesen averiguar los movimientos e intenciones del enemigo⁹.

Tanto las fuerzas realistas, como las republicanas, bajo el comando de Bolívar y Páez, tuvieron algunos encuentros que unas veces les eran favorables a unos y otras veces a los otros. En el combate del Trapiche los republicanos fueron derrotados por el jefe realista José Pereira; mientras que en el de La Gamarra Bolívar hizo lo propio sobre las fuerzas del mismo Pereira. Morillo desde Achaguas avanzó hacia el sur queriendo atravesar el río Arauca pero fue derrotado por Páez en el famoso combate de las Queseras

del Medio el 2 de abril¹⁰. Las órdenes de Bolívar fueron tajantes hacia Páez y otros subalternos: no librar una batalla decisiva con Morillo; evitar a toda costa ser “fijados” por los realistas y con ello quedar emplazados para una gran batalla. Estas órdenes se cumplieron cabalmente y de ésta forma la caballería llanera, a expensa de su gran movilidad, pudo siempre hostigar al enemigo encontrando seguro refugio en las inmensidades del llano adentro. En cambio, la infantería realista, nunca se atrevió a moverse hacia los intrincados caminos del sur por no contar con una caballería lo suficientemente robusta.

Al estar próxima a llegar nuevamente la temporada de lluvias, y reconociendo los insuficientes medios de sus fuerzas, Morillo decidió replegarse hacia Achaguas y Calabozo posponiendo cualquier movimiento que le alejara de sus principales bases de aprovisionamiento. También ésta decisión estuvo influida por las noticias que le llegaban sobre la presencia de una importante fuerza de mercenarios extranjeros que había desembarcado en la isla de Margarita y se disponía atacar la costa con la colaboración de las fuerzas republicanas del sector.

La apertura de tantos frentes que atender a la vez, quebró toda esperanza realista en poder llevar a cabo una ofensiva decisiva sobre los enemigos ubicados en el Sur del país, como en un principio se tuvo previsto.

Morillo bien sabía que la guerra en Costa Firme estaba ya irremediablemente pérdida y que sólo un milagro podía salvar la causa del rey.

9 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España) Archivo de Torrependo. Sección Pablo Morillo. Legajo. 8717.

10 Los combates que se libraron en ésta campaña del año 1819 fueron más bien cortas escaramuzas entre la caballería republicana y la infantería realista. En las Queseras del Medio tuvo éxito una táctica practicada con mucha frecuencia por los llaneros: el famoso “volver caras”. Esta táctica no era otra cosa que sorprender al enemigo simulando una retirada y obligándole a una persecución desordenada. En el momento más inesperado, los jefes llaneros se volvían contra un enemigo disperso y alejado de la protección del fuego cerrado de la infantería de línea, y con ello los cercaban y pasaban a cuchillos a todos. Otro indicio de que la guerra venezolana fue en esencia un conflicto peleado por los propios americanos, es que el jefe de la caballería realista que fue derrotada en las Queseras del Medio era el caraqueño Narciso López. Rondón contra López, uno lugarteniente de Páez y el otro de Morillo.

Es por ello que una vez más se lamentó ante sus superiores escribiéndoles desde Calabozo el 12 de mayo de 1819 las siguientes impresiones que pusieron en claro el desanimo del jefe español ante el fracaso que significó la más reciente campaña que llevó a cabo contra los rebeldes.

“!Cuanto no se ha atrasado la pacificación de Costa Firme por la falta de estos oportunos auxilios! He conseguido, en efecto, detener por algún tiempo las ventajas del enemigo a costa de los mayores sacrificios y desvelos; pero ¿Cómo oponerse al torrente de circunstancias que por todas partes favorece la causa de estos desleales? Los ejércitos ingleses parece que quieren trasladarse todos a éste Continente, y el caudal de los comerciantes de aquella nación se prodiga largamente en habilitar las fuertes expediciones que van llegando a diversos puntos de América. La Europa no podrá menos de ver con admiración como de una potencia amiga de España salen los grandes medios que poseen los enemigos para hostilizar sus posesiones, y como a cara descubierta sus más acreditados oficiales, individuos de su nobleza y hombres de todas condiciones, toman parte activa en las banderas revolucionarias entre las hordas de los asesinos y en la guerra que se hace a S.M. El ejército de Bolívar se compone por la mayor parte de soldados ingleses; la Guayana se guarnece por los ingleses; a la Margarita han llevado más de 1500 individuos de la misma nación, y los buques de guerra, los numerosos parques de todas armas, las municiones, los vestuarios, los víveres, todos los elementos para hacerla y sostener la independencia han salido de los puertos del Rey de la Gran Bretaña”¹¹.

En las actuales condiciones de la lucha y con el sentimiento de abandono ya arraigado entre casi todos, era hasta normal no concederle ningún mérito al adversario y señalar que sus triunfos eran consecuencia de la ayuda extranjera.

11 Rodríguez Villa, A.: El Teniente General Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta (1778-1837): estudio biográfico documentado, 1908-1910, pág. 161.

1.2. Los voluntarios británicos

Ya lo hemos dicho en varias oportunidades, la ayuda extranjera a la causa republicana nunca fue desinteresada. Y además, tampoco fue todo lo efectiva y deseable en algunas especiales circunstancias de la contienda, sobre todo, en lo atinente a las bárbaras jaurías, sobre personas y propiedades, de algunos regimientos insubordinados ante el retraso de la paga.

No hay duda que Bolívar aprovechó la presencia de oficiales extranjeros para disciplinar mejor al ejército, y que utilizó desde entonces a los regimientos legionarios, como soporte fundamental en campañas decisivas como la que se hizo en la Nueva Granada en 1819 y luego sobre Venezuela en 1821¹².

Ahora bien, sostener la excusa de Morillo, acerca de la participación de las fuerzas extranjeras como factor decisivo en el resultado final de la guerra, es algo difícil de compartir. Inglaterra prestó una inestimable ayuda, militar y logística, pero fueron Bolívar, Páez, Mariño, Bermúdez y los soldados venezolanos quienes inclinaron la victoria a favor de su propio bando. El número total de extranjeros que combatieron al lado de los independentistas en Venezuela fue de un número aproximado de 5.000 voluntarios entre los años 1817 y 1820.

Desde Margarita, el General Rafael Urdaneta junto con las fuerzas de voluntarios británicos bajo el comando de James English, desembarcaron el 16 de julio en la ciudad de Barcelona, ocupándola y llevando a cabo un feroz saqueo violando las órdenes de los principales líderes republicanos. No fueron pocos los problemas de insubordinación que estos voluntarios extranjeros le crearon a Bolívar¹³.

12 Es ilustrativo en el estudio de ésta cuestión de la ayuda extranjera, pero sobretodo británica, a las fuerzas de Bolívar, el ensayo de Waddell D. A. G.: “La Política Internacional y la Independencia Latinoamericana” en Bethel L., (ed.): “Historia de América Latina”, Nro. 5. La Independencia, Barcelona, 2000, págs. 209-233.

13 Bolívar utilizó hábilmente a los extranjeros que decidieron acompañarlo en su causa emancipadora pero siempre desconfió de ellos, pensando que podían usurparle las más importantes prerrogativas en el mando militar. Véase el interesante libro de Busaniche J.L.: “Bolívar visto por sus contemporáneos”, México, 1981.

Morillo tenía ahora que atender el frente oriental y acusó a Inglaterra por el descarado auxilio que brindaba a los rebeldes. Las operaciones militares se realizaron bajo la misma tónica que en el resto de los escenarios del país, donde la precariedad de las fuerzas de ambos bandos era insuficiente para decretar una manifiesta superioridad respecto al otro.

En Venezuela la guerra se había estancado y ninguno de los dos ejércitos estuvo en capacidad de poder infligir una derrota decisiva sobre su adversario.

Bolívar, entendió adecuadamente las especiales circunstancias de la guerra en ese momento, y ya al tanto de las noticias peninsulares que referían sobre los preparativos de una nueva expedición militar sobre América, decidió cambiar el escenario de la lucha con un sorprendente como audaz plan militar: avanzar con un ejército a la conquista del Nuevo Reino de Granada atravesando desde Angostura todos los llanos ubicados en el Sur del país y los difíciles pasos de la escarpada cordillera andina por los lados del páramo de Pisba. Este inesperado movimiento divergente cambió el curso de la guerra e inclinó la balanza del triunfo a favor de Bolívar.

A continuación ofrecemos el interesante testimonio del capitán Richard Vawell quién nos dejó un descriptivo testimonio de esa campaña del año 1819 y las razones que motivaron a Morillo en desistir de la misma.

“Habiendo sido estériles los esfuerzos de Morillo para lograr que su contendor aventurase la suerte de la campaña a una batalla campal, y ya en cuenta de la peligrosa situación de Nueva Granada, viese en el caso de abandonar las pampas, sin que su mal aconsejada expedición le produjera otra ventaja que los perjuicios transitorios causados a aquellas personas cuyos hatos fueron reducidos a cenizas y que por consiguiente tornaronse más adversos que nunca a la causa realista, y más firmes en sus principios revolucionarios. Encontraronse en la absoluta incapacidad de mantener la guerra en el corazón de un país, cuyos habitantes estaban unidos de modo tan íntimo y donde había

visto muy a las claras que no tenía un solo adicto a la causa defendida por él; las comunicaciones entre el grueso de su ejército y su cuerpo de reserva habían sido interrumpidas, de modo que no recibía provisiones desde que pasó el Arauca”¹⁴.

La causa española se había vuelto impopular y las deserciones entre los soldados americanos empezaban a ser un problema de graves consecuencias para los realistas. Luego del triunfalismo del año 1818 era difícil aceptar que en los primeros meses del año 1819 no se podía dar el “golpe de gracia” sobre los enemigos. No les quedó, a los encargados de difundir la propaganda realista en aquel entonces, que sobredimensionar el paso del Arauca por parte de Morillo como un auténtico éxito logístico. Aunque en el fondo hoy sabemos que no le condujo a nada positivo.

1.3. “Manifiesto de las Provincias de Venezuela.

A Todas las Naciones Civilizadas de la Europa”¹⁵.

En los primeros meses del año 1819 a la par que se hacía el último intento militar de gran calibre para doblegar a los rebeldes venezolanos instalados en el Sur del país; los agentes publicitarios del realismo desde la tribuna de la *Gaceta de Caracas* llegaron a difundir un importante documento político bajo el título: *Manifiesto de las Provincias de Venezuela. A Todas las Naciones Civilizadas de la Europa*.

Este documento es de gran valor para medir los estados de ánimo psicológico y emocional del sector civil español en Venezuela en un momento en que por primera vez se vislumbraba la derrota.

Todos los indicios de estilo y lenguaje señalan a José Domingo Díaz como su principal redactor y promotor. No fue casualidad

¹⁴ Vawell R.: Las Sabanas de Barinas, Caracas, 1973, pág. 212.

¹⁵ Este importante documento que quiso ser utilizado por los realistas con fines propagandísticos hacia el exterior se conoció también como “manifiesto trilingüe” ya que fue publicado en español, francés e inglés, suscrito por todos los venezolanos que formaban parte de los distintos ayuntamientos pro-realistas del país.

que la aguerrida tribuna de la *Gaceta de Caracas* haya sido el medio principal en lograr su difusión nacional e internacional.

El partido realista venezolano aspiró decirle a los europeos y estadounidenses fundamentalmente dos cosas: 1. Que los progresos republicanos en Guayana y el Sur del país desde el punto de vista político y militar representaban un auténtico chasco. El llamado que hicieron los republicanos de un Congreso general de sus provincias en febrero de 1819, era a todas luces un acto ilegal y ficticio ya que el territorio urbano en donde estaba concentrada la mayor parte de la población seguía bajo control de las fuerzas realistas. 2. La causa del Rey representaba la única legitimidad y legalidad posible en los territorios de la Costa Firme. Por lo tanto los súbditos rebeldes han cometido acto de traición al levantarse en armas, cuestionando la autoridad del Monarca y el sistema político, económico y social que preside; lo cual los coloca al margen de las leyes y les convierte en delincuentes que han cometido actos de rebeldía que deben ser castigados severamente.

Para empezar los realistas asumieron con gran indignación que se cuestionara la auténtica representación política del país que en ese entonces recaía en sus propias instituciones, aun vigentes y funcionando a cabalidad a pesar de los trastornos de la guerra.

“... los ayuntamientos, diputaciones municipales y cabildos de naturales que legítimamente representan las respectivas ciudades, villas y pueblos, no han podido en su sorpresa ver sin indignación al impostor, sin desprecio la impostura, sin horror la mancha de infidelidad que indirectamente se arroja sobre ellos, y sin compasión los incautos que por tales medios son víctimas de las más insensata y desmesurada ambición”¹⁶.

16 S.H.M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España) M.G. Caja 120. “Manifiesto de las Provincias de Venezuela a todas las Naciones Civilizadas de la Europa”, Caracas, por D.J. Gutierrez, 1819. (Reimpreso en Madrid, Imprenta de Alvarez, año de 1820; bajo la nota siguiente: Se hallará en la Librería de Gila, calle de las Carretas, su precio cuatro reales.)

El proyecto republicano era una completa ilusión, un acto ficticio que perseguía engañar y confundir a los pueblos del mundo; mejor dicho, a las “naciones civilizadas”. Hay entre los redactores o redactor de éste documento una evidente e indisimulada carga de violencia y amargura. Los realistas bien sabían en ese momento que la batalla de la opinión pública internacional les era completamente adversa a los españoles. La propaganda liberal francesa, inglesa y estadounidense simpatizaba ya abiertamente con Bolívar y su causa emancipadora. Las nuevas tendencias filosóficas y modas literarias coincidían en señalar la existencia anacrónica del imperio colonial hispano cerrado al futuro e imponiendo el despotismo más “cruel” sobre los súbditos americanos. A los españoles en Venezuela no les quedó más remedio que reaccionar ante esas opiniones que les desprestigiaba y ponía en duda los fundamentos jurídicos y legales en que basaban la defensa de la “buena causa” y todo el cuerpo de creencias culturales y religiosas de la sociedad con la cual se sentían identificados. Dentro de la cosmovisión realista tradicional el “buen orden”, representado por Dios y el Monarca, era algo sagrado y diríamos que inmutable.

Los rebeldes habían traído nuevas ideas peligrosamente subversivas en contra del orden y mediante la violencia quisieron imponerlas. Venezuela y su población venían de una “Edad de Oro” bajo la administración del Rey español y ahora se estaba viviendo en el año 1819 una época turbia y sombría. El mito de la “Edad de Oro” durante los 300 años coloniales fue algo constante entre los principales hombres cultos que se identificaron con el realismo en Venezuela. A la vez, el eco había llegado hasta la misma Corte madrileña, en que los ministros más confiados nunca estuvieron convencidos de la capacidad de los americanos en darse un auto/gobierno y que pudieran prescindir de la Metrópoli.

“Un puñado de hombres conocidos en ellos por sus vicios, trastornó la obra de trescientos años a presencia de una multitud asombrada con suceso tan inesperado, y del leal ayuntamiento de la capital, que

teniendo en su seno tres del número de los conjurados, fue la víctima de su audacia, del terror y de la sorpresa. Ellos se apoderaron del gobierno con el pretexto del mejor servicio del Rey, y llevaron la sedición por todas partes, a excepción de la fiel provincia de Coro, y de la capital de Maracaibo;...¹⁷.

La infidelidad, el deshonor y la traición llevada a cabo por los “malos hijos” y “malos españoles” debían ser conocidos por todos aquellos europeos y estadounidenses ignorantes de lo que realmente estaba ocurriendo en Venezuela y que sus gacetas, revistas, libelos y periódicos tergiversaban groseramente.

Aunque los realistas quisieron presentarse como los campeones de la legalidad institucional a través de los distintos ayuntamientos y diputaciones dentro de los espacios controlados aún por ellos en la zona norte del país, el verdadero control efectivo en los asuntos de gobierno y la toma de decisiones seguía recayendo de manera efectiva en Morillo y sus subalternos a través de la estructura militar que se montó desde la llegada del Ejército Expedicionario en el año 1815. A caballo, entre la estructura militar y civil, estuvieron funcionando precariamente las principales instituciones coloniales en el país durante los años de la guerra. Esta provisionalidad se fue ahondando aún más ante el estrepitoso abandono de la Metrópoli y los significativos avances republicanos. Una vez más el rico e imaginativo nominalismo hispano suplantaba a la realidad sustituyéndola con letras y palabras bienintencionadas.

El documento en cuestión es un valioso testimonio sobre el desarrollo del conflicto desde sus inicios hasta la campaña del año 1818 que fue favorable a Morillo, y que se pensó muy seriamente, que a través de ella, se había acabado definitivamente con los alzados en armas. Pero la sorpresa sobrevino cuando los republicanos, aunque derrotados, organizaron un *Congreso general de sus provincias* en los primeros meses del año 1819 en Angostura para decirle

a los españoles y al resto del mundo que la pujanza de su causa seguía más viva que nunca y la determinación por la victoria era algo completamente indeclinable.

El argumento principal que esgrimieron los redactores del documento estuvo dirigido a los países con sistemas políticos monárquicos que hicieron de la tradición una ley sobre el respeto a los derechos del Monarca basados en la obediencia. El derecho a la rebelión que los venezolanos alegaban no podía contar con la simpatía de los reyes de Europa en ese momento. Apoyar a los “rebeldes” era ir en contra de los propios intereses del Estado monárquico aún imperante en casi toda Europa a pesar de los avances liberales llevados a cabo en distintos frentes desde la Independencia de los Estados Unidos (1776) hasta la Revolución Francesa del año (1789). La reacción conservadora fue una realidad hasta en la misma Francia, que luego del desastre que significó Napoleón, hubo intentos restauradores del poder real. Igualmente la Santa Alianza se constituyó en una liga peligrosamente conservadora destinada a combatir cualquier brote liberal¹⁸.

La batalla por la opinión pública internacional una vez más le fue adversa a los españoles tanto en la península como en la propia América. Desde el año 1817 empezaron a llegar al país aventureros y mercenarios extranjeros oriundos de Europa ha solidarizarse activamente con la causa de Bolívar. Bolívar fue empezado a ser visto como un héroe romántico que luchaba por la liberación de su país en contra del más cruel y tiránico de los despotismos. Lord Byron (1788-1824) hasta llegó a bautizar su propia embarcación en el Mar Mediterráneo con el emblemático nombre de *Bolívar*.

Hacia los extranjeros fue dirigida ésta proclama porque ya muchos empezaron a tomar partido abiertamente a favor de los enemigos del Rey; se pensó disuadirles en intervenir bajo el ar-

17 *Ibidem*.

18 Desde junio de 1818 el gobierno absolutista español consideró seriamente que en el Congreso de Aquisgrán las principales potencias europeas iban a colaborar con el esfuerzo bélico que ésta venía llevando a cabo en contra de sus súbditos rebeldes. Si bien Francia y Rusia le apoyaron, la

gumento de que el gobierno de los “rebeldes” era lo contrario a su propaganda: ni republicano, ni legítimo; sin leyes, ni orden ni paz. El llamado Congreso que se constituyó con el “voto general de sus pueblos” no era más que una gran mentira y manipulación. La mayor parte del país y sus legítimas instituciones políticas y de gobierno aún estaban bajo la administración del Monarca español a través de sus funcionarios. El país en 1819 en sus principales centros urbanos seguía estando bajo control de los realistas, sobre todo, en la franja costera norte.

Es por ello que finalizan el documento con éstas optimistas y a la vez duras palabras que alejan en ese momento toda posibilidad de acercamiento o negociación. El conflicto se había vuelto radicalmente societario, y a pesar de la presencia de una oficialidad española competente y de unos británicos ávidos de aventura en tierras tropicales, los combatientes en su mayoría eran esencialmente venezolanos. El signo de contienda civil que tuvo la emancipación venezolana quedó de manifiesto una vez más a través de éste documento del año 1819.

Los realistas de Costa Firme corroboraron con éste documento firmado por los ayuntamientos y diputaciones municipales de Caracas, Baruta, Valencia, Puerto Cabello, Cagua, Turmero, Guarenas, Guayos, Petare, Victoria, San Mateo, Antemano, Vega, Villa de Cura, Calabozo, San Carlos, Barquisimeto, Nirgua, San Felipe, San Sebastián, Guanare, Carora, Quibor, Ospino, Cumaná, Cocorote, Agua de Culebra, Araure, Valle, San Diego, Barbacoas, Guaira, Chavasquen, Humucaro Alto, Humucaro Bajo, Maracaibo, Guaibacoa, Acarigua de Coro, Coro, Sásarida, Catapárida, Moruy

de Paraguaná, Santana de Paraguaná, Siquisique, Borojó, Mitare, Trujillo, Grita, Tocuyo, Jacura, Gibraltar, San Cristóbal, Carrisal, Cumarebo, Perijá y Mérida que por la causa que defendían estaban dispuestos a “morir con honor antes que vivir con infamia”.

“En su consecuencia protestan a todas las naciones cultas de Europa que esa monstruosa corporación llamada Congreso general de Venezuela es la obra exclusiva de los restos miserables de aquellos sediciosos fugitivos que después de vagar por cinco años en las Antillas y otros países los han reunido en Guayana su miseria y desesperación; que la república que anuncian está reducida a la despoblada provincia de Guayana, a la insignificante isla de Margarita, a los desiertos orientales de Cumaná, y a aquellas inmensas llanuras que existen entre el Arauca y el Meta solo pisadas por tribus de indios salvajes, y arrojados a ellas en ésta campaña; que todos los pueblos de Venezuela que son los comprendidos en los distritos de las corporaciones que suscriben, viven contentos bajo el gobierno de sus reyes que hizo felices a sus mayores, y los elevó al grado de prosperidad en que se vieron; que están muy distantes de incurrir en el horrible crimen de separarse de una obediencia que tan solemnemente juraron, y que a costa de sacrificios y sangre han logrado conservar; que no serán jamás culpables de la suerte que quepa a los individuos de otras naciones que uniéndose a sus enemigos bajo de cualquiera pretexto, vengan a turbar su reposo, a prolongar sus inquietudes, y aumentar sus calamidades; y últimamente que están resueltos a no manchar su reputación aún con la sola idea de un olvido de sus deberes para con su Rey, a exterminar a sus enemigos, y a morir con honor antes que vivir con infamia”¹⁹.

Los realistas venezolanos no podían imaginar aún que el colapso iba a llegar muy rápido en los próximos dos años. La lenta y larga confrontación tomó un giro insospechado luego del movimiento de Bolívar sobre la Nueva Granada en el primer semestre

mayoría decidió por la no intervención militar en contra de los insurgentes. Dentro del juego de intereses entre las principales potencias ya no se consideró a España como un Imperio sólido, por el contrario, buscaron aún más su desestabilización. En 1823, luego de un nuevo regreso de Fernando VII como rey absolutista, la Santa Alianza, pero sobretodo Francia, llegaron a considerar restaurar el poder real una vez más en América. No obstante Inglaterra y los Estados Unidos se opusieron con determinación a ello. La Doctrina Monroe del mismo año 1823 fue un claro llamado a las potencias europeas a no inmiscuirse en los asuntos hispanoamericanos y americanos en general. Una nueva potencia con aspiraciones hegemónicas empezaba a manifestar cuáles eran sus naturales áreas de influencia, interés y dominio: Estados Unidos.

19 Ibídem.

del año 1819 y la desmoralizadora noticia del levantamiento de las tropas en Cádiz que iban a ser conducidas hasta América en enero de 1820.

A todas estas Morillo ya había desistido de cualquier maniobra militar sobre sus enemigos en el Sur; los ríos llaneros se habían convertido en auténticos diques de protección que hicieron casi invulnerables las posiciones republicanas. Aunque la auténtica razón para no moverse en esa dirección, fue la escasez de caballería y de todo tipo de pertrechos adecuados para emprender una campaña sobre terrenos inhóspitos y con distancias desmesuradas para el esfuerzo humano. Morillo junto a su oficialidad se resignó a reforzar un perímetro alrededor del centro del país; una gran trinchera en que la infantería podía aún repeler cualquier asalto. Igualmente se preocupó en atender los cada vez más atrevidos movimientos de las fuerzas orientales ahora reforzadas por numerosos voluntarios irlandeses, hannoverianos e ingleses que desde Margarita intentaron consolidar territorios liberados en la propia costa.

Estas expediciones formadas por extranjeros incomodaron mucho a los españoles porque bien sabían que esas fuerzas eran respetables desde el punto de vista de la experiencia militar; y que unidos a los rebeldes republicanos, hacían más difícil el proceso de acabar con los cada vez más numerosos enemigos del Rey. Entre estas expediciones una de las primeras y más famosas fue la que desembarcó en Portobelo (Panamá) poniendo en fuga a la guarnición española y que después estuvo hostigando la zona de Río Hacha y otros asentamientos en la Península de la Guajira en el occidente venezolano. El responsable en el mando de esa expedición fue el escocés Gregor MacGregor (1786-1845) quién se presentó en abril de 1819 con seis buques y más de quinientos hombres. Hay que recordar que los testimonios tanto republicanos como realistas coinciden en señalar que éstas tropas mercenarias se caracterizaron por la indisciplina y la insubordinación, y que fue parejo tanto sus aportes como desmanes.

1.4. Campaña en la Nueva Granada: Boyacá

¿Qué hizo a Bolívar plantearse atacar inesperadamente el territorio de la Nueva Granada cuando el epicentro de la lucha hasta ese entonces había estado en Venezuela?

En primer lugar hay que considerar que Bolívar es a principios del año 1819 un líder cuestionado por sus principales partidarios y colaboradores en la lucha que se estaba librando contra España; y que Morillo tampoco le ofreció ningún indicio de debilidad militar en Venezuela para volver a intentar un nuevo asalto frontal sobre Caracas.

Los jefes orientales como Arismendi, Mariño y Bermúdez decían acatar sus órdenes pero en realidad venían actuando de manera autónoma dentro de sus propios terruños. Cada uno llevó una resistencia loable contra los realistas pero sin la unidad de mando y fuerzas requerido para poder triunfar inapelablemente. Igualmente Páez y sus llaneros tuvieron un comportamiento parecido. Los extranjeros no vienen en su mayoría a defender ideales sino a encontrar los beneficios que la guerra produce siempre y cuando les guíe la victoria; y no es precisamente Bolívar, un guerrero cuestionado por sus frecuentes reveses, el más indicado jefe para que los británicos pudieran confiar en él y con ello concretar sus planes.

El escenario venezolano en ese entonces no era halagüeño para el Libertador. El Congreso que se organizó en febrero de ese año le sirvió a Bolívar para tratar de mantener la endeble base de su liderazgo. Sus viajes relámpagos al oriente y a los llanos apureños no buscaban otra cosa que persuadir a Mariño y Páez de que aceptaran de una vez por todas su liderazgo al frente del nuevo Estado colombiano que acababa de nacer. El nuevo Estado y su flamante proyecto de Constitución sólo tenían asidero en el mundo de las ideas y los sueños. El Libertador, al igual que Miranda y otros coterreños, fue un ilustrado romántico en conflicto con las realidades primitivas del llamado “país profundo”²⁰.

20 Un estudio cuidadoso de la correspondencia privada de Bolívar nos da cuenta de las profundas

La grandeza humana de Bolívar consistió precisamente, en sobreponerse con una constancia y tenacidad sin igual, a cualquier obstáculo que le impidiera obtener el triunfo político/militar sobre el adversario español. Ni las disensiones internas de los numerosos caciques y caudillos provinciales que le cuestionaron en Venezuela; ni las limitaciones materiales de sus fuerzas; ni la derrota estrepitosa en batallas como la de Semen; ni la inmensidad de los espacios tropicales que hacían que la guerra tuviera unas condiciones muy especiales, lograron disuadirle en dejar de continuar la lucha aspirando a ser el principal jefe de la causa independentista. Esta fe inquebrantable en sus propias posibilidades; esa confianza inmensa que le hacía levantarse ante cada caída le llevaron a tomar

reservas que tuvo sobre el pueblo venezolano desde el punto de vista de su capacidad para la vida civil y republicana. El miedo a las masas, en realidad a la "pardocracia", fue tan real en Bolívar que lo llevó a desconfiar, al igual que Miranda, sobre la misma obra emancipadora que había llevado a cabo en el plano militar. Una cosa era la lucha por la liberación de un territorio en manos de una colonia y otra cosa era otorgar de manera efectiva los espacios abiertos que garantizaran un nuevo orden político y económico/social sobre bases distintas a las que España había instaurado desde hacía trescientos años atrás. De repente, a Bolívar y a toda la generación de los próceres que le acompañaron, las fuerzas revolucionarias que habían contribuido a despertar se les volvieron en contra y no pudieron controlar los nuevos escenarios caracterizados por el desorden y la indisciplina social que desbordaron todas las previsiones más optimistas que se hicieron respecto a una transición entre la colonia y la república. El novelista Joseph Conrad (1857-1924) llamó a esta situación el efecto "Nostromo". Aquí cobra sentido una de las principales observaciones que realizan algunos historiadores españoles e hispanoamericanos al señalar a Bolívar como un gran triunfador en lo que respecta a la lucha militar pero que contrasta con el mediocre político que fue al serle imposible restaurar la paz y el nuevo orden social en función de los proyectos constitucionales que propuso. Consciente del divorcio entre ideales y realidad, Bolívar fue un hombre desgraciado, atrapado por las fuerzas históricas que el mismo pretendió encauzar. Una conciencia de fracaso está presente en los últimos escritos del caraqueño respecto a su obra como grande hombre político y militar, que a la luz del presente en que se le ha glorificado, nos causa como venezolanos tremenda sorpresa y asombro. Con estas palabras Bolívar finalizó su discurso en el congreso constituyente reunido el 2 de enero de 1830: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás". En la misma línea de angustia y desesperanza, ahondada luego de conocer la desgraciada noticia del asesinato de Sucre en Berruecos, el Padre de la Patria le escribió estas confidencias lapidarias al general Flores: "Usted sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros. 2. El que sirve una revolución ara en el mar. 3. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfundada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América". Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, en *Obras Completas*, III, pp.501-502; Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 321-326. Citado por LYNCH, J.: Simón Bolívar, Barcelona, 2006, pág. 368

la decisión más importante de toda su vida: el ataque al Virreinato de la Nueva Granada. Bolívar con ese acto voluntarista se lo jugaba todo. La nueva estrategia tuvo pocos partidarios dentro de sus propias filas y en el fondo muchos de ellos se hubieran alegrado ante un nuevo descalabro por parte del caraqueño²¹. ¿Si en la propia Venezuela no se podía derrotar a Morillo como lo iba a poder hacer en la Nueva Granada protegida por una cordillera andina prácticamente inaccesible para el traslado de un ejército numeroso desde las inmensidades de los llanos?

No obstante, y en contra de todas las previsiones negativas, el riesgo fue muy bien calculado en función de estas premisas.

- Una victoria importante sobre las fuerzas realistas era algo imperioso para recuperar el alicaído prestigio político/militar del caraqueño y acabar de una vez por todas con el desagradable cuestionamiento a que estaba sujeto por parte de sus principales subordinados.

- Las fuerzas expedicionarias de Morillo que aún le quedaban estaban exclusivamente concentradas en Venezuela. Las tropas realistas en la Nueva Granada eran por lo tanto mucho más débiles y con una menor experiencia en el combate.

- Sorprender a los realistas en la Nueva Granada era extender el carácter de la lucha a unas dimensiones continentales hasta ahora nunca vista, comprometiendo a los americanos pro-independentistas de otras geografías y desestabilizando a los realistas de Lima que sin lugar a dudas concentraban el mayor poderío en la América del Sur.

- La Nueva Granada era el "granero" de Pablo Morillo, el baluarte del prestigio que el jefe español adquirió cuando la ocupó militarmente en el año 1816.

- Robándole la Nueva Granada a Morillo el ejército republica-

21 Nada más y nada menos que Carlos Marx (1818-1883), uno de los grandes y fundamentales pensadores de la humanidad, llegó a considerar a Bolívar como el "Napoleón de las retiradas" en un célebre artículo que le dedicó en el año 1858 y que es negativo a la memoria del caraqueño. ¿En que se basó la antipatía de Marx? Sólo adelanto una hipótesis: Marx, un liberal convencido, fue contrario a los devaneos de Bolívar con la dictadura y el mando supremo, luego, es obvio que no hubo empatía.

no se hacía con una base de aprovisionamiento rica en hombres y recursos. Fortalecida la causa de Bolívar con el apoyo de los neogranadinos, luego, era más que factible un ataque decisivo desde el occidente andino venezolano en dirección a Caracas. Bolívar pensó en reeditar la campaña militar que le llevó al poder en 1813²².

- Los caudillos neogranadinos fueron mucho menos beligerantes que los venezolanos respecto a Bolívar. Santander, máximo jefe republicano en la zona del Casanare, forjó con Bolívar una sólida amistad y alianza que contribuyó poderosamente a la victoria sobre Barreiro.

- Con la conquista de la Nueva Granada, Bolívar podía conducir sus tropas hacia el Sur del continente en dirección a Quito, Lima y el altiplano peruano que sirve de lindero con Chile y la Argentina.

El 27 de mayo de 1819 desde el poblado de Mantecal, Bolívar y su ejército emprendieron la épica campaña destinada a liberar a la Nueva Granada. Santander estuvo esperándolo en los llanos del Casanare con la división de vanguardia y a Páez se le ordenó que en Guasdalito se le uniera en la empresa. Morillo a través de sus espías sabía que Bolívar tramaba algo pero confió que la temporada de las lluvias en pleno apogeo le frenaría, y que además, la empinada cordillera andina le iba a representar un obstáculo insalvable. Una vez más se equivocó. De todas formas estuvo consciente de la debilidad del ejército que comandaba el Brigadier José María Barreiro al frente de la 3^{era}. División que operaba en la Nueva Granada; tanto por sus limitaciones en ser capaz de cubrir adecuadamente todos los puntos y accesos de esa inmensa

22 Bolívar bien pensó lo que hizo. Su experiencia y conocimiento de la geografía e idiosincrasia del neogranadino pudo nutrirse en el año 1812 cuando estuvo sirviendo como jefe militar subordinado al Congreso de ese país, obteniendo algunas victorias sobre las partidas realistas. Cuando Venezuela se perdió ante la reacción de Monteverde, muchos jefes venezolanos emigraron hacia la Nueva Granada y continuaron la lucha desde allí manteniendo viva la causa independentista. Bajo ésta misma premisa bien pudo pensar Bolívar en llevar a cabo su plan de ataque. No obstante las circunstancias ya no eran las mismas, porque Barreiro y Sánamo tenían bajo control realista todo el territorio, aunque con un dispositivo militar bastante frágil comparado al de Morillo en Venezuela.

geografía como por la desconfianza que sentía hacia los soldados americanos, a los que consideraba potenciales desertores sino se les disciplinaba con dureza.

Al igual que en Venezuela la opinión pública neogranadina ya era abiertamente hostil a los realistas. Las tropelías del ejército español en esas tierras había vuelto impopular la causa del Rey. Morillo y sus subalternos una vez más se equivocaron en la aplicación de la política “pacificadora” en toda la Costa Firme. Su falta de flexibilidad le hizo encarar la problemática americana exclusivamente desde la perspectiva de la represión militar. No logró comprender que el apoyo social y político del pueblo era fundamental para ganar la guerra. Cuando escribía a Madrid, lo hacía exclusivamente para solicitar nuevos refuerzos militares, y nunca para señalar la necesidad de implementar una nueva política colonial acorde con las circunstancias de los tiempos que pudiera apaciguar los ánimos revolucionarios entre la población civil. Sus actitudes rígidas sólo le hicieron ver el problema desde la perspectiva del militar de carrera y allí residió buena parte de su fracaso. La violencia tenía ya asqueada a la población, y muchos, incluso sacerdotes, empezaban a respaldar a los independentistas como futuros restauradores de la paz a través de un nuevo orden social. La guerrilla neogranadina era muy activa ya en ese entonces, y la inseguridad de los principales caminos y poblaciones, un tremendo problema de orden público.

Morillo encaró el movimiento de Bolívar hacia la Nueva Granada con preocupación. Los documentos realistas del período²³ demuestran, que la oficialidad realista tanto de Venezuela como en la Nueva Granada, estaba al tanto de la posibilidad de una invasión por parte de fuerzas rebeldes. El siguiente escrito de Barreiro

23 Existe una valiosa obra de Friede, J.: La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles, Bogotá, 1969; en que se hace un seguimiento minucioso de toda ésta campaña militar desde la perspectiva de los principales jefes y funcionarios realistas como Barreiro, Morillo, Sánamo y otros. Estudios como el de FRIEDE nos estimularon a intentar imitarlo en el caso de la Independencia de Venezuela.

al Virrey Sámano nos muestra con claridad lo que pasaba por las mentes realistas en tan crucial momento:

“Excelentísimo Señor. —El gobernador de Pamplona, teniente coronel don José Bausá, con fecha 7 del corriente me da parte haberlo recibido de los comandantes militares de San Cristóbal y Guaca, anunciándole que los rebeldes Bolívar y Páez reunidos con todas sus fuerzas en Guasualito, intentaban penetrar al Reino por los valles de Cúcuta, habiendo empezado a marchar el cuerpo de vanguardia que atacó a la guarnición de Guaca. Y aun cuando el comandante de este interesante punto los hizo retroceder, tuvo que abandonarlo, por ser víctima (s) de unas fuerzas tan superiores. El movimiento de los rebeldes que anuncia el expresado gobernador conviene con las noticias que he recibido del Llano de Venezuela, pues me dicen que ambos cabecillas quedaban reunidos en Arauca después de la retirada del ejército a las orillas de Apure y desesperanzados de emprender nada por aquellas provincias a causa de las numerosas tropas que las defienden. Es verdad que para llegar al Reino deben pasar una cordillera penosa que estropearía sus caballos; pero como reúnen sobre tres mil hombres de infantería sin contar con la del Casanare, no será muy difícil —que— lo intenten. —En consecuencia de estas reflexiones y a los pedidos de tropas que me hace el gobernador de Pamplona, he dispuesto que reúna toda la guarnición de la dicha provincia; sea reforzado suficientemente el punto de San Josesito inmediato a San Cristóbal y que cubre todas las avenidas del Llano; que se examinen por buenas espías los movimientos del enemigo y que, en caso de confirmarse la marcha sobre los valles, lo ejecute al momento la fuerza disponible del 2º batallón de Numancia que se halla en Suatá, para impedir los progresos del enemigo y detenerlo ínterin no se reúnan las fuerzas suficientes que puedan contrarrestarlos y destruirlos. Igualmente he prevenido al expresado gobernador que en caso de retirarse la guarnición de San Cristóbal, inutilice el camino que pasa por Salazar de las Palmas con dirección a la provincia de Cartagena, evitando tomen aquella, y reitere continuamente sus partes, dando conocimiento de cuanto adque-

ra sobre este particular. — Yo dudo aún que los enemigos intenten introducirse en el Reino abandonando el Llano y principalmente la plaza de Guayana que los sostiene de todo lo que necesitan en armas, municiones y gente; pero en su ignorancia todo cabe y pueden dejar cubierto el Llano por su caballería mientras hacen esta tentativa, aprovechándose de la distancia en que se hallan las demás divisiones del ejército y lo penoso que les sería aproximarse en una estación tan cruda. En este caso Vuestra Excelencia sabe muy bien el número de tropas con que cuenta la división, los puntos que hay que cubrir y en donde es preciso redoblar la vigilancia por —que— los del Casanare no dejarían de intentar forzar por alguna parte de la cordillera, llamando al mismo tiempo la atención. Sabe igualmente la clase de tropas que tenemos y que no podemos contar con el 3º de Numancia por su falta de instrucción; que existen varias partidas de ladrones que inquietan los ánimos de los vecinos, incitándolos a la desobediencia, y que estos puntos no pueden por consiguiente dejarse sin guarniciones que los detengan y persigan. Por último, Vuestra Excelencia está en todos los pormenores y con sus conocimientos sabrá ordenarme lo más acertado, en la inteligencia de que suspendo todo movimiento a más de los indicados hasta tanto reciba su superior resolución y las instrucciones que crea más oportunas para este caso. — Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Tunja, junio 16 de 1819”²⁴.

La única manera que tenían los jefes realistas para enterarse de los movimientos del enemigo era a través de los espías, y estos muchas veces eran poco confiables. En ese momento una gran incertidumbre se apoderó de todos ellos porque Bolívar había logrado un efecto sorpresa de carácter psicológico muy fuerte arrebatándoles la iniciativa y trasladando el centro de la lucha en una zona periférica y desguarnecida hasta entonces.

Urdaneta, bajo órdenes de Bolívar, llevó a cabo con sus propias

24 Friede, op.cit., Documento Nro. 3 del apéndice documental: De Barreiro a Sámano, Tunja, junio 16 de 1819.

fuerzas y algunos legionarios extranjeros, acciones de distracción a lo largo de la costa para obligar a Morillo a que atendiera ese frente y no les tomara las espaldas²⁵ a los que quedaban en Angostura. MacGregor en abril de 1819 llegó a ocupar Portobelo (Panamá) y trajo otra preocupación más sobre los realistas en el norte de la Nueva Granada, sobretudo, los que estaban asentados en Santa Marta y alrededor de la fortaleza de Cartagena. Igualmente las partidas orientales tampoco dejaron de molestar los bastiones realistas acantonados en aquella zona. Los jefes realistas Pereira y Arana hostigaron a Mariño y lograron algunos éxitos parciales a lo largo del mes de agosto, pero las preocupaciones y quejas por falta de una alimentación adecuada para la tropa hizo cundir la desmoralización.

La velocidad de los desplazamientos de las columnas de infantería republicanas también fue otro factor de desconcierto, ya que Morillo²⁶ ordenó a La Torre emprender marchas rápidas hacia los valles de Cúcuta y penetrar en el Reino para reforzar a Barreiro y cortar las fuerzas rebeldes; igualmente ordenó fortificar el estratégico paso hacia el Orinoco en Cabruta aspirando con ello cortar el paso de los suministros de Angostura con dirección al Nuevo Reino de Granada. Pero Bolívar fue mucho más rápido y cauto que sus adversarios. Amparándose en la vastedad de la geografía pudo acceder dentro del corazón del dispositivo montado por Barreiro a través de uno de los pasos más difíciles de la cordillera: el páramo de Pisba.

El periplo de éste ejército republicano a lo largo de una cam-

paña asombrosa²⁷ debido a los retos que la naturaleza le impuso fue de ésta manera: desde el 27 de mayo de 1819 en el Mantecal empieza la marcha hacia la zona de los llanos del Casanare con la estricta orden de evadir las patrullas realistas que había apostado Morillo en la zona desde su base de operaciones en Achaguas. El 4 de junio Bolívar estuvo en Guasdalito y le ordena a Páez que le acompañe con sus fuerzas en la misión que se propone. Este una vez más, haciendo alarde de un espíritu independiente, desconoció las órdenes de Bolívar y se negó a acompañarlo aduciendo que sus llaneros eran incapaces de abandonar su terruño y que el frío de los páramos junto a la geografía montañosa anulaba a la caballería. Las consecuencias de éste nuevo desacato del llamado “Centauro de los llanos” fueron graves para obtener la posterior liberación de la costa atlántica de la Nueva Granada; ya que permitió la consolidación de las fuerzas de La Torre en los alrededores de las montañas de Cúcuta, Pamplona y Ocaña. Si Páez hubiese secundado por lo menos a Bolívar atacando la posición de La Torre que amenazaba con cortar el avance de éste hacia el interior del Reino, las fuerzas realistas que huyeron luego de Boyacá hacia los alrededores de Río Hacha, Santa Marta y Cartagena hubieran quedado completamente desguarnecidas. Esta omisión permitió a los realistas neogranadinos seguir resistiendo por un año más a los republicanos instalados en el norte del país²⁸.

El 22 de junio entró en contacto Bolívar con las fuerzas de Santander luego de haber recorrido 600 kilómetros llenos de obstáculos fluviales. A partir de ese momento empezaba otro reto para éstas fuerzas que estuvieron conformadas por más o menos 2.000 soldados.

25 Las previsiones de Bolívar y otros dirigentes republicanos se cumplieron cuando señalaron que Morillo era incapaz de tomarles las espaldas en el Sur porque la estación de las lluvias impedía cualquier movimiento hacia Guayana.

26 Ya anteriormente Morillo había ordenado a Sebastián de la Calzada que penetrara en los llanos del Casanare para interceptar a las fuerzas que Santander tenía allí. Calzada fracasó ante Santander y no pudo desordenar los preparativos que éste venía llevando a cabo en levantar una unidad de combate. Calzada terminó por refugiarse en el pueblo de Betolles y despachó un correo hasta Achaguas para comunicarle a Morillo su impedimento de pasar la Cordillera, y además, de pedirle que sus fuerzas necesitaban ser urgentemente reforzadas. Luego del desastre de la III División de Barreiro en Boyacá estaba al mando del batallón Aragón en Bogotá pero tuvo que huir hacia la zona de Pasto donde fue capaz de organizar en armas una división con más de 2000 soldados que le sirvieron para organizar la reacción realista en el Nuevo Reino. El ataque que llevó a cabo Calzada el 24 de enero de 1820 sobre la ciudad de Popayán preocupó a los republicanos que de inmediato organizaron una fuerza bajo el mando de Manuel Valdés

que pudo neutralizar en la zona del Cauca la insurgencia de éste jefe realista. Ya en ese entonces cada jefe realista operaba con un alto grado de autonomía debido a la disgregación del ejército en tantos frentes y por la disminución progresiva de sus efectivos por culpa de las desertiones en masa.

27 Dentro de los anales republicanos ésta campaña ha pasado a la posteridad bajo el nombre de: El Paso de los Andes. De todos los cronistas de ésta campaña el testimonio más utilizado ha sido el de O’Leary en sus conocidas Memorias.

28 Friede, op.cit., pág. 5.

Señalemos lo que ha escrito con admiración el historiador José Gil Fortoul (1861-1943) sobre éste ascenso a los Andes.

“Al emprender su más brillante campaña, Bolívar cumplía 36 años de edad; Revenga su secretario general, 37; Soublette, jefe del estado mayor, 29; Santander, que mandaba la división de vanguardia, 28; Anzoátegui, comandante de la retaguardia, 30. Estos jóvenes iban, con poco más de 2.000 soldados, a tramontar los Andes, destruir a un aguerrido ejército español, ocupar a Bogotá y fundar la Gran Colombia. No era menor en sus corazones la audacia de los conquistadores del siglo XVI”²⁹.

Bueno eso de “aguerrido ejército español” son las concesiones que normalmente todo historiador hace a su propio gentilicio; en honor a la verdad la III división que comandó Barreiro no estaba preparada para repeler con éxito la invasión venezolana. Las fuerzas de Barreiro eran en ese entonces más de policía que otra cosa. La Nueva Granada en tiempos del Virrey Sánamo era un territorio prácticamente sin orden ni ley azotado por bandas de ladrones y salteadores que habían proliferado aprovechando el relajamiento existente entre las fuerzas del orden público.

“El país estaba infestado de guerrillas, los “ladrones” o “bandidos”, como se les denominaba en la correspondencia de las autoridades españolas. Fueron las guerrillas las que impidieron a La Torre salir de Cúcuta para reforzar el ejército de Barreiro, pues cortaron la comunicación con el interior. Apenas llegado a Pisba, se le reunieron a Bolívar los guerrilleros de Socorro, trasmontando la Cordillera. Y sin embargo, el camino hacia aquella ciudad siguió interceptado, “pues las partidas de ladrones en Leyva y Chiquinquirá impiden la comunicación”³⁰.

La gran preocupación de Barreiro, al tanto de los movimientos de Bolívar, fue cubrir los principales pasos de acceso que existían en ese entonces en la cordillera andina. Al dispersar sus fuerzas por los accesos que creyó iba a venir Bolívar lo que hizo fue debilitar el poder de fuego de su propio ejército. Bolívar escogió uno de los caminos más difíciles de todos cuanto existían: a través del Páramo de Pisba, en la certeza de que no se pudiera cortar su entrada al Nuevo Reino de Granada.

Durante cuatro días lucharon los hombres de Bolívar, en su mayoría oriundos de las tierras calientes, contra las inclemencias del frío y el llamado “mal de páramo” producido por la falta de oxígeno sobre alturas mayores a los 3.000 metros en caminos poco transitados y bordeados por peligrosos barrancos. En unas condiciones deplorables hizo su entrada el ejército republicano en las inmediaciones de Socha y Tasco en los primeros días del mes de julio ante la pasividad de las patrullas de Barreiro que muy pronto dieron noticia a éste de la novedad. Barreiro cometió el error, muy común en muchos jefes militares españoles de formación profesional, en subestimar al enemigo que enfrentaba. En vez de ir a derrotar al unísono con todas sus fuerzas, que de paso eran superiores numéricamente, a las muy fatigadas de Bolívar, esperó que éste se rehiciera. La famosa Batalla de Boyacá ocurrió el 7 de agosto de 1819; es decir, tuvo que pasar todo un mes desde que llegó Bolívar a la Nueva Granada para que Barreiro se atreviese a un enfrentamiento decisivo.

En ese mes Bolívar, que ya había aprendido mucho de las derrotas pasadas, dejó de lado todo apresuramiento irreflexivo y se dedicó a ofrecerles descanso a sus hombres y captar nuevos reclutas de los pueblos que iban ocupando. También hay que acotar que muchos desertores del ejército de Barreiro se pasaron a las filas de Bolívar.

Algunas escaramuzas se suscitaron entre realistas y republicanos en ese ínterin; y entre las más significativas hay que señalar los encuentros de la Gámeza (11 de julio) y Pantano de Vargas (25 de

29 Gil Fortoul, Historia Constitucional de Venezuela, Caracas, 1964, pág. 422.

30 Friede, op.cit., pág. 13.

julio) que si bien fueron favorables a los republicanos no estableció ningún desequilibrio entre las fuerzas contendoras.

El historiador Juan Friede logró recoger en la documentación realista algunas cartas y representaciones de Barreiro dirigidas a Sánamo donde presentó sus impresiones sobre el enemigo.

“De una manera despectiva comunicaba Barreiro a Sánamo el 10 de julio que de acuerdo con sus informes el enemigo consistía de 2.000 plazas, “mitad de regular tropa incluso unos 300 ingleses, y la otra mitad de indios, muy flojos” (Documento Nro. 27). En otra carta de la misma fecha decía que se trata de “un enemigo despreciable por sí mismo, por la desnudez y miseria en que se halla y por su cobardía de sufrir los rigores del clima y las armas del Rey (Documento Nro. 28).”³¹.

Cuando Bolívar ocupó la importante ciudad de Tunja que le daba directo acceso a Bogotá en los primeros días de agosto, Barreiro se decidió de una vez por todas a cortar el paso con todas las fuerzas que tenía.

En los alrededores del Puente de Boyacá el día 7 de agosto ambos ejércitos emplazaron a sus batallones y regimientos en una batalla campal que le fue completamente favorable a los republicanos.

“El 7 de agosto, el jefe español cuenta 2.940 hombres; el Libertador, 2.630. Es el día de la victoria de Boyacá. Soublette escribe en su parte oficial: “El ejército enemigo quedó en nuestro poder: fue prisionero el general Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada, a quién tomó en el campo de batalla el soldado del 1ero. de Rifles Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados ... Apenas se han salvado 50 hombres”³².

31 Ibídem, pág.13.

32 Gil Fortoul, op.cit., pág. 424.

No hay duda que las tropas republicanas lucharon en Boyacá con una motivación fuera de lo común. En contraste las tropas realistas carecieron de combatividad y sus jefes no fueron capaces de capitalizar las ventajas que en un principio evidentemente tenían sobre su adversario.

Este desastre significó la huída precipitada del Virrey Juan de Sánamo de la capital dejando todo tipo de víveres, armamento y dineros. La entrada a Bogotá le permitió a Bolívar ganarle la iniciativa a Morillo en la guerra y enviarle un claro mensaje a sus discípulos compañeros de causa ubicados en Venezuela.

Las repercusiones que tuvo ésta batalla fueron decisivas en el futuro desenlace de la guerra hispanoamericana³³.

Morillo, como buen estratega que era, consideró el descalabro como muy grave y llegó a señalar el 12 de septiembre a sus superiores en Madrid lo siguiente: *“Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates”³⁴.*

Y en otra representación al Ministro de la Guerra se explaya en sus explicaciones sobre las consecuencias que tendría la ocupación de Bogotá al señalar que:

“El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital de Santa Fe, y el fatal éxito de ésta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de dónde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en éstas provincias, pues los insurgentes, y menos éste caudillo, no se detienen en fórmulas y consideraciones. Cuentan con la disposición de los habitantes, y no son responsables a ninguna ley de sus proceder”³⁵.

33 Hemos considerado como encuentros decisivos respecto a Venezuela la Batalla de San Félix que Piar le ganó a La Torre en 1817 y que significó la ocupación de Guayana; y respecto a la América del Sur el combate en Boyacá en agosto de 1819. Vistos en perspectivas fueron determinantes en establecer un nuevo giro en la guerra entre realistas y republicanos. Ambos encuentros llegaron a desequilibrar a favor de los independentistas el futuro de la guerra. No fue Carabobo ni Ayacucho los encuentros emblemáticos que tanto celebramos en Hispanoamérica los que establecieron la victoria sino los anteriormente nombrados.

34 Albi, J.: Banderas olvidadas, El ejército realista en América, 1990, pág. 241.

35 Rodríguez Villa, op.cit., pág. 163.

Que Morillo, por primera vez, se haya expresado respecto a Bolívar en un tono de consideración y respeto, alabando sus rápidos y audaces movimientos, era algo inconcebible unos meses atrás. También encontramos la queja de un Morillo “legalista” atrapado por el pesado fardo de la burocracia española que le impidió actuar a través de otros procedimientos más expeditos que los acostumbrados, siendo esto según él, una inestimable ventaja que le llevaba Bolívar. En realidad a Morillo el desencanto por una derrota anunciada le hizo casi siempre caer en los lugares comunes, y estos no eran otros que no reconocer los méritos del enemigo y excusarse en el conflicto que venía teniendo con los funcionarios civiles de su propio bando. No hay en Morillo posiciones de carácter auto-crítico que pusieran en revisión su terca opción por atender el problema americano más allá de la salida represiva. Ante el tremendo revés que significó Boyacá, todas las esperanzas de Morillo y la oficialidad realista en Tierra Firme, quedaron depositadas en el pronto arribo de una nueva expedición peninsular.

Quién ocupara Bogotá tenía libre acceso hacia los territorios realistas en el sur del continente y una base segura de aprovisionamiento para fortalecer el ejército. Además, Venezuela, muy pronto podía ser asaltada desde allí.

“Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pastos y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay un solo soldado, queda a la merced del que domina en Santa Fe, a quién al mismo tiempo se abren las Casas de Moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro señor en todo el virreinato. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la tercera división, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar, que con los ingleses que le acompañan y los hombres que sacará de las vastas

y pobladas provincias del reino, tendrá más que suficiente para acabar de dominar en pocos meses a todo Venezuela”³⁶.

Las fuerzas realistas en la Nueva Granada quedaron distribuidas de la siguiente manera: en Cartagena se refugió el Virrey Sánamo, aliado de Morillo pero que fue incapaz de liderar una resistencia militar significativa; su comportamiento fue a todas luces un tanto deshonroso. En los alrededores de las montañas y valles de Cúcuta quedó acantonada la división de La Torre con la orden de cortar todo movimiento enemigo en dirección a Venezuela; y finalmente, las pocas fuerzas de Sebastián de la Calzada evacuaron apresuradamente Bogotá en dirección al sur hacia Popayán.

Morillo se apresuró a intentar contrarrestar el descalabro en la Nueva Granada dando órdenes a sus oficiales en la frontera para evitar que se tomaran los estratégicos pasos alrededor de Cúcuta y Ocaña que pudieran dar vía franca hacia los Andes de Venezuela, y con ello, a la importante Provincia de Maracaibo, cuyo puerto, en manos del enemigo, sería un acontecimiento catastrófico porque se limitarían aún más las comunicaciones con el exterior. El eje de los valles de Cúcuta y La Grita debían resguardarse para cortar las comunicaciones entre Bolívar y Páez; pero el inconveniente era la escasa tropa con que se disponía en ese momento; no olvidemos que el frente oriental fue una constante fuente de preocupación para los realistas que tuvieron que atenderlo desviando considerables fuerzas militares que pudieron haberse concentrado en la frontera con la Nueva Granada y en la boca de los llanos en el Sur. La presión que hacían los mercenarios extranjeros junto con Mariño y Bermúdez no podía ser desestimada.

Otra medida dada por Morillo fue la de nombrar, a finales del año 1819, un nuevo gobernador en Maracaibo, Feliciano Montenegro, con la esperanza de que fuese más activo en la defensa de la

36 Ibidem., pág. 163-164.

zona. La Torre obedeció las disposiciones de Morillo, y su columna llevó a cabo un movimiento desde Cúcuta hasta Bailadores, aunque por la falta de provisiones, sus ejecutorias no llegaron a plantear ningún reto significativo al enemigo. Finalmente, y hasta con resignación, se dirigió hasta San Antonio y más tarde hasta Táriba. El sentimiento de derrota y desmoralización empezaba a instalarse entre los realistas de una manera irreversible.

Morillo ya en diciembre de 1819 se siente cercado por todos los frentes, y entiende, que la única forma de romper el cerco que peligrosamente le estaba aislando y disminuyendo su posición militar, era con una ofensiva. Es por ello que le ordenó a La Torre un ataque sobre Pamplona que desviara la atención de Bolívar y Páez sobre Venezuela. En enero de 1820 La Torre fue incapaz de caer sobre Pamplona ya que sus fuerzas eran muy débiles y por lo tanto se acantonó en la población de Táriba. Por otro lado Morillo decidió trasladarse hacia el sur en Calabozo en la espera del movimiento de Páez. Al Brigadier Real le pidió dirigirse con 1.000 soldados sobre el pueblo de El Baúl y cambió las órdenes a La Torre recomendándole no emprender ningún combate innecesario que pusiera en peligro la columna bajo su mando³⁷. En marzo Morillo le pudo comunicar a La Torre la infausta noticia sobre la sublevación de los expedicionarios en Las Cabezas de San Juan (Sevilla), acaecido el 1 de enero de 1820, y de que barcos ingleses estaban merodeando en los alrededores de Bahía Honda y el Golfo de Venezuela. Ello obligó al Gobernador de Maracaibo a reforzar el puesto de Sinamaica.

Las principales noticias que se iban recibiendo en los primeros meses del año 1820 eran casi todas pésimas. Barradas al frente de una columna realista fracasó con una expedición hacia el Magdalena; el Coronel Juan Tello había cometido graves excesos por su

paso en Maracaibo enajenando aún más las simpatías de la población civil a la causa del Rey. En la Nueva Granada Mariano Montilla y Bolívar estaban operando en el mes de abril sobre Río Hacha y Cartagena mientras que las fuerzas reales habían abandonado Ocaña y encontrado refugio en Mompo. Morillo en misiva a La Torre vuelve a recomendarle atacar por la zona de los Valles de Cúcuta y en Venezuela se tienen noticias de un revés del batallón 2^{do}. de Navarra en Ocumare, lo que indica la tremenda movilidad de los republicanos en atacar y replegarse por puntos álgidos de la costa y muy cercanos ya al centro del país. Algunos triunfos de Calzada en Popayán y Vicente Sánchez de Lima en Valle Dúpar elevan un poco la moral de la tropa; éste último llegaría a ocupar con su columna Río Hacha.

Toda la correspondencia entre La Torre y Morillo en éste período nos indica la consternación existente entre la oficialidad realista. Morillo prácticamente estuvo desinformado de lo que estaba ocurriendo en la Nueva Granada, y sus órdenes, dirigidas a batallones y regimientos fantasmas, corroboran esto que decimos. Hay en la correspondencia una evidente preocupación por mantener la provincia de Maracaibo libre de enemigos. Para ello se pidió en mayo a La Torre reforzar esa ciudad con una columna junto con la escuadra que estaba en Puerto Cabello.

En junio, Morillo declaró ciudadanos a los soldados de su ejército, e hizo jurar la Constitución liberal de la Monarquía en sendos actos públicos. Las noticias con peticiones de ayuda militar provenientes de la Nueva Granada no pudieron ser atendidas por la extrema escasez de tropa; por el contrario, se emitieron disposiciones reales que establecían entrar en acuerdos con los rebeldes para alcanzar la paz y procurar que la numerosa emigración, ya huída, pudiera regresar al país. Una vez más se pusieron en práctica los ya anacrónicos indultos reales que poco eco tuvieron entre los republicanos. La majestad del Rey ya no era tal; la distancia y la confusión de acontecimientos habían debilitado su buena imagen desacreditando a los hombres que le representaban en América.

37 Todos estos datos sobre ordenes y contraordenes de las tropas realistas han sido tomados de los legajos correspondientes al A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Torrependo, Leg. 8717 Correspondencia entre Morillo y La Torre.

En el mes de julio se tuvo el primer acercamiento entre los comisionados de Morillo y los republicanos, tratando de concertar algunas negociaciones que pudieran llevar a una tregua en el conflicto. Aunque ya los ánimos y la correlación de las fuerzas ya no son las mismas; mientras que los realistas obligados por su gobierno apuestan por la paz³⁸, los ejércitos republicanos aprovecharon el desconcierto de su rival para avanzar en todos los frentes. Ante ello los gobernadores de Cartagena y Santa Marta no hacen más que pedirle auxilio a Morillo ante la indefensión en que se encuentran.

“Bolívar aceptaba la suspensión de hostilidades para la división acantonada en los Valles de Cúcuta, pero seguía avanzando en las provincias de Santa Marta y Cartagena. Los disidentes no pensaban en absoluto en que formaran una sola nación los españoles de los dos hemisferios³⁹”.

Esa era la convicción entre casi todos. Se esperaba que los enemigos no fueran a transigir en nada y se lamentaban que desde España no tuvieran la menor idea del tipo de lucha que en las colonias se había estado librando. Las noticias adversas le siguieron llegando a Morillo en agosto al informársele que la escuadra dirigida por Chacón era incapaz de auxiliar Santa Marta ni Cartagena por el mal estado de los pocos buques de guerra que operaba; luego supo que La Torre había sido derrotado en Cúcuta donde tres divisiones realistas se habían pasado al campo rebelde. Valdés, jefe republicano marchaba rápidamente hacia Quito y Bolívar ya había ocupado Ocaña. Las continuas deserciones de las milicias que se

pasaban al enemigo y la crónica escasez de víveres y vestuarios llevaron a Morillo a exigir a los ayuntamientos a suplir estas necesidades. Los ayuntamientos poco podían hacer y menos en las actuales circunstancias en que el poder militar cada vez era más débil, y sabiendo que desde España, el nuevo gobierno de orientación liberal había decidido cambiar la política ultramarina. A partir de este momento podemos notar el resurgir de algunos liderazgos civiles locales que se alzan a viva voz en contra de los militares para exigirles el respeto y cumplimiento de las leyes. La Torre, sucesor de Morillo entre los años 1821-1823, vivió intensamente ésta nueva situación que vino a significar otro importante obstáculo a su precario y disminuido mando como jefe militar en Venezuela.

En septiembre de 1820 la principal preocupación del alto mando realista era evitar que Bolívar y sus fuerzas pudieran tomar a Maracaibo y su puerto. Ya se sabía que las únicas ayudas sólo podían provenir desde el exterior, desde La Habana, Santo Domingo, Puerto Rico, Panamá y Nueva España, siempre y cuando alguno de los gobernantes españoles de esos territorios se dignara a colaborar con los expedicionarios de la Costa Firme; situación ésta que ya era algo muy ocasional. El Gobernador de Maracaibo informó a Morillo sobre las actividades conspirativas de algunos miembros del ayuntamiento de la ciudad, favorable a la independencia, situación que debía ser atajada de inmediato; todas las esperanzas de mantener a Maracaibo resguardada se habían puesto en la Armada bajo el comando de Chacón.

En octubre siguen las noticias desalentadoras sobre derrotas y deserciones en masa. El famoso guerrillero Reyes Vargas se pasó a las filas republicanas entendiendo que la marea del triunfo ahora estaba del lado opuesto. Sobre la población de San Carlos, Morillo, quiso hacer confluir a todas sus fuerzas, para desde allí, intentar un ataque sobre el enemigo, no obstante, ya bien sabía que hacer éste movimiento implicaba desguarnecer a Caracas; y además, ya era plenamente consciente de que no poseía fuerzas suficientes para detener las ofensivas múltiples del enemigo. A Morales le

38 Rafael del Riego, luego del alzamiento establece la restauración de la Constitución de Cádiz (1812) y la vuelta a un régimen liberal conocido en la historia como el Trienio: 1820-1823, caracterizado por la inestabilidad y debilidad como gobierno efectivo, teniendo al Rey Fernando VII, como su principal saboteador. Los liberales en la Metrópoli procuraron pactar con los rebeldes americanos como nueva política de estado para obtener la pacificación que las armas habían negado.

39 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Torrependo, Leg. 8717 Correspondencia entre Morillo y La Torre.

defiende ante las acusaciones de civiles que señalan que el jefe realista ha robado unas cuantas reses para dar de comer a su columna. Los métodos vandálicos y arbitrarios para obtener los recursos indispensables para alimentar a los hombres, ya se hacen con total impunidad ante la ausencia más que evidente de un estado de derecho regido por España. Lo que tiene Morillo en Venezuela en los meses últimos de 1820 son bolsas de resistencia que poco a poco van siendo copadas por fuerzas enemigas superiores. Por eso, el armisticio por el que tanto apostó, lo consideró como la única salida posible para atajar el inevitable colapso.

El 11 de diciembre Bolívar fue recibido como triunfador en Angostura y acabó con los conatos de insubordinación de Arismendi y tantos otros que recelaron siempre de su autoridad y mando al frente de las huestes republicanas⁴⁰. Ya Angostura había cumplido con creces el haber sido la base de la liberación de la Nueva Granada, ahora, sería Bogotá, el nuevo epicentro de las futuras conquistas.

⁴⁰ Es interesante palpar que toda la hagiografía elaborada posterior a la Independencia alrededor del culto a Bolívar, pronto olvidó, que el Libertador fue a lo largo de su vida política y militar un jefe discutido y adversado por sus principales subordinados.

1820: El año del armisticio y del fin de la “pacificación”

2.1. Una vez más se solicitan socorros a Madrid

En el año 1815 Morillo creyó que con 10.000 expedicionarios españoles sería suficiente para “pacificar” media América, pero ya el tono en 1819 luego de la Batalla de Boyacá, fue completamente distinto. La guerra en el trópico había mellado toda la voluntad de la oficialidad realista que ahora se daba cuenta, luego de cinco años de conflicto, que hacían falta los consabidos refuerzos peninsulares para poder ganar la guerra. 30.000 soldados llegó a pedir Morillo a las autoridades de Madrid en ese año de 1819, y no para atajar las rebeliones en toda América, sino solamente la que él mismo estaba combatiendo en Venezuela; a la que se atrevió a denominar como la “América Militar”.

Ya hemos podido constatar, que la correspondencia de Morillo, con el Gobierno español, es un desesperado y largo lamento por el abandono en que la Metrópoli le ha dejado en la Costa Firme junto a sus expedicionarios. También hemos podido reseñar, las frecuentes embajadas de emisarios de Morillo con destino a la Corte, con el propósito de que comuniquen a los responsables del gobierno, las demandas de auxilios que reiteradamente se habían solicitado desde el año 1817.

Recordemos que en el año 1817 Don Pascual Enrile, segundo en el mando del Ejército Expedicionario, había viajado hasta Madrid presentando un largo informe sobre las penalidades que se estaban viviendo en Venezuela y los deseos de Morillo por ser relevado en el mando. La descripción de los escenarios tropicales que

hizo Enrile fue dantesca, y llegó a señalar: que era el medio y la geografía salvaje venezolana el que estaba acabando con la vida de los expedicionarios europeos. Si no enviaban nuevos reemplazos para suplir las bajas europeas, la guerra estaba de antemano perdida, fue la conclusión más importante de ese informe de Enrile.

Pues bien, ese llamado de atención que hizo Enrile en sus representaciones no fue debidamente atendido. Y desde la Corte en Madrid, se siguió pensando, que el problema americano era en realidad manejable aún con las grandes limitaciones que tenían los jefes españoles encargados de la política pacificadora. Salvo la fallida operación secreta de los barcos rusos en 1817 y la preparación de la abortada expedición de Riego (1820), desde Madrid, no se pudo lograr otra cosa con relación a los refuerzos que tan terca-mente se solicitaron.

Por fortuna, en nuestras largas indagaciones en los archivos españoles, hemos podido encontrar el testimonio del que fue uno de los últimos emisarios que envió Morillo a la Corte madrileña en febrero del año 1820⁴¹, con la ingrata misión de comunicar al Rey el desastre de Boyacá y la consiguiente pérdida de todo el Virreinato de la Nueva Granada. Se trata del Coronel León de Ortega, Ayudante de Campo del General Morillo y que estuvo sirviendo al lado del mismo por más de doce años (siete años en la guerra contra Napoleón en la península y cinco en la reconquista de las Provincias de Venezuela y Virreinato de Santa Fe).

El documento es otro inestimable testimonio de los años posteriores de la guerra donde se realiza el recuento de los éxitos expedicionarios junto con el proceso de entropía que fue sufriendo en manos del enemigo y el medio tropical. El ciclo de desgracias comenzó para los realistas con la caída de Guayana y Margarita en los años 1817 y ahora con la ocupación de Bogotá en agosto de 1819. Se dice también, que Morillo hizo un desesperado esfuerzo

en el año 1818, en tratar de reconquistar la Provincia de Guayana, pero que la falta de medios y la oposición de los enemigos, se lo impidieron.

Para excusar la derrota en Boyacá, dice el informe, que con Barreiro en la Nueva Granada no se encontraba un solo europeo con la excepción de los que sí estaban acantonados en la Plaza de Cartagena de Indias. Además, la ausencia de buques para guarnecer la costa, permitió que los enemigos desembarcaran en ella a sus anchas.

El informe evidentemente acusó el abandono en que había estado sometido el Ejército Expedicionario de Costa Firme enviado al sacrificio en América. Las excusas y reproches en contra de la ineptitud del Brigadier Salvador de Moxó vuelven a reaparecer al igual que la acusación en contra de la Gran Bretaña por ayudar a los rebeldes tanto en hombres como en armas. Según los datos que aporta el informe fueron 5.000⁴² aventureros los que llegaron a la isla de Margarita y Guayana en el año 1819.

Una vez más los realistas de Venezuela se lamentarían que de haber obtenido los refuerzos solicitados tantas veces a Madrid, en buques y hombres suficientes, la guerra se hubiera podido haber ganado.

Por primera vez aparece en un informe realista la denominación de *Ejército de Venezuela* para nombrar a los antiguos rebeldes. Ya en ese entonces las evidencias sobrepasaban todo intento propagandístico en negar la existencia de los venezolanos como un Estado constituido territorialmente con sus propias leyes y normas bajo la potestad del ejército comandado por Bolívar.

La situación de Morillo en Venezuela en los meses últimos del año 1819 fue de completa indignancia. Al norte, cercado por los corsarios republicanos que le entorpecían las comunicaciones con el

41 El Coronel León de Ortega llegó a Cádiz el 18 de noviembre de 1819.

42 La cifra es exagerada, y no hay la menor duda, de que la oficialidad realista, empezando por Morillo, utilizaron como excusa para encubrir la falta de éxitos militares en la guerra contra los rebeldes, el pretexto de la ayuda extranjera.

exterior; en el sur, Páez y los llaneros junto con los guayaneses que no le daban respiro; los orientales en el este amenazando un ataque directo a la capital, Caracas, y ahora Bolívar desde la Nueva Granada pudiendo avanzar por el flanco occidental casi libre de tropiezos. Esta situación penosa obligaba a Morillo a desarrollar una actitud defensiva a la espera de la tan prometida expedición de refuerzo.

“Sin escuadra absolutamente; sin refuerzos ni reemplazos; el Ejército destruido en sus mismas victorias; en un país entregado enteramente a la miseria; contra un Ejército reforzado con 5.000 soldados bien organizados, provistos los almacenes de Guayana de 3.000 fusiles e igual número de vestuarios; contra una Escuadra insurgente e inmensa multitud de buques corsarios. ¿Qué era ya posible, Señor, qué sucediera?”⁴³.

Sigue el informe describiendo las vicisitudes de la acción de Boyacá y de cómo los insurgentes se habían apoderado de la capital, Bogotá, ante la desbanda del Virrey Sánamo y las fuerzas de Calzada en dirección a Popayán.

De la misma forma se hace la siguiente observación sobre las condiciones climáticas del país como condicionantes de los movimientos de tropa. Las previsiones de Morillo eran las de esperar la llegada de la “Gran Expedición” antes del mes de mayo de 1820, momento en que empezaría la estación de las lluvias; de no ser eso posible la campaña de reconquista sobre la Nueva Granada seguiría retrasándose en perjuicio de las armas del Rey ya que los enemigos tendrían el tiempo suficiente para reforzarse.

Más claro no se podían expresar los expedicionarios sobre sus necesidades pero una vez más fueron desatendidos; y lo más grave: ocurrió la sublevación del Ejército en Cabezas de San Juan en

enero de 1820 acabando con toda esperanza de ganar la guerra en América. Lo paradójico de todo esto es que el informe del Coronel Ortega está fechado el 3 de febrero, es decir, un mes después de haber ocurrido la sublevación. La crisis española no era algo exclusivamente circunscrito a los territorios coloniales, sino expresión de un proceso de transformación estructural de todos los fundamentos de una sociedad en tensión y conflicto permanente desde que ocurrió la invasión napoleónica en el año 1808. Que error tan lamentable ha sido estudiar las luchas independentistas hispanoamericanas sin tomar en cuenta los sucesos peninsulares y de toda la vertiente atlántica entre los años 1750 y 1850.

Con el levantamiento de Riego y la vuelta de los liberales al poder esgrimiendo la abolida Constitución de 1812 se acabó con la política de “pacificación” que emprendió Morillo en el año 1815. El balance era completamente adverso a los realistas venezolanos y todos ellos se preparaban a resistir con honor y gallardía el inevitable colapso.

2.2. El impacto de la revuelta liberal sobre los realistas en Venezuela

Desconcierto; sensación de abandono y traición. Desmoralización junto con un sentimiento de humillación por considerar que de poco valieron tantos esfuerzos y sacrificios por un Rey lejano y una Metrópoli indiferente al destino final de sus súbditos más leales en ultramar.

Cuando el Rey Fernando VII tuvo que volver a jurar la Constitución liberal el 14 de marzo de 1820⁴⁴ bajo las premisas del “imperio de las circunstancias” se dieron “*Vivas al Rey; Vivas a la Nación y Vivas a la Constitución*”, pero en realidad los liberales que volvieron al poder muy poco sabían que hacer respecto a los levantamientos hispanoamericanos.

43 A.G.I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 57, N.42, Madrid 3 de febrero de 1820.

44 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8740-84.

Creyeron, eso sí, que había que acabar con la política represiva, vía militar, que hasta ahora se había mostrado ineficaz. En consecuencia ordenaron a las autoridades indianas que publicaran y jurarían la Constitución y que pusieran fin a las hostilidades con los “rebeldes”. Esto implicaba nada más y nada menos que cambiar radicalmente la manera en que tradicionalmente se venía tratando al adversario. Antes, los “rebeldes” prácticamente eran viles traidores a los que había que castigar con la muerte, y de repente, las nuevas órdenes establecían convenir tratos y acuerdos de paz con ellos.

De acuerdo a José Domingo Díaz la reacción de Morillo fue de indignación y humillación. La propuesta de acordar la paz implicaba para éste realista de línea dura: “... la más humillante degradación de la dignidad Real, y del honor de la nación española”⁴⁵.

Pero Morillo nunca fue un idealista y si un pragmático. Con las últimas noticias recibidas pudo hasta vislumbrar una salida a la guerra lo menos onerosa tanto para su reputación como jefe militar como para el honor y los mejores intereses de la nación española.

Inmediatamente se nombró una Junta de Pacificación que estuvo presidida por Morillo y otros realistas connotados como el mismo José Domingo Díaz con la finalidad de realizar todas las gestiones dentro del campo enemigo y con ello aspirar concertar un cese al fuego.

La Constitución fue jurada y publicada en Venezuela el 7 de junio y significó la algarabía de muchos realistas liberales que creyeron que a través del nuevo gobierno se iba a restituir el orden y la paz. Los jefes militares tuvieron que acatarla haciendo alarde de una ciega obediencia ante la autoridad legalmente constituida. Pero las voces disidentes no se hicieron esperar. Son suficientes dos testimonios; uno civil y otro militar, para darnos cuenta de las resistencias y el rechazo que trajo el nuevo gobierno liberal entre los realistas venezolanos que venían luchando por tanto tiempo.

“Bajo de aquel funesto Gobierno que perdió a mi patria, no me era posible ya prestarla mis servicios. Me separé de la redacción de la gaceta que ocho años había estado desempeñando sin el menor interés; no habiendo sido bastantes a hacerme variar de resolución, las instancias y contestaciones por escrito que mediaron con el Capitán General de la provincia. El impresor se encargó oportunamente de ella. No hay que dudarle. Aquel funesto Gobierno perdió a mi patria, y nos envolvió en sus ruinas. Una epidemia pestilencial no propaga tan rápidamente su mortal contagio, como aquella fatal Constitución propagó el que le era peculiar. Hizo desaparecer todos los principios del orden”⁴⁶.

En un tono parecido encontramos el testimonio del Capitán Sevilla, militar sobreviviente de las duras campañas tropicales venezolanas y que desde su arribo en 1815 estuvo participando como combatiente en los principales escenarios bélicos del país.

“El 2 de mayo se recibió la infausta nueva de la jura de la Constitución en la Península y la orden para que en seguida se hiciese igual ceremonia en Cumaná. Al efecto se formó un tablado en medio de la plaza, donde el gobernador, ante la tropa de mar y tierra formada, leyó aquel código el día 3, lo vitoreó, juró e hizo jurar. Gran trabajo costó a los jefes el que la oficialidad y la tropa repitiesen aquellos vivas, pues todos pronosticábamos y preveíamos que con aquel sistema se iba a perder la Tierra Firme, a costa de tantos sacrificios conservada”⁴⁷.

Con todo ello Morillo no se amilanó y trató de mantener motivado a como diera lugar a su oficialidad, que de por sí ya era bastante escasa. Para ello emitió algunos importantes ascensos que recayeron sobre los jefes más allegados a su persona y que habían tenido un desempeño destacado en las recientes campañas mili-

45 Díaz, op.cit., pág. 365.

46 Ibídem, pág. 366.

47 Capitan Rafael Sevilla, Memorias de un Oficial del Ejército Español. Campañas contra Bolívar y los separatistas de América, Madrid, 1916., pág. 259.

tares de los años 1818 y 1819⁴⁸. Las distinciones y ascensos fueron para Juan Francisco Mendivil y José Pereira que pasaron del grado de Brigadier al de Coronel. Más significativos fueron los ascensos de Francisco Tomás Morales y Pascual Real que obtuvieron el grado de Mariscal de Campo. Sobre todo llama la atención el ascenso de Francisco Tomás Morales, un jefe canario proveniente de la vida civil y que a fuerza de audacia y voluntarismo se encumbró en lo más alto de la oficialidad realista en la Costa Firme. Morales fue el eslabón entre la oficialidad española -muy desconfiada de las capacidades militares de los soldados del país- y los venezolanos que sirvieron bajo las armas reales. Su experiencia como segundo de Boves fue determinante en mantener operativa una fuerza nativa muy eficaz en los servicios que supo brindar hasta el final de la guerra. Al comienzo Morillo desconfió de Morales pero luego tuvo que rendirse a la valentía y pundonor del canario que nunca se mostró pusilánime al momento de combatir a los enemigos. Morillo también quiso homenajear al regimiento “Valencey” por ser el más brillante de todos los que conformaban al Ejército Expedicionario destacando *“por su instrucción, fuerza y buena disciplina”*.

Ante las noticias desoladoras que se acababan de recibir desde la península no había que perder el tiempo en inútiles lamentos; había que preparar la resistencia ante el previsible y decisivo último asalto republicano que ya todos avizoraban.

A todas éstas desde España los liberales plantearon un giro radical sobre la manera en que se debía tratar el asunto ultramarino. El 16 de abril de 1820⁴⁹ el Rey junto con el Consejo de Estado diseñaron una nueva política pacificadora basada en la negociación y la reconciliación sobre los fundamentos de la Constitución liberal de 1812. Para ello se estableció el envío de Comisionados españoles a distintos puntos de América para acordar el cese de las hostilidades. Dos comisionados a la vez fueron enviados a Ve-

nezuela, Santa Fe, Buenos Aires, Río de Janeiro, Chile y Lima. Se tuvo el detalle de que esos comisionados fueran todos civiles y ninguno militar.

Con la negociación se quería acabar con la guerra otorgando a los hasta ahora denominados “rebeldes” algún tipo de concesión que pudiera hacerles desistir en seguir luchando. Se creyó que bastaba conferirles a los americanos de esos territorios una mayor autonomía en funciones de autogobierno e incorporándolos en las Cortes con iguales derechos y deberes que los peninsulares para que todo volviera a la normalidad. Los liberales españoles en su mayoría creyeron en ese entonces que la común filosofía política iba a ser el puente para acabar con las disensiones existentes.

Falsa expectativa ésta porque Bolívar y su gente querían la independencia absoluta y desde España no se estaba en la disposición de renunciar a la administración de los territorios coloniales. Los liberales españoles quisieron resolver con la negociación un conflicto armado que ya no tenía vuelta atrás. Las diferencias y heridas se habían ahondado profundamente y sólo podía haber un desenlace decretando la victoria de uno sólo de los beligerantes.

El Ejército Expedicionario de la Costa Firme bien sabía que tenía los días contados y Morillo debió entender que a través de la negociación que se le impuso podía lograr un armisticio salvador con los enemigos; y con ello, obtener una salida decorosa del laberinto venezolano. Si llegaban a fracasar esas negociaciones obviamente muy poco se podía hacer para detener el avance enemigo. De repente, toda la animadversión que se alimentó con la descalificación de los adversarios dio lugar a una conversión entre los dirigentes realistas civiles y militares, que sabiendo del abandono en que los dejaba la metrópoli, ya no había otra opción que seguir. A partir de ese momento, los muchos realistas que pudieron hacerlo, se marcharon al exilio tanto a las islas vecinas como Cuba y Puerto Rico como a la misma Europa. Ya se presentía el colapso final a pesar de las ingenuas previsiones liberales que abogaron por obtener éxito en la recién inaugurada nueva política pacificadora.

48 S.H.M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España), M.G. 119, 15 de abril de 1820.

49 A.G.I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 89, N.35. Palacio, 16 de abril de 1820.

La emigración realista fue desordenada pero lo suficientemente numerosa para preocupar a las autoridades que tuvieron que emitir bandos tranquilizadores animando a la población a no irse al exilio; y a los que ya se habían marchado se les pidió regresar garantizándoles una seguridad que todos sabían ficticia a pesar del tono firme y seguro que le imprimió Morillo a la parte final de una proclama pública en que pretendió atender éste asunto.

“Vuestra seguridad es sagrada e inviolable; está fundada en la voluntad del Rey; está unida a mi honor, a mi palabra y a mis deseos; es el objeto de mis cuidados; y nadie, absolutamente nadie, será osado a turbarla. El velo está echado. ¡Infeliz el que se atreva a rasgarlo!”⁵⁰.

2.3. Críticas liberales sobre los expedicionarios: Morillo vs. Somoyar

Las tensiones entre partidarios de la monarquía absoluta y los liberales constitucionalistas que volvieron a poner en práctica la libertad de expresión trajeron algo impensable durante los años del régimen absolutista: que se cuestionara públicamente y de una manera crítica las actuaciones de Pablo Morillo al frente del Ejército Pacificador de la Costa Firme.

Varios líbelos y representaciones empezaron a salir a la luz pública cuyo propósito era desprestigiar los métodos represivos utilizados por los militares en América desde que arribaron allá en el año 1815.

El escrito que más impacto público causó en ese entonces, fue uno que se publicó en Cádiz bajo el seudónimo de Enrique Somoyar en la Gaceta Patriótica del Ejército Nacional. Este Somoyar se identificó con las ideas liberales y expuso la natural empatía que existía entre los principios de la restituida Constitución y el ideario filosófico de Bolívar y los americanos que luchaban en contra del

régimen absolutista. Morillo, fue descalificado por haber sido el instrumento de la represión que utilizó el régimen depuesto. Por primera vez algunos españoles se atrevieron a decir a todo el mundo que Morillo era un “tirano” amante de la crueldad a través de los actos bárbaros y sanguinarios que llevó a cabo en contra de los americanos durante su estadía en el trópico. La propaganda liberal enfiló las baterías contra toda reminiscencia asociada al Antiguo Régimen y sus prácticas de carácter absolutista. Y la confusión volvió a reinar entre los españoles de la península respecto a la situación americana. El error de los liberales fue creer que Bolívar hacía la guerra por defender los principios constitucionales con los cuáles ellos se sentían identificados.

De ahora en adelante los expedicionarios fueron vistos con desconfianza y sus líderes tuvieron que recurrir a los mismos espacios públicos para intentar defenderse de las acusaciones que ahora se les imputaba.

El primero en responder el 3 de junio de 1820 fue el expedicionario Antonio Van Halen⁵¹ que enérgicamente intentó refutar cada una de las acusaciones que se le hicieron a Morillo y a la misión “pacificadora”. Los militares en ese momento alegaron que no se podía dudar de ellos como buenos patriotas y expusieron con razones todos los sacrificios llevados a cabo en la defensa de la integridad territorial de las Indias, a pesar del abandono en que los había dejado la Metrópoli. Igualmente consideraron un error de los liberales pretender resolver el conflicto a través de las palabras sin tener el respaldo de una sólida fuerza militar. Las negociaciones que ahora se iniciaban podían ser positivas pero advertían que los rebeldes solo aspiraban a la independencia y eran completamente indiferentes al ideario liberal que los españoles ahora en el gobierno pretendían esgrimir. Por otro lado existía una población

50 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8740-56, “A los Emigrados de Costa Firme”, 12 de junio de 1820.

51 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, 13, Leg. 8740-121. Contestación al autor de la 1era. Y 2da. Carta de un Americano a un amigo suyo, Antonio Van Halen, Cádiz, 3 de junio de 1820.

americana pro-realista que exigía de la Madre Patria su protección y sólo los militares podían garantizar esto. El debate que se suscitó puso en evidencia la falta de claridad y entendimiento que en ese entonces tenían los españoles de la península sobre lo que había estado ocurriendo en América. Los militares como Van Halen no aceptaron que se les calumniase faltando al honor militar de que hacían gala; y si bien sus razones se basaban en la experiencia directa vivida, nada pudieron hacer para convencer a sus otros compatriotas sobre la necesidad de unir criterios en la elaboración de una sola política capaz de identificar a todos y procurar la mejor solución. El conflicto entre liberales y absolutistas le facilitó las cosas a Bolívar en estos últimos años de la lucha.

Entre 1820 y 1823 los intentos liberales por gobernar España intentando ser fiel a los postulados de la Constitución van a sufrir una serie de altibajos como consecuencia de sus propias divisiones. La transición entre un régimen absolutista a otro popular seguía suscitando grandes controversias entre los propios españoles cuyos intereses de clase y grupo fueron un freno constante en allanar el camino hacia políticas concertadas. El asunto ultramarino obviamente fue terriblemente descuidado.

Pablo Morillo se sintió muy afectado por la forma en que era atacada su actuación en América. Todo su buen nombre, honra y fama se ponían en entredicho. El 6 de septiembre de 1820 se hizo público el: *Manifiesto que hace a la Nación Española el Teniente General Don Pablo Morillo, Conde de Cartagena, Marques de La Puerta, y General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa firme, con motivo de las calumnias e imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 de Abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar*⁵².

Este documento posee un gran valor porque en el mismo se recogen las impresiones que tuvo Morillo de todas y cada una de sus

actuaciones en Venezuela y la Nueva Granada a lo largo de la guerra. No hay duda que el tono que utilizó es auto justificador pero tiene el valor de haber sido escrito para llamar la atención sobre su persona respecto a los liberales que ahora gobernaban en Madrid.

Al igual que otros expedicionarios que ya habían podido regresar a la península, casi unánimemente, todos llegaron a sostener que los españoles en Europa ignoraban por completo lo que estaba ocurriendo en América. El Océano Atlántico fue un velo inmenso que cegó a los españoles de toda percepción justa sobre la larga guerra ultramarina que se estaba librando desde el año 1810. El aislamiento de las fuerzas expedicionarias españolas les condenó a una lucha anónima sobre un enemigo al que se le subestimó desde el principio. La mentalidad española de origen medieval siguió percibiendo el problema colonizador como un asunto sencillo de atender dada la mitología del “conquistador” del siglo XVI que con la cruz evangelizadora y unas pocas espadas logró hacer sucumbir, con apenas resistencia, a los “bárbaros” imperios Aztecas e Incas. Ahora en el siglo XIX se estableció un paralelismo respecto a los criollos alzados en armas, a quienes se les percibió como mestizos de condición inferior a los blancos españoles. Al asumir Morillo y la oficialidad europea que le acompañó éste tipo de actitud de superioridad étnica, estaba condenando de antemano toda posibilidad de éxito.

Hay un contraste muy llamativo entre la actitud victoriosa del General español cuando llegó a Margarita en los primeros meses del año 1815 y lo que dijo en el manifiesto que ahora comentamos.

Lo primero y más evidente es que Morillo intentó salirle al paso a unas informaciones públicas que ponían en entredicho sus principales actuaciones en América. Para un hombre acostumbrado a mandar de una manera casi absoluta y a ser obedecido por todos desde que llegó a Venezuela, que se hubieran atrevido a calumniarle y a poner en duda su patriotismo de acuerdo a la misión que se le había encomendado, era algo que había que enfrentar si se quería mantener el prestigio personal y profesional para futuras

52 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado 13, Leg. 8740-122. Pablo Morillo, Cuartel General de Valencia, 6 de septiembre de 1820.

tareas en la Metrópoli. Ya no sólo había que luchar contra los enemigos de España en América sino contra adversarios de la corriente liberal en la propia península que ahora cuestionaban todo lo que estuviera vinculado al antiguo régimen absolutista. Y esto por lo visto terminó por hundir todo pequeño resquicio de optimismo que los expedicionarios pudieron haber albergado en el momento en que esperaban los tan ansiados refuerzos que más de cien veces habían solicitado al Rey y sus principales ministros.

“Mi honor no se ofende impunemente, ni la reputación que he procurado adquirir a fuerza de servicios, de trabajos, de privaciones y de mi sangre no desaparece por la maligna exposición de un hombre que habla, escribe, respira por la generosidad española”⁵³.

El principal alegato de Morillo en su defensa fue el de presentar sus actuaciones en América bajo el signo de la legalidad y del éxito. Mientras que los españoles luego del retiro de las tropas de Napoleón en 1814 volvieron a recuperar la paz, 12.000 expedicionarios llegaron al trópico a poner en práctica una política “pacificadora” bajo el signo de la represión militar. Si bien Morillo dejó en claro, a través de testimonios documentales, que siempre aspiró primero a negociar y conciliar que irse por la vía de la violencia. Aunque una cosa es lo que dicen los papeles y otra muy distinta fue lo que ocurrió en la realidad.

El primer logro según Morillo fue el de restaurar el antiguo orden colonial bajo las mismas premisas existentes en 1810, logrando desarmar y desmovilizar en Venezuela al ejército popular de Boves y Morales. Morillo llegó a la Costa Firme a mandar a través de bandos y panfletos que creía que todos iban a obedecer; pero cuando pudo percatarse de la resistencia de un sector criollo pro-revolucionario, no dudó en aplicar políticas de fuerza bajo el supuesto de tener bajo su mando un ejército con aires de invencibilidad.

“En pocos días estuve al cabo de los acontecimientos políticos de estos países, y de su historia militar. Supe sus desgracias, su desolación y miseria. Vi los funestos lugares que habían sido el teatro de inhumanas carnicerías; vi aún las señales de las hogueras en donde habían expirado entre los crueles tormentos del fuego muchos centenares de españoles europeos que no habían tenido otro delito que el lugar donde nacieron: todo lo vi”⁵⁴.

Hay en éste párrafo citado toda la intención de establecer por parte de Morillo una dicotomía entre americanos y peninsulares como si fueran dos cuerpos extraños. Craso error éste porque si hay algo que tuvo el conflicto venezolano fue que se peleó casi con exclusividad entre los propios americanos. Morillo llegó a justificar el uso de la violencia sobre los adversarios del Rey porque estos se resistieron anteponiendo igualmente su propia violencia; y además, porque eran unos súbditos rebeldes al margen de las leyes.

La autarquía del conflicto venezolano fue la justificación de las medidas extremas, no sólo contra los enemigos, sino también hacia el sector pro-realista que tenía que sacrificarse por mantener operativo las fuerzas militares europeas.

El primero y más importante éxito militar de los expedicionarios fue el asedio de la “inexpugnable” fortaleza de Cartagena que en el año 1816 pudo ser recuperada; allí los españoles le tomaron el pulso al tipo de enemigo al que tenían que enfrentar en unas condiciones climáticas muy duras. A Cartagena le siguió Bogotá en donde se pensó restituir la legalidad bajo acciones un tanto duras pero justificables de acuerdo a Morillo.

“Se restablecieron los tribunales y autoridades determinadas por las leyes; volvió a su antiguo estado el orden civil y político; la disciplina militar mantuvo todo su vigor; y si acaso se cometieron algunos desordenes particulares, o se castigaron los delincuentes, o yo los ignoré,

53 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, 13, Leg. 8740-122. Manifiesto que hace a la Nación Española el Teniente General D. Pablo Morillo, 6 de septiembre de 1820.

54 *Ibidem*.

o fueron consecuencias inevitables de la guerra y de las privaciones que en países inmensos y desprovistos de todo era preciso que padeciesen algunas veces las tropas a pesar de mis previas disposiciones y de mis más ejecutivos mandatos⁵⁵”.

Morillo buscó con toda intencionalidad presentar un retrato de la “pacificación” americana que le justificara como principal jefe de la misma. Al comienzo, las victorias habían acallado, por temor a las represalias, cualquier voz crítica o disidente que se hubiera atrevido a cuestionar sus métodos. Pero son muchos los testimonios tanto realistas como republicanos que no han dejado de señalar la brutalidad e injusticia cometida sobre personas inocentes durante el tiempo que duró la ocupación de la Nueva Granada y Venezuela por parte del Ejército “pacificador”.

Las justificaciones de Morillo se fundamentan en que la legalidad tenía que ser restituida bajo cualquier medio utilizado; ya sea éste basado en una negociación, que por cierto muy poco se practicó, o a través de las bayonetas, los secuestros a la propiedad y los fusilamientos sobre el enemigo.

Haciendo referencia a Venezuela en 1817 Morillo hace un recuento de las distintas etapas que tuvo la guerra y de cómo a través de algunos indultos reales se quiso persuadir a los alzados en armas a deponerlas. Aquí, una vez más se reitera lo que ya ha sido común encontrar en los documentos realistas del período: la falta crónica de medios y soldados incapaces de cubrir tantos frentes enemigos abiertos a lo largo y ancho de una geografía inhóspita. Pero aún así, la épica hispana siempre presente bajo el pundonor de jefes que fueron capaces de emular a Cortés y Pizarro, obteniendo resonantes triunfos como el de Semen en 1818 cuando todo hacía presagiar una derrota en manos de las fuerzas rebeldes. Lo mismo habría que referir respecto a la campaña del año 1819 donde ocurrió el paso del Apure y otros inmensos ríos por parte de un

ejército disminuido tanto físico como moralmente en la búsqueda de los enemigos acantonados en el Sur.

Luego de Boyacá Morillo se impuso la tarea de reforzar el ejército y esperar la ofensiva republicana que era anunciada por todos. La noticia imprevista del alzamiento liberal en la península trastocó todos sus planes.

Más adelante en la parte segunda del documento Morillo se presentó como un hombre de paz prisionero de las circunstancias que le tocó enfrentar en el trópico. Y antes las críticas que le señalaron como un militar corrupto que se había enriquecido a través del abuso de poder dejó establecido lo siguiente:

“En mi escasez fundaba siempre mi primera gloria; porque era compatible con mis deseos; porque veía el lujo y la opulencia como opuestas al carácter militar; y porque siempre me llenaron de horror las depredaciones de un jefe que se hacía por ellas incapaz de inspirar el respeto y la subordinación del soldado. Tenía ambición de gloria, de nombre y de servicios; quería para conseguirlo ser soldado y tener soldados; y yo no podía serlo ni tenerlos, sino dándoles ejemplo de sobriedad y de virtudes militares. Así, cuando fui General no fui proporcionalmente menos pobre que cuando era un simple soldado”⁵⁶.

Bueno, ya lo último parece exagerado, pero los indicios y pruebas documentales hasta ahora revisados nos llevan a desechar las acusaciones de enriquecimiento ilícito que se hicieron contra Morillo.

Al final Morillo termina haciendo un acto de fe a favor de la causa realista que tantos sacrificios le ha merecido como militar obediente de su Rey. Orgulloso de sí mismo no aceptó las que llamó calumnias vertidas en contra de su persona y que contribuyeron a debilitar la causa española en América. Aunque fue capaz de reconocer algunos desafueros llevados a cabo por sus propios subalternos:

55 ibídem.

56 ibídem.

“No dudo que algunos particulares se hayan quejado de exacciones violentas de ganados por algunos comandantes de divisiones o cuerpos, o por jefes de partidas para la subsistencia, o con pretexto para la subsistencia de sus tropas”⁵⁷.

Morillo dice que bajo su autoridad procuró dirigir legalmente la política de secuestros sobre los particulares pero que las circunstancias de carestía e incomunicación muchas veces obligaban a que sus hombres actuaran en sentido contrario. La realidad de los hechos nos dice que si bien se procuró conferir una legalidad a las actuaciones de los expedicionarios, estos, en la mayor parte de las veces, omitieron todas esas disposiciones. La guerra tuvo que alimentarse de la guerra misma de acuerdo al precepto napoleónico y hubo un momento en que todo se agotó.

Si hay algo que reconocerle a Morillo y que el mismo utilizó en su defensa: fue su alta competencia militar. Fue capaz en cinco años de mantener la disciplina de un ejército mixto y desestructurado por las numerosas campañas en las cuales participó; mantuvo su autoridad como máximo jefe militar ante cualquier conato de insubordinación de parte de todos sus subalternos. No permitió que se repitieran los nefastos actos de Monteverde en contra de Ceballos, y de Boves en contra de Cajigal. Fue temido y respetado por sus principales enemigos como Páez, Mariño, Bolívar y los principales oficiales ingleses que se unieron a los republicanos. Y mantuvo libre el centro del país de cualquier incursión enemiga antes de su regreso a España. Al igual que Fernando VII su figura y actuación histórica ha sido tergiversada por la imposición de una “leyenda negra” perniciosa pero muy efectiva. Ya llegará el momento que sus actuaciones sean medidas bajo una óptica más equilibrada.

Hay algo en el final de éste testimonio de Morillo que deja a las claras la conciencia de la alta responsabilidad que tuvo cuando se

le revistió de los poderes absolutos; hecho éste que le acarreó grandes críticas de parte del mundo civil realista americano.

“En fin yo fui honrado por S.M. con la concesión de facultades ilimitadas. Me he hallado en disposición de obrar por mí sin dependencia inmediata de nadie. La fortuna y bienestar de los habitantes de estos países han estado en mis manos; y sin embargo jamás pisó el suelo americano hombre alguno que hiciese menos uso de su absoluta autoridad. Ella fue para mí una obligación tremenda que me llenó de confusión y de temor en el acierto”⁵⁸.

Esto último es revelador de un hombre que se sintió sobrepasado por sus obligaciones y que también pudo haber ejercido como déspota dadas las circunstancias americanas y peninsulares donde existió un completo vacío de poder.

Morillo como hombre de su época tuvo conciencia de su responsabilidad histórica y quiso ser recordado como un militar exitoso. Toda su correspondencia pública y privada apunta en esa dirección. No tuvo los vuelos gramaticales y elegantes de la prosa de Bolívar, pero sí una clara conciencia de su propia valía y la trascendente misión que se le impuso como “pacificador”. Su regreso a España en los meses finales del año 1820 constituyó el fin de la resistencia realista en Costa Firme ya que La Torre, su sucesor, fue incapaz de mantener bajo su liderazgo las dispersas, fatigadas y desmoralizadas fuerzas realistas que quedaron varadas. Morales cuestionó los métodos de La Torre y las viejas disensiones volvieron a reaparecer para contribuir en acelerar, aún más, el inminente colapso final.

2.4. El Armisticio y Tratado de Regularización de la Guerra

El alto mando realista en Venezuela fue escéptico al principio ante la orden que le exigía entrar en “relaciones amistosas”

⁵⁷ ibídem.

⁵⁸ ibídem.

con los insurgentes⁵⁹. Y cuando Bolívar tuvo conocimiento de estas mismas inesperadas noticias su desconcierto fue aún más que evidente⁶⁰. Luego de Boyacá la confianza en el triunfo militar fue una auténtica convicción para El Libertador. Acordar un armisticio trastocaba repentinamente sus planes estratégicos y podía significar el otorgarle un respiro a un adversario prácticamente cercado en Venezuela y en una lamentable situación de abandono por parte de la Metrópoli.

No obstante, Bolívar reaccionó con rapidez a la propuesta española, exigiendo el reconocimiento de la Independencia y el nacimiento de Colombia.

“V.E. nos ha convidado con un armisticio cuyo objeto parecía ser la paz de América; pero un armisticio semejante sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro Gobierno, es demasiado perjudicial a los intereses de la Republica, cuando ella se lisonjea de un triunfo final y completo según todas las probabilidades. La continuación de las hostilidades debe producirnos la ocupación del resto de Venezuela y Quito, liberándonos al mismo tiempo de las enormes erogaciones que nos causa un Ejército demasiado numeroso para Colombia y la suspensión de ellas en la situación más propia para la guerra, y en momentos críticos para nuestros enemigos, trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrían resultarnos de nuestros constantes prolongados y dolorosos sacrificios”⁶¹.

La cita precedente no tiene desperdicio; a partir de ese momento la iniciativa siempre iba a estar presente del lado republicano. Bolívar fue sincero en señalar que el armisticio pudiera serle oneroso como jefe militar pero reflexionó lo suficiente para entender que como político y estadista podía resultarle muy beneficioso. Es por ello que llegó a decir:

“Sin embargo el Gobierno de Colombia, quiere manifestar a V.E. y a toda la Nación Española, que prefiere la paz a la guerra, aún a su propia costa; y propone en contestación entrar en comunicaciones con V.E. para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que en calidad de indemnización se le den a Colombia las seguridades y garantía que ella exige como gaje de éste empeño”⁶².

La nota termina con la observación de que Bolívar a fines del mes de octubre (1820) fijaría su Cuartel General en San Fernando de Apure para hacer más fáciles y rápidas las comunicaciones entre los comisionados de ambas partes, y atender las misivas directas que podían escribirse entre los dos principales jefes. Bolívar, con una innegable posición de fuerza, iba a esperar los movimientos realistas y decidir lo que más le conviniera a la causa republicana. Los dos objetivos que procuró fueron la búsqueda del reconocimiento de la independencia por parte de España y ganar tiempo para reorganizar el Ejército y ponerlo a punto para los futuros y decisivos combates que se avizoraban.

Morillo encontró en el armisticio una oportunidad de acabar la guerra y de retirarse a España bajo el lustre de sus antiguas victorias. Puso todo el empeño personal en conducir el mismo las negociaciones para allanar el camino hasta su concreción.

El camino hacia el armisticio no fue fácil y muchas veces todo estuvo a punto de perderse por la rigidez en las posiciones de uno y otro adversario, lo cual es hasta comprensible y natural dado el encono en que se estuvo peleando desde aproximadamente diez años. Podemos esquematizar el camino al armisticio en tres etapas que comprenden todo el año de 1820:

- Enero/Mayo: Operaciones militares de baja intensidad tanto en la Nueva Granada como en Venezuela.

59 El 6 de junio recibió Morillo en Caracas la Real Orden emitida el 11 de abril desde Madrid en que el nuevo gobierno liberal le exigió proceder en la búsqueda de la reconciliación y la paz.

60 A.G.I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 57, N.44. 10 de octubre de 1820.

61 *Ibidem*.

62 *Ibidem*.

- Junio/Octubre: Se mantienen algunas operaciones militares y pequeñas escaramuzas junto con el proceso de negociaciones abierto por iniciativa realista.

- Noviembre: Firma del armisticio el 25 de noviembre de 1820 y del Tratado de Regularización de la Guerra el 26 de noviembre de 1820.

Para llegar al armisticio cada parte nombró a sus comisionados y negociadores. Durante varios meses muchos de ellos fueron alternados por los respectivos jefes, pero quienes finalmente concluirían el acuerdo, fueron de parte realista: Juan Rodríguez del Toro (Alcalde primero de Caracas); Brigadier Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela y Francisco González de Linares. Mientras que por los republicanos fueron el General Antonio José de Sucre; Coronel Pedro Briceño Méndez y el Teniente Coronel José Gabriel Pérez.

Conocemos con lujo de detalles todas las incidencias que se llevaron a cabo durante el período de las negociaciones de acuerdo a las autoridades realistas. José Domingo Díaz, Secretario de la Junta de Conciliación mandada a constituirse por Morillo, tuvo el cuidado de preparar un largo y minucioso informe de todas las actuaciones llevadas a cabo por sus miembros. Lo primero que valdría la pena notar es que el anti/liberal Díaz les hace concesiones a los liberales en Madrid en la creencia de que la paz y la reconciliación era una salida honorable al conflicto. Los realistas de Costa Firme no tuvieron más remedio que actuar pragmáticamente y hacer descansar todas sus esperanzas de supervivencia en el acuerdo con los insurgentes. Si no se les podía vencer con las armas había que disuadirles a dejarlas a través de la negociación bajo la ingenua creencia de una comunión de intereses bajo el ideario liberal común.

En junio de 1820 Morillo le escribió al Congreso de Colombia en los siguientes términos:

“Instruida V.A.S. de los últimos sucesos de la Península, y del triunfo de la opinión general de la Nación para restablecer la Constitución

de la Monarquía española sancionada en Cádiz el año de 1812 por el voto universal representativo de ambos hemisferios, y hallándome con ordenes positivas del Rey constitucional de las Españas para entrar en un acomodamiento generoso y justo que reúna toda la familia a disfrutar de las ventajas de nuestra regeneración política, y haga cesar los funestos efectos de la división nacida del deseo de redimirse de la opresión, que por un falso cálculo se ha creído peculiar de estos países, siendo como ha sido trascendental a todo el imperio; me adelanto a manifestar a V.A. haber establecido comunicaciones con el Jefe superior militar de ese Gobierno y con sus subalternos, proponiendo una suspensión de hostilidades hasta lograr realizar la reconciliación de que van encargado los Sres. D. Tomás de Cires, gobernador de Cumaná, y D. José Domingo Duarte, intendente de ejército y superintendente general de Hacienda Pública, cerca de V.A. bajo las bases uniformes, decorosas y de común utilidad de ambos”⁶³.

Cuando en 1814 Fernando VII volvió al trono e impuso nuevamente el absolutismo, algunos de sus ministros le sugirieron que bastaba con decirles a los americanos que la ausencia del padre común había sido la causa de las disensiones para que estos depusieran las armas. En 1820, los liberales españoles, con un conocimiento inexacto de los sucesos americanos, volvieron a cometer un error parecido.

Los liberales creyeron que acordar la paz significaba mantener incólume la integridad del imperio americano; y que para ello bastaba con otorgar algunas reivindicaciones jurídicas a los alzados haciéndoles jurar la Constitución española. Mientras que para Bolívar era fundamental antes de llegar a cualquier acuerdo que España reconociera la independencia de Colombia.

63 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8740. Manifiesto que de Orden de la Junta de Conciliación hace Don Josef Domingo Díaz, su secretario, sobre todo lo obrado hasta la conclusión de los tratados de armisticio y regularización de guerra celebrados con S.E. el Jefe del Gobierno de Colombia, Caracas, 24 de diciembre de 1820. (Publicado en la imprenta de D. Juan Gutierrez, año de 1821)

El tono de los comisionados criollos siempre fue altivo y al comienzo todo acuerdo pareció un espejismo.

“No hay en Colombia ni un hombre imparcial que perciba las ventajas que reporte Colombia de ésta servidumbre. La Constitución española no le concede ninguna; pero sea en enhorabuena ese código el de la felicidad; Colombia ha sentido su propia fuerza y robustez, y no quiere deber a otro el bien que ella misma se ha procurado, y que ella sola puede multiplicar según sus necesidades e intereses”⁶⁴.

Esta actitud autosuficiente había sido obtenida por las recientes victorias militares y la ciega confianza en el triunfo final que Bolívar ya había inculcado a sus principales jefes. Una fiera conciencia de patria nueva salió a relucir entre los comisionados republicanos que no entendían que los realistas les siguieran considerando como súbditos españoles.

Cuando todo parecía sin esperanzas y una nueva campaña militar iba a iniciarse debido a los movimientos de tropas llevados a cabo por Bolívar y Morillo en la zona de los andes venezolanos y que permitió la ocupación de Bailadores, Mérida, Trujillo y Carache por parte de fuerzas republicanas; Bolívar inesperadamente el 26 de octubre propuso pactar el armisticio bajo las siguientes consideraciones: 1. Armisticio general por cuatro o seis meses en todos los departamentos de Colombia; 2. El ejército republicano mantendrá las posiciones que actualmente ocupa; 3. La división de la Costa tomará las ciudades de Santa Marta, Río Hacha y Maracaibo sobre las cuales ya está en marcha e iniciando operaciones; 4. La división de Apure formalizará la ocupación de la provincia de Barinas ya abandonada por los españoles; 5. La división de Oriente ocupará el territorio que en los actuales momentos mantiene liberado; 6. La división del Sur en la Nueva Granada y en marcha hacia Quito mantendrá esos territorios libres a favor de la república. Se hace la salvedad que el armisticio anula la operatividad de todos los ejércitos

64 Ibidem. Contestación de los comisionados general Urdaneta y coronel Méndez.

republicanos y que los gastos de su mantenimiento son demasiados altos en un momento en que el triunfo era más que eminente.

Morillo mismo se puso al frente de las negociaciones tratando de no dejar escapar la oportunidad de concertar la paz. Pero lo que le propuso Bolívar era algo inaceptable. Transarse sobre esas condiciones suponía sancionar el cerco militar que las fuerzas de Bolívar habían montado sobre el dispositivo realista cada vez más empujado en los alrededores del centro del país.

Bolívar, hábil diplomático, le propuso igualmente a Morillo la necesidad de pactar un acuerdo de Regularización de la Guerra que acabara con tantos crímenes cometidos por los dos bandos durante tantos años de lucha. El principal promotor de la Guerra a Muerte intentó reparar ese bárbaro acto que fue su proclama trujillana en 1813 y que no hay duda que le envilecía, a pesar de todas las justificaciones que pudieron alegarse.

Morillo se trasladó en los primeros días de noviembre hacia la zona de Carache y emplazó su Cuartel General en el pueblo de Humucarobajo⁶⁵, allí recibió a los comisionados republicanos Sucre y Plaza a quienes dispensó corteses atenciones. Igualmente les respondió lo que pensaba sobre las proposiciones de Bolívar:

“Suspendamos, pues, las armas y entremos en negociaciones de reconciliación; nada más justo ni conforme al estado de estos pueblos, a la ilustración del siglo y a la filantropía de los principios que me dirigen; pero no se exijan imposibles. Yo no puedo infringir la Constitución política de la Monarquía, y la quebrantaría de hecho accediendo a la más pequeña cesión de terreno. Demárquense las líneas del ejército; proporcionense subsistencias; comamos todos como amigos y hermanos, pero que no se descubran miras de ambición ni de conquista. Deseando de buena fe la paz, éste es un arreglo facilísimo”⁶⁶.

65 Humocarobajo es un pueblo ubicado en el Estado Lara muy próximo a El Tocuyo. En los tiempos coloniales formaba parte de una ruta que comunicaba El Tocuyo con Trujillo, zona ésta última donde se produjo el histórico encuentro entre Bolívar y Morillo.

66 Ibidem. Contestación de Don Pablo Morillo al Excmo. Sr. D. Simón Bolívar, Cuartel General de Humucarobajo, 12 de noviembre de 1820.

Es más que evidente el gran interés que demostró Morillo por concertar la paz aunque ésta se avizorara precaria y bajo unos acuerdos que denotaban el signo de la fragilidad. El mes de noviembre sirvió para que cada jefe, uno en Trujillo y el otro en Carache avanzaran en las negociaciones. Para Bolívar antes de llegar a un acuerdo de paz definitivo era preciso la firma de un armisticio, es decir, una interrupción de las hostilidades por un corto período de tiempo; en el fondo lo que buscó el caraqueño fue el reconocimiento de sus más recientes triunfos y que España accediera, luego de diez años de conflicto, a reconocerle como beligerante que representaba a una nueva nación.

En Carache el 19 de noviembre los realistas presentaron un borrador con sus propuestas para llegar a la firma del armisticio; lo más relevante del mismo fue la aspiración de que éste tuviese la duración de un año y que se respetasen los territorios ocupados y demarcados por cada uno de los dos ejércitos; que los emigrados pudieran volver a sus hogares y que se les restituyesen sus bienes, además de respetarles sus opiniones políticas sin cometer ningún tipo de persecuciones y represalias por ello; se canjearían los prisioneros, desertores y pasados, y finalmente, deberían cesar las hostilidades en el mar.

La contrapropuesta republicana no se hizo esperar y el 22 de noviembre se contestó en los siguientes términos. La duración del armisticio sólo sería por cuatro o seis meses como mucho; la provincia de Maracaibo sería anexada a los ejércitos republicanos que ya ocupan las dos terceras partes de ese territorio y en compensación Colombia detendría sus movimientos de fuerzas hacia Quito que inexorablemente estaba condenada a caer; las hostilidades en el mar también quedarían suspendidas. En uno de los puntos se señala que:

“Para el caso de que por desgracia se vuelvan abrir las hostilidades y la guerra, se celebrará un tratado que se convenga el tratamiento que recíprocamente deban darse como enemigos, conforme lo ha propuesto S.E. el Presidente. Se señalará el tiempo en que deba avisarse el rompimiento de hostilidades, y se tendrá por tal rompimiento el

apresto de expediciones en España o en cualquiera otra parte contra Colombia”⁶⁷.

Es decir, los republicanos a pesar de la buena fe esgrimida entre las dos partes, no confiaban del todo sobre el comportamiento futuro de sus enconados enemigos. La desconfianza y los hondos rencores pesaban más que las esperanzas por recuperar una prolongada paz. Y de parte realista muchos oficiales y soldados se manifestaron consternados por entrar en relaciones amistosas con los rebeldes dando muestras de una debilidad que sería aprovechada por el enemigo.

Las diferencias entre las dos partes pudieron finalmente resolverse por las diligencias de los comisionados que representaron todo el tiempo a Morillo y Bolívar. El 25 de noviembre se pudo firmar el acuerdo del armisticio zanjándose las diferencias anteriormente expuestas. El armisticio debería tener una duración de seis meses y las partes se comprometieron a respetar los territorios que en ese momento cada uno ocupaba tanto en Venezuela como en la Nueva Granada. En el artículo 2 se dice que el convenio de paz podía ser prorrogado luego de su vencimiento todas las veces que éste fuera necesario y de mutuo acuerdo. En esto como ya más adelante veremos, La Torre y otros oficiales, basaron sus esperanzas en mantener la presencia española en la Costa Firme.

Podemos sintetizar las más importantes cláusulas del acuerdo:

- Suspendidas las hostilidades por seis meses.
- Las tropas que corresponden a cada uno de los ejércitos se situarán en los límites señalados en el documento.
- Las comunicaciones para proveerse de ganados, mercancía y víveres de todo tipo, quedó abierta y libre entre los respectivos territorios.

⁶⁷ *Ibidem*, Comunicación de Antonio José de Sucre, Pedro Briceño Mendez y José Gabriel Pérez dirigidas a Don Pablo Morillo y sus comisionados, Trujillo, 22 de noviembre de 1820.

- Uno y otro gobierno recibirá a los comisionados para tratar sobre la paz definitiva y los proveerá de salvoconductos.

- En caso de reanudarse la guerra entre ambos gobierno, el que intente romper el armisticio tendrá que avisar al otro cuarenta días antes del primer acto de hostilidad.

- Se firmará un tratado sobre la regularización de la guerra de acuerdo a la práctica de las naciones civilizadas.

El artículo 14 del Tratado de Armisticio estableció: “... para dar al mundo un testimonio de los principios liberales y filantrópicos que animan a ambos gobiernos estos se comprometen a celebrar un tratado que regularice la guerra conforme al derecho de gentes y a las prácticas más liberales, sabias y humanas de las naciones civilizadas”.

El Tratado de Regularización de la Guerra fue firmado el 26 de noviembre y entre sus aspectos más resaltantes hay que señalar los siguientes:

- A partir de ese momento se aspiró a “combatir como pueblos civilizados” en caso de reanudar la guerra.

- “evitar el exterminio al que se ha llegado hasta el momento”.

- El canje de prisioneros previo respeto de la vida y de acuerdo con su grado; lo mismo en el caso de que se trate de civiles.

- Trato humanitario a los enfermos y heridos y su posterior restitución a la bandera a la que pertenezcan.

- Honrosa sepultura a los caídos en combate.

- Respeto a la opinión de los habitantes de los pueblos que alternativamente sean ocupados por las armas de los beligerantes, “... sin perseguir a nadie por sus ideas”.

Este acuerdo logró mitigar, ya al final, la sangrienta carnicería que fue la guerra en la Costa Firme⁶⁸; pero para los colombianos

68 Véase el trabajo llevado a cabo por Pérez Jurado, C.: “Relación de Prisioneros Realistas. Datos y Hechos para el Estudio de la Guerra de Independencia y el Derecho Internacional de Guerra y Humanitario” en “Boletín de la Academia Nacional de la Historia”, Tomo LXXXII, Enero-Febrero-Marzo de 1999, Nro. 325, págs. 105-143. Donde se pone en evidencia a través de numerosos datos y relaciones documentales el trato recibido por los prisioneros realistas de parte de los republicanos en cada una de las distintas etapas de la guerra.

significó nada más y nada menos que ser reconocidos como un gobierno distinto al español que planteaba una negociación jurídica entre iguales. Ya no se hacía la guerra en contra de rebeldes sino en contra de otra nación surgida del seno de España.

“Deseando los gobiernos de España y de Colombia manifestar al mundo el horror con que ven la guerra de exterminio que ha devastado hasta ahora estos territorios, convirtiéndolos en un teatro de sangre; y deseando aprovechar el primer momento de calma que se presenta para regularizar la guerra que existe entre ambos gobiernos, conforme a las leyes de las naciones cultas, y a los principios más liberales y filantrópicos, han convenido en nombrar comisionados...”⁶⁹.

Los dos acuerdos quedaron refrendados por una inusual invitación que le hizo Morillo a Bolívar para que ambos pudieran conocerse junto a los oficiales de sus respectivos estados mayores. Es célebre el encuentro entre ambos jefes en el pueblo de Santa Ana⁷⁰ el 27 de noviembre de 1820. Allí se comió y brindó por la recién adquirida paz; ambos contendientes se abrazaron y de manera gallarda hicieron votos por una definitiva reconciliación. La escena no podía ser más surrealista pero en política y en cualquier acto humano lo impredecible e irracional siempre está presente⁷¹.

Un testimonio realista presentó la escena de la siguiente manera:

69 La Gaceta de Caracas, aún bajo la redacción de los realistas, se congratuló con la noticia del acuerdo de armisticio y el de regularización de la guerra mostrando al público la letra de ambos tratados. La noticia fue ofrecida a los caraqueños con repiques de campana y salva de artillería. Entre ellos se instaló la esperanza de la pervivencia de la sociedad colonial bajo la creencia de que la guerra había concluido con un resultado de “tablas” entre ambos beligerantes. Véase: Gaceta de Caracas, Nro. 19 del miércoles 6 de diciembre de 1820, en Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, IX (2 de agosto 1820-3 enero 1822), Caracas, 1985, págs. 95-98.

70 El pequeño pueblo de Santa Ana está en una escarpada ladera de una montaña de los andes venezolanos; allí en una pequeña plaza se encuentra un monumento remozado sucesivamente por Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez que sirve para recordar ese significativo momento histórico.

71 Hay quienes explican estos sucesos desde la perspectiva de la masonería; uno de los capítulos más inquietantes y oscuros dentro de la Independencia. Que Morillo y Bolívar por ser miembros de la masonería hayan podido darse ese “abrazo fraternal” más allá de los odios implacables alimentados por la guerra, es una explicación hasta ahora puramente especulativa.

“Multitud de brindis generosos y propios del día contribuyeron a hacerlo más agradable y a aumentar progresivamente la confianza y la alegría de la concurrencia. “A la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro Ejército, a su constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo. A los hombres dignos que al través de males horrorosos sostienen y defienden su libertad. A los que han muerto gloriosamente en defensa de su Patria o de su Gobierno. A los heridos de ambos Ejércitos que han manifestado su intrepidez, su dignidad y su carácter. Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente”. El General Morillo, después de otros muchos llenos de liberalidad: “Castigue el cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros”. El brigadier Correa: “Prefiero este día a todas las victorias de la tierra”. Don Juan Rodríguez de Toro: “La muerte me es indiferente después de un día tan glorioso”. Un colombiano: “Que la última página de la historia militar de Colombia termine en el 27 de noviembre”. En todos los demás reinó amenidad, cordialidad y confianza”⁷².

No hay duda que los efectos de la bebida influyeron en muchos de los celebrantes haciéndoles olvidar momentáneamente los años crueles en que los odios implacables llevaron a la tumba a millares de soldados conducidos por los que ahora se abrazaban.

Con el armisticio, Morillo y España, a través del gobierno presidido por los liberales, renunciaban a la lucha armada en favor de la reconciliación y la paz bajo el supuesto de acabar con las desavenencias entre “súbditos hermanos”. Nunca España otorgó reconocimiento jurídico al nuevo Estado colombiano y si llegó al armisticio fue pensando en hacerlo indefinido imponiendo nuevas alianzas con los americanos sublevados.

No todos los realistas consideraron un triunfo el arribo del cese al fuego. Para el Capitán Rafael Sevilla el armisticio era perjudicial a la causa del Rey y ponía en bandeja de plata los territorios aún bajo control monárquico.

⁷² Rodríguez Villa, op.cit., pág. 173.

“Morillo cuando firmó ésta tregua, tenía cercado a Bolívar con la flor y nata de su ejército, y la tregua con promesa de rendirse y hacerse españoles liberales, así que se arreglaron ciertos detalles, no fue más que un ardid del general caraqueño, para salir de aquel callejón sin salida. Pronto debió conocer nuestro general en jefe, que había sido enteramente engañado, pues antes de concluir el plazo convenido se apoderaron los insurgentes con alevosía de Maracaibo; por lo que antes del 11 de junio volvimos a emprender la campaña contra los insurgentes, pero ya con visibles desventajas”⁷³.

Un hecho más trascendental que el armisticio mismo para los realistas venezolanos, fue el regreso de Morillo a la península poniendo fin a su aventura en América. Por Real Orden del 13 de septiembre de 1820 el Rey accedió, luego de numerosas peticiones, a concederle ser relevado en el mando del Ejército Expedicionario de Costa Firme. La partida de Morillo en diciembre fue un duro golpe para el partido realista que perdía a su más esforzado jefe; el cuál había dado muestras de energía y competencia militar para mantener a raya a los republicanos desde que en el año 1817 la guerra se recrudeció en el país. Para muchos ésta retirada fue una auténtica deserción en un momento álgido de la lucha, porque todos presentían que la duración del armisticio iba a ser muy corto.

Morillo dejaba abandonados a sus hombres y estos bien sabían que los reemplazos y las nuevas expediciones desde España no iban a venir⁷⁴. Estaban cercados por un enemigo ansioso por caer sobre su presa y el ejército ahora pasaba a ser dirigido por el General Miguel De La Torre (1786-1843). Que si bien había dado muestras de valentía y profesionalismo militar, carecía de las dotes de mando

⁷³ Sevilla, op.cit., pág.263.

⁷⁴ Sabemos de las gestiones llevadas a cabo por Morillo apenas tocó tierra peninsular en el sentido de informar a las autoridades de las penosas circunstancias que estaba atravesando el ejército realista en la Costa Firme y la necesidad imperiosa de auxilios para rescatarlo del colapso final. En su mensaje de despedida al Regimiento Unión hay no sólo un dejo de nostalgia sino también el pensar que se ha cumplido con la misión encomendada por el Rey en el ya lejano año 1815. Con todo, Morillo sabía que la derrota del Ejército que había dejado atrás era más que eminente, por eso confió en una paz indefinida como salida honrosa al conflicto. “Soldados: la guerra

y ascendencia sobre la oficialidad que si tenía su predecesor⁷⁵. En realidad, la precaria unidad entre los realistas comenzó a tambalearse más fuertemente debido al aislamiento y a la incoherencia de las políticas liberales respecto al apoyo que debía brindar a sus partidarios en América. La Torre de seguro que no se sintió promocionado, por el contrario, sobre sus hombros recayó el espectro de la derrota. Es llamativo que en apenas un mes de estar al frente del mando superior (comenzó el 3 de diciembre de 1820) haya solicitado a Madrid ser relavado del mando. Aunque en La Torre nunca faltó el pundonor ni la capacidad de sacrificio como pudo demostrarlo a todos en los siguientes últimos años de la lucha.

“Soldados: una suspensión de hostilidades que ha abierto el camino a la paz de estos pueblos me pone en estado de solicitar por todas partes los medios de disminuir vuestras privaciones: no cesaré en procurarlos; ellos son mis primeros, mis únicos y actuales deseos; y cuando os vea poseedores de cuanto os es necesario, entonces nada me quedará a que yo quiera aspirar. El bienestar de mi ejército de Costa Firme serán mis solas delicias, y lustras bendiciones el único lenguaje que agrade a mis oídos⁷⁶”.

de Venezuela debe ser terminada para siempre. El genio de la discordia que la ha desolado por diez años, se aparta de sus comarcas lleno de espanto. Las primeras bases de esta suspirada paz están puestas. El jefe del Gobierno disidente, el General D. Simón Bolívar, ha concurrido a ponerlas; poco resta que hacer; lo más está hecho; y en estas afortunadas circunstancias en que vuelo al centro de la nación española a decirla lo que sois, lo que valen vuestras virtudes y de lo que son dignos vuestros sacrificios. Ella, el Rey, vuestros compañeros de armas, los simples particulares, todos oirán de mis labios la gloriosa historia del ejército expedicionario de Costa Firme. Yo parto seguro que al volver vuestros ojos al General que me sucede, se presentan con él a vuestra memoria las llanuras de la Hogaza y de Cojedes y las colinas de Ortiz. Allí visteis su valor, como en todas partes, y sus virtudes militares” en Rodríguez Villa, op.cit., pág. 175. La Gaceta de Caracas del 27 de diciembre de 1820 hizo público la carta de despedida de Morillo.

75 El semblante sobre La Torre es presentado de la siguiente manera: “... único sucesor posible, y pese a su heroico valor y generoso animo, a su reconocido tacto y cordura, no tenía el ímpetu de Morillo, ni podía contar con la ciega obediencia de sus oficiales. Súmese a tales limitaciones el hecho de haber mermado el prestigio del mando por la marcha de Morillo, causa de desengaño para muchos de sus soldados, que la tomaron casi por deserción en momentos en que todo iba de mal en peor”. González García, S.: “El Aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823) en Revista de Indias, Año XXII, números 87-88, s/n.

76 A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España) Proclama del General Miguel De La Torre a los Soldados en Caracas, 18 de diciembre de 1820.

Así culminó la primera proclama de La Torre como jefe superior del Ejército de Costa Firme; bajo su comando estaban 15.000 soldados, venezolanos y neogranadinos en sus dos terceras partes; tan buenos y leales como los europeos que a duras penas llegaban a 2.000 hombres. El problema que adoleció ésta tropa fue la desmoralización ya que todos sabían que aspirar a la victoria era una completa ilusión. La consecuencia inmediata de esto fueron las constantes deserciones que obligó a la oficialidad realista a tomar medidas disciplinarias drásticas para contener el mal. Aún así batallones enteros se fueron pasando al lado republicano como el de la Reina, Clarines y Cumaná.

El período que comprende los años 1821 y 1823 va a ser de completa adversidad para los expedicionarios, pero también el más heroico por la actitud abnegada de resistir hasta el final contra toda esperanza de salvación.

En teoría el armisticio debería haber acabado el 25 de mayo de 1821, pero ni los españoles estuvieron dispuestos a reconocer la independencia de Colombia ni Bolívar y sus fuerzas iban a renunciar al triunfo final. Visto en perspectiva el armisticio fue oneroso a los realistas en términos militares y políticos pero permitió que el final de la guerra fuera menos perjudicial para el derrotado en lo que se refiere a actos de represalia y crueldad. Bolívar y su oficialidad procuraron respetar hasta sus últimas consecuencias lo acordado en el Tratado de Regularización de la Guerra; el trato que se les dio a cada jefe y oficial realista cuando hubo llegado el momento de la rendición fue de acuerdo a lo convenido entre las dos partes. La guerra en su etapa final inesperadamente se había “humanizado” bajo la magnanimidad del vencedor.

1821-1822-1823: fin de la presencia realista en Venezuela

1. 1821: Carabobo

1.1. El incidente de Maracaibo. La guerra se reanuda

Lamentablemente los liberales de la península no supieron distinguir entre “insurrección” y “revolución”; seguían aferrados a la idea de que los americanos sólo querían nuevas instituciones liberales y no la independencia. Error éste que quedó en evidencia cuando los comisionados colombianos, José Rafael Revenga, Ministro de Relaciones Exteriores y José Tiburcio Echeverría, Gobernador de Bogotá, fueron a Madrid en la condición de Ministros Extraordinarios y Plenipotenciarios y se les ignoró por completo, aunque se les permitió estar allí hasta septiembre de 1821.

Esta situación caracterizada por la confusión e incertidumbre tuvo un insospechado desenlace con la ocupación de Maracaibo por parte del General Rafael Urdaneta violando lo establecido en una de las cláusulas más importantes del recién firmado armisticio.

“A tiempo que partían de Bogotá los plenipotenciarios colombianos, produjese en la ciudad de Maracaibo un incidente inesperado, que los españoles consideraron como violación del armisticio. Desde que se publicó allí la Constitución de Cádiz, en julio del año anterior, el nuevo Ayuntamiento, elegido por el pueblo, y el Gobernador Francisco Delgado, venían en tratos secretos con el General republicano Rafael Urdaneta, que ocupaba con sus tropas la vecina provincia de Trujillo y contaba en Maracaibo, de donde era oriundo, con valiosas relaciones personales. El 28 de enero, 1821, una asamblea popular promovida por las mismas autoridades españolas, declaró que el te-

rritorio de Maracaibo se constituía en “Republica democrática” y se unía a los pueblos de Colombia. Y al día siguiente el oficial patriota José Heras, que se hallaba en Gibraltar con un destacamento, ocupó la plaza de acuerdo con los revolucionarios”⁷⁷.

¿Qué demostró éste hecho que puso en entredicho la honorabilidad de los republicanos? Pues sencillamente que Bolívar no iba a dejar a medias la obra por la que se había empeñado toda su vida. Era más que evidente que España no iba nunca a dar el paso de reconocer la existencia de Colombia y que la marea de la opinión pública venezolana ya estaba francamente decidida a respaldar al inminente vencedor. Mantener a un numeroso ejército inhabilitado, además de costoso, hasta podía volverse peligroso en contra de los mismos jefes republicanos. El “golpe” de Maracaibo quiso ser presentado por Bolívar a La Torre como un hecho totalmente espontáneo propio de los marabinos convencidos de que la protección de los republicanos era preferible a la de España. La Torre se indignó calificando el hecho de “una infracción pública del armisticio” y propuso una rectificación de lo ocurrido solicitando que las tropas republicanas se retiraran de inmediato de la ciudad/puerto. Nada pudo concluirse a pesar de los intercambios epistolares entre La Torre y Bolívar en que ambos propusieron el nombramiento de árbitros que pudieran resolver la incómoda situación⁷⁸.

Por otro lado Bolívar hacía gestiones en Bogotá para reorganizar allí el gobierno colombiano disponiéndose a entablar conversaciones con los comisionados españoles José Sartorio y Francisco Espelius con la finalidad de alcanzar la paz antes del vencimiento del armisticio y bajo el supuesto de que España reconociera la independencia de Colombia. Ya en ese entonces Bolívar tenía sus

77 Gil Fortoul, op.cit., pág. 441.

78 Lo sucedido en Maracaibo puso en duda lo pactado en el Armisticio a pesar de los argumentos republicanos que sostuvieron la tesis de que la ocupación se hizo sobre un territorio declarado independiente de España. Al mismo tiempo, el Coronel Ambrosio Plaza, aprovechando la coyuntura y siguiendo órdenes de Bolívar, pasó a ocupar la plaza de Barinas violando de manera explícita lo convenido en el Tratado de Armisticio.

miras hacia el Sur; hacía Quito y el Perú; pero no se podía dejar la espalda a los españoles en Venezuela sin definir la incierta situación creada luego del armisticio y el incidente de Maracaibo.

Apenas dos meses pudo durar el armisticio que para algunos en su momento representó una esperanza de reconciliación.

“Esta era mi patria, cuando los tratados de Trujillo abrieron las esperanzas de todos los hombres buenos de los dos partidos que ansiaban ver restablecida la paz y tranquilidad perdidas, y excitaron la indignación de aquellos que o en su modo de percibir los consideraron o eran en efecto perjudiciales y contrarios a sus esperanzas, a sus intereses, y a aquella insaciable sed de sangre que con oprobio y vergüenza nuestra ha manifestado la mayor parte de mis compatriotas de ambos partidos”⁷⁹.

Una lucha entre partidos; así fue vista principalmente la contienda desde que empezó hasta su desenlace final por muchos de los contemporáneos de la misma. Muy posteriormente, cuando llegó la paz y surgió la necesidad de legislar y gobernar los nuevos territorios bajo la responsabilidad de los “libertadores”, se desarrolló e inventó toda una cosmovisión sobre la guerra de la independencia bajo el argumento de haber sido una lucha contra un poder extranjero usurpador de las más elementales libertades republicanas. En realidad José Domingo Díaz y el propio Bolívar fueron venezolanos que se escindieron en una lucha por la defensa de dos órdenes sociales contrapuestos pero cuya procedencia era la misma, es decir, del propio tronco hispano. Es por ello que el armisticio y los actos festivos posteriores al mismo pudieron ser vistos como una auténtica paz entre dos beligerantes con una misma identidad cultural e histórica desavenidos por el impulso ciego

79 A.H.N., (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8733-39. Informe de José Domingo Díaz, venezolano comisionado por La Torre, Jefe del Ejército Expedicionario para exponer en la corte española el estado militar y político de Costa Firme, Madrid, 28 de septiembre de 1821.

de unas circunstancias que nadie pudo predecir ni controlar desde el año 1808.

El asunto de Maracaibo nunca pudo resolverse satisfactoriamente y los realistas se sintieron burlados en su buena fe. En la víspera de reanudarse la guerra la ciudad siguió estando ocupada por fuerzas colombianas.

De acuerdo a una de las cláusulas de lo acordado, Art. 12, para reiniciar las hostilidades los jefes debían notificar a la otra parte con anticipación de cuarenta días antes de emprender acciones bélicas. Bolívar bien sabía que las gestiones al frente del gobierno español iban a ser infructuosas respecto al reconocimiento de Colombia⁸⁰; por ello mantener o renovar la paz, era algo absolutamente irreal a su ahora dominante posición de fuerza como jefe indiscutido de los ejércitos republicanos de la Nueva Granada y Venezuela. A comienzos de marzo El Libertador le escribió a La Torre sobre la inutilidad de las gestiones ante España y éste estableció como reinicio de la guerra el 28 de abril. La suerte de Venezuela iba a decidirse en una decisiva campaña que terminaría en el campo de Carabobo. Todas las ventajas eran ahora para los republicanos; que luego de ser descalificados como rebeldes e insurrectos, ahora fueron considerados con todo derecho como soldados representantes de una nueva nación.

1.2. “La desgraciada acción de Carabobo”

Todas las esperanzas realistas quedaron puestas en la renovación del armisticio. Volver a comenzar las hostilidades significaba enfrentar a un enemigo que estaba muy activo en todos los frentes y con una moral en el triunfo elevada. Todo lo contrario sucedía entre los realistas, cansados y disminuidos y sin la fe en las capacidades militares y de liderazgo de La Torre que tuvo que enfren-

⁸⁰ Los comisionados españoles que llegaron a Venezuela, Sartorio y Espelius, no tenían poderes para tratar la paz con los colombianos y sí para tratar asuntos relacionados con el armisticio y su posible renovación por más tiempo.

tar numerosos conatos de insubordinación de parte de algunos de sus más importantes subalternos como Morales. Pero lo que condenó a los realistas a una derrota anunciada fue una vez más la indiferencia con que la Metrópoli trató el asunto de la pacificación de América a partir del año 1820. Frustradas las conversaciones de paz los liberales se desatendieron por completo de La Torre y otros jefes realistas. La guerra en América iba a terminar como comenzó: un asunto entre los propios americanos; unos favorables de romper con España y otros queriendo mantenerse dentro de los límites de la Monarquía. La tesis que expuso Vallenilla Lanz⁸¹ en las primeras décadas del siglo XX sobre la Independencia como conflicto autárquico no podía corroborarse mejor hasta en el mismo desenlace.

Las manifestaciones de cortesía y caballerosidad de las cuales hizo gala La Torre en la activa correspondencia que mantuvo con Bolívar; nos hacen sospechar sus simpatías con la filosofía liberal y la convicción de una reconciliación sobre las bases de la Constitución de 1812. Aunque éste fenómeno fue común en casi todos los realistas venezolanos, incluso los que habían mantenido una línea dura, que ya no encontraban los medios necesarios para una resistencia que les brindara alguna posibilidad de éxito ante un enemigo que ahora hacía alarde de superioridad.

⁸¹ Ya se ha hecho referencia a ésta clásica obra de sociología venezolana que tuvo el mérito, por no decir, atrevimiento, en ofrecer la primera interpretación histórica de la independencia venezolana sobre fundamentos socio/culturales bastante precisos. “Guerra Civil” entre venezolanos o entre españoles venezolanos: unos partidarios de la Monarquía y otros partidarios de la independencia y el republicanismo. Vallenilla Lanz escribió su clásica obra: *Cesarismo Democrático*, en el ya lejano año de 1919 en plena dictadura gomecista. La tesis principal que el libro intentó demostrar fue la del “gendarme necesario”; es decir, el paso de colonia a república dislocó mediante la dura guerra, los fundamentos civilizatorios que los venezolanos estaban llamados a establecer dentro de la senda del movimiento mundial de la modernidad y los procesos de industrialización acelerados al estilo de la Europa Occidental y los Estados Unidos de Norteamérica. Un dictador, por paradójico que esto sea, era el único que podía garantizar la paz social acabando con la anarquía preexistente; pero no un dictador cualquiera, sino aquel que junto a un régimen político represivo hiciera gala también de liberalismo aunque ello implicase la entrega de nuestros minerales a las compañías extranjeras, vistas como agentes del desarrollo capitalista dentro de una sociedad analfabeta y rural como la venezolana en el siglo XIX.

A La Torre no le quedó más remedio que apelar al orgullo y heroísmo español para encarar la nueva campaña. Una vez más el surrealismo; la llamada “locura gloriosa” hispana de no rendirse a las evidencias de la realidad; el de siempre creer que Dios y la providencia divina les acompañan hacia logros y metas superiores de todo entendimiento racional. La *justa causa* no podía quedar olvidada por Dios dentro de la cruzada por la defensa del *buen orden*.

“Así: después de abiertas infracciones del tratado, hechas por su S.E. y sus súbditos, y arrojadas por nosotros al olvido por el deseo de la paz se me ha intimado del modo menos esperado la continuación de la guerra. Ni yo ni mi heroico ejército, ni el Gobierno de Venezuela, ni sus fieles y numerosos habitantes la han temido jamás; en mil combates han dicho ya si la temen. Si hemos hecho sacrificios a nuestra sinceridad y franqueza, Dios que ve nuestros corazones conoce la justa y virtuosa causa de estos sacrificios, y este deseo sincero de una paz decorosa y conforme a la justicia y a los principios liberales de una gran Nación. Por todo hemos pasado; nada ha sido estorbo para nosotros en nuestra marcha de paz: hemos deseado dar al mundo entero pruebas sublimes de nuestra moderación y buena fe: lo hemos conseguido y él juzgará”⁸².

Los realistas estaban muy disminuidos al comenzar ésta decisiva campaña. Sólo dominaban la plaza de Cumaná y el territorio de la Provincia de Caracas. Además se puso en evidencia por primera vez serias diferencias entre los partidarios de los liberales y aquellos identificados con el absolutismo a ultranza. La Torre tenía entonces muy pocas opciones; pero en vez de concentrar todas sus fuerzas en un solo dispositivo; cometió el serio error de dispersarlas queriendo cubrir todos los frentes. La verdad es que cayó

en la trampa de Bolívar que con algunos hábiles movimientos de distracción hizo caer en el anzuelo al jefe realista. La Torre tuvo la oportunidad de evitar la concentración de las fuerzas republicanas que se dirigían hacia el corazón de la Provincia de Caracas. El grueso de la ofensiva iba a provenir por el flanco occidental desde las inmediaciones de Guanare y San Carlos. Desde allí Bolívar coordinó el siguiente plan de operaciones mandando un ejército disciplinado, bien apertrechado con todo tipo de víveres y lo más importante: motivado por la convicción del triunfo. La estrategia persiguió buscar al enemigo; “fijarlo” y derrotarlo en una sola batalla; pero para ello había que hacer confluir a los distintos cuerpos hacia las inmediaciones del centro del país sin sufrir ningún descalabro importante. En Oriente Soublette, fiel colaborador del Libertador y Vicepresidente de Venezuela, fue el encargado de coordinar las operaciones de ese frente. Los orientales tenían que organizar un movimiento de distracción en dirección a Caracas para desviar algunas de las fuerzas realistas que cubrían los más importantes accesos alrededor del eje centro/occidental, y sobre todo, en la zona de los Valles de Aragua. Esta maniobra fue llevada a cabo por el General Francisco José Bermúdez, considerado por algunos especialistas en el arte militar, como uno de los más brillantes jefes de la contienda en saber emplazar y dirigir las tropas de infantería. El 28 de abril de 1821, Bermúdez, con una columna de 1.200 hombres, salió de Barcelona y en una épica marcha de dos semanas logró entrar en la propia capital. El 16 de mayo está ocupando La Guaira donde la emigración realista huía desesperadamente en setenta y dos buques con dirección al exterior. El día 20, en El Consejo, se entabló un importante combate entre las fuerzas realistas dirigidas por el Brigadier Don Ramón Correa, encargado de la custodia de la capital y los orientales. Correa y sus fuerzas quedaron derrotadas pero pudieron ser salvadas buena parte de ellas por la contraofensiva que Morales rápidamente organizó y que obligó a Bermúdez a retirarse hacia Caracas y los Valles de Barlovento. Morales no iba a permitir que las fuerzas republicanas se mantuvieran en la capital

82 A.H.N., (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8740-123. Manifiesto que hace a los pueblos de Venezuela el Mariscal de Campo Don Miguel De La Torre, General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme sobre la continuación de la guerra, Caracas, Cuartel General de Caracas, 23 de marzo de 1821.

y una vez más su audacia fue recompensada ya que obligó a estos a retirarse el 26 de mayo hasta las inmediaciones de Guatire. Bermúdez fue reforzado por la llegada de Arismendi y recuperados de la fatiga vuelven a retomar la ofensiva sobre Caracas ocupando parte de la ciudad el día 15 de junio. Pereira, jefe realista, los empuja a combatir en El Calvario y les derrota el día 23; aunque días después ya todos conocen el desenlace de lo ocurrido en la sabana de Carabobo. Lo importante de estas operaciones llevadas a cabo por las fuerzas orientales es que permitieron distraer unidades y regimientos realistas claves que hubieran podido comprometer la victoria republicana en Carabobo.

La manera como Bolívar organizó la ofensiva final sobre Venezuela es como sigue: a Urdaneta desde Maracaibo le hizo dirigirse hacia Coro con el objetivo de controlar a ésta provincia que siempre se mantuvo identificada con el realismo. En Coro estaba de Gobernador Francisco Miyares que apenas pudo organizar la resistencia. El día 11 de mayo Coro fue ocupada por Urdaneta y el 28 de mayo su columna volvió a emprender la marcha en dirección a Barquisimeto donde encontró al Batallón *Rifles* que le refuerza. Ya en la zona desde abril, Cruz Carrillo y Reyes Vargas, tienen cercados a Carora, El Tocuyo y Barquisimeto. El 13 de mayo es ocupada Barquisimeto y la mayor parte de esas fuerzas luego se dirigieron a través de las montañas del Altar hasta San Carlos, lugar escogido para la concentración del grueso del ejército colombiano.

Bolívar, igualmente ordenó a Páez que desde Achaguas viniera con la caballería llanera hacia el punto de concentración en San Carlos. El 7 de junio se logró éste objetivo. No hay duda que los movimientos de Urdaneta, Cruz Carrillo y Bermúdez trasquilaron todos los planes realistas.

La Torre se vio desbordado por todos los frentes; y su estrategia inicial quedó cuestionada. En principio los realistas se plantearon dirigirse en masa hacia la zona San Carlos-El Pao y avanzar sobre Barinas para copar a Bolívar que estaba entrando con sus fuerzas desde allí. El Brigadier Correa con su unidad podía con-

tener a los orientales y la División de Vanguardia bajo el mando de Morales se apostaría en Calabozo y controlaría cualquier movimiento de Páez en caso de querer reforzar a Bolívar en San Carlos. Cuando se conocieron las nefastas noticias de la ocupación de la capital por parte de los orientales, La Torre no tuvo más remedio que enviar allí al Batallón Segundo del Valencey que tenía como primera misión atacar el dispositivo republicano alrededor del eje San Carlos-El Pao; de la misma manera ordenó a Morales volver a ocupar la capital con las fuerzas que estaban bajo su comando. Con ello Páez y las fuerzas republicanas acantonadas en el sur⁸³, al borde de los valles centrales, encontraron vía franca para internarse en dirección hacia Valencia. El cerco se iba cerrando. A La Torre no le quedó más remedio que asumir una actitud defensiva alrededor del eje costero Puerto Cabello-Valencia-Caracas esperando que los acontecimientos no terminaran por desbordarlo.

El 19 de junio desde San Carlos salió Bolívar con todas sus fuerzas ya reunidas buscando la confrontación final. Tres Divisiones formadas por 6.500 hombres bajo el mando de Páez, el General Manuel Cedeño y el Coronel Ambrosio Plaza. La Torre prevenido por sus espías de los movimientos de éste ejército se decidió por ir a la batalla a pesar de contar con menores fuerzas que su adversario. La disyuntiva no era nada agradable: o se arriesgaba en un solo combate decisivo o se refugiaba en la fortaleza de Puerto Cabello a una defensa inútil. Con los cuerpos de infantería formados por el batallón del Príncipe; el 2do. del Burgos y otras unidades de éste tipo junto con la unidad de Vanguardia de Morales que dirigía a la caballería, los realistas llegaron a formar a 4.079 soldados en la sabana de Carabobo⁸⁴.

83 El Ejército de Apure marchó desde el 10 de mayo hacia San Carlos y estuvo constituido por 1500 jinetes, 1000 infantes, 2000 caballos de reserva y 4000 reses. Véase: Esteves González, E.: Batallas de Venezuela (1810-1824), Caracas, 2004, págs. 158-159.

84 El 24 de junio de 1821 se ha constituido en el icono del heroísmo nacional. Carabobo es la suma y culminación de todos los esfuerzos y sacrificios de unos hombres que lucharon por conseguir la independencia política de España. En el monumento magnífico que allí se ha erigido cerca

La batalla en sí fue sangrienta e incierta en sus comienzos ya que los batallones de infantería realista, situados en posiciones adecuadas y beneficiándose de las ondulaciones del terreno, dispararon a mansalva sobre las fuerzas republicanas que debieron flanquear los principales pasos que daban acceso a la llanura. Los batallones y regimientos de la primera y segunda división tenían que forzar los accesos controlados por las fuerzas realistas y al comienzo los augurios no fueron nada favorables. El *Bravos de Apure* tuvo que retirarse en dos oportunidades debido a la fusilería del *Burgos*, pero es allí en ese momento clave, cuando Bolívar mandó a la *Legión Británica* a sostener todo el peso de la lucha para darle tiempo a la caballería a reorganizarse. Los *Cazadores Británicos* fueron literalmente exterminados⁸⁵ por las acometidas de los batallones *Infante* y *Hostalrich* enviados en apoyo del *Burgos*. Cuando *Bravos de Apure* volvió a cargar ya le estaba acompañando el batallón *Tiradores* y con los restos de la *Legión Británica* cargaron a la bayoneta y pudieron internarse en la sabana. Ahora son los realistas quienes se repliegan ante la acometida de los enemigos; situación que deseó estabilizar La Torre enviando a dos nuevos batallones: el del *Príncipe* y el de *Barbastro* quienes logran mantener la línea; aunque en ese preciso instante pudo entrar en acción con un renovado ímpetu la caballería llanera de Páez con efectos decisivos⁸⁶. Para evitar el desbordamiento inevitable de sus unidades de infantería La Torre ordenó a Morales cargar con dos escuadro-

nes del Húsares de Fernando VII que inesperadamente evitaron la acometida de la caballería de Páez retirándose vergonzosamente⁸⁷. La infantería realista quedó rodeada y no le quedó otra opción que retirarse; La Torre jugó su última carta enviando al regimiento *Lanceros del Rey* a intentar frenar la caballería enemiga pero tampoco éste cuerpo tuvo éxito en el ataque. Ya todo en ese entonces estaba consumado y el batallón primero del *Valencey* que no había tomado parte activa en la batalla empezó a retirarse formándose en cuadro y repeliendo cada una de las numerosas acometidas republicanas. Muchos cronistas e historiadores de éste evento han señalado con admiración el comportamiento del *Valencey* que pudo salvar con su ordenada retirada los restos del ejército realista. Una hora había durado la encarnizada lucha.

“Las pérdidas realistas fueron del orden de los 2.800 hombres, entre muertos, heridos o prisioneros. El Ejército Expedicionario quedaba virtualmente destruido. En consecuencia, los efectivos realistas que entraron a Puerto Cabello, dispersos por Tocuyito, utilizando en camino de Vigirima o el de Carabobo, no superaron en ningún caso los 1.200 hombres. La retirada realista fue dirigida por el Comandante General de la Primera División, Coronel Don Tomás García, al frente del Valencey. Este batallón, reforzado por dispersos de otras unidades, formó en cuadro y al trote logró salir de la sabana, rumbo a Valencia. Vanos resultaron los esfuerzos de la caballería patriota por romper el férreo cuadro del Valencey”⁸⁸.

de la ciudad de Valencia se nos dice que comenzó nuestra historia como “pueblo libre”; historia épica y mitológica que se emparentó con los orígenes de la nación como si antes no hubiera existido nada. De un plumazo se borraron siglos de historia indígena y trescientos años de presencia hispana; desde entonces ambas historiografías, la venezolana y la española, mantienen un divorcio y recelo que no ha permitido un estudio del pasado común sobre bases equilibradas y críticas.

85 En una entrevista pública que le hicieron al fallecido dictador y militar venezolano, General Marcos Pérez Jiménez, señaló refiriéndose a Carabobo, que Bolívar había enviado adrede al sacrificio a los legionarios británicos porque era una manera rápida para deshacerse de ellos y no cumplirles con el pago de sus servicios ya que el erario de Colombia estaba exhausto. ¿Verdad o calumnia? El pasado está lleno de conjeturas y los historiadores nos hacemos eco de ellas en el presente.

86 “Mientras suceden estos combates, la Segunda División de Cedeño entra en la sabana y corre decididamente hacia el centro de ella para penetrar a través de la brecha que se había produci-

do en el centro español, destacando dos compañías de su batallón de vanguardia en auxilio de las unidades republicanas de la Primera División de Páez”. Ibidem, pág. 162.

87 Este hecho no ha sido lo suficientemente estudiado. ¿Por qué Morales, un jefe intrépido y valeroso, que ya había demostrado su valía en anteriores combates no tuvo una destacada actuación al frente de la caballería realista que dirigía? Existen especulaciones referentes a una gran enemistad entre Morales y La Torre ya en ese momento. Sabemos que cuando Morillo traspasó el mando a La Torre inmediatamente Morales solicitó renunciar al mando de la división de Vanguardia de la cual era su jefe. Tuvo que intervenir Morillo para disuadirle a continuar dentro de las filas del Ejército Expedicionario. En el futuro la relación entre La Torre y Morales siempre fue tensa.

88 Gonzalez, A.: La guerra de independencia en Puerto Cabello, Caracas, 1988, pág. 174.

Luego de Carabobo, a los realistas sólo les quedó el refugio de Puerto Cabello y el de algunas plazas fortificadas como las de Cumaná. Caracas sería ocupada por las tropas republicanas de inmediato el 29 de junio y todo el país podía considerarse como liberado.

Las únicas esperanzas realistas quedaron puestas en la flota naval ahora bajo el comando del Almirante Angel Laborde; sin ésta flota la resistencia no se hubiera prolongado hasta el año 1823. Aunque en realidad, la verdadera razón por la cual los republicanos no terminaron de acabar con las pocas fuerzas realistas que quedaron luego de Carabobo, fue la decisión de Bolívar de internarse con el grueso del ejército colombiano en dirección al Sur y con destino el Perú. Por cartas y documentos sabemos del peligro que significó éste movimiento al dejar completamente las espaldas a un enemigo derrotado pero que seguía tercamente resistiendo bajo la esperanza de ser auxiliado y reforzado desde el exterior. A Páez, Mariño y Soublette se les encomendó la tarea de hacer rendir los últimos focos de resistencia realista que aún quedaban en la costa y algunas partidas de guerrilleros que buscaron refugio en el interior del país.

La Torre no tuvo más remedio que irse a encerrar en Puerto Cabello de la misma forma que lo hizo Monteverde en 1813. La plaza era un auténtico microcosmos y los conflictos entre las autoridades civiles, representadas por el ayuntamiento⁸⁹, y los militares fueron permanentes. Ya los militares habían perdido crédito y se les desafiaba abiertamente. Si a esto se le agrega la situación de aislamiento

89 "El Ayuntamiento de Puerto Cabello se constituyó en el principal dolor de cabeza del General en Jefe. Con la jura de la Constitución el 9 de marzo de 1820, los cabildos recobraron potestades y facultades que el poder real había mutilado progresivamente hasta dejarlos en su mínima expresión de protesta y defensa del común. En la ciudad sitiada era la única autoridad constitucional existente y el Alcalde la máxima potestad judicial, por cuanto la Audiencia había emigrado. Por otra parte, el pueblo manifestaba a través de sus municipales la repulsa general hacia los llamados "pacificadores", que habían convertido la ciudad en su cuartel general desde 1815, haciendo sentir la prepotencia que les daba el hecho de ser fuerza y sostén de la nación española en guerra". Véase: Gonzalez, A., op.cit., pág. 211-212.

e incomunicación con el exterior; el deterioro de las fortificaciones y del parque militar; el asedio constante que ahora el enemigo empezaba a llevar a cabo y que contribuyó aún más a la confusión y el miedo colectivo que trajo el desastre de Carabobo: todo ello conformó un cuadro dantesco que La Torre tenía que enfrentar sin mayores esperanzas de éxito.

A pesar de la adversidad, La Torre tenía experiencia en enfrentar situaciones de éste tipo, ya lo había hecho como sitiador de Cartagena y como sitiado en Guayana. En Puerto Cabello tenía aproximadamente 4.000 soldados, que en realidad eran excesivos para la adecuada defensa de la plaza, y si a esto le agregamos los numerosos refugiados de Coro, San Felipe, Caracas y Valencia que fueron a encontrar auxilio en la ya congestionada plaza, es más que evidente que el problema de los víveres era incluso más importante que el militar. Una plaza que iba a ser sitiada por tierra necesitaba de los alimentos necesarios para resistir y entre las medidas más significativas para lograr éste cometido, se determinó una política de embargos sobre los bienes y propiedades de los lugareños que indudablemente causó descontento⁹⁰; de la misma manera se

90 Luego de Carabobo la fuga de personas estuvo acompañada también por la de los capitales; recursos y dineros para los realistas llegaron a escasear de una forma crónica. El problema de la subsistencia fue el problema medular que tenían que atender los sitiados. Ya en ese momento La Torre y las autoridades de la plaza de Puerto Cabello habían hecho un gran esfuerzo por enviar emisarios a La Habana, México y las posesiones extranjeras en las Antillas tratando de obtener la vital ayuda económica y los empréstitos para garantizar una larga resistencia. Curazao fue la fuente principal de suministro de los porteños y hasta allí se envió a Morales para que solicitara a la numerosa emigración realista que había, a que contribuyese en aliviar las necesidades de los sitiados en Venezuela. Esta demanda compulsiva de auxilios de todo tipo fue una constante presente en casi toda la documentación oficial realista de éste período. Es muy importante lo que nos dice un experto conocedor del tema con relación a la manera en que enfrentaron los realistas el problema del financiamiento para la compra de víveres.

"A los fines de subsanar el error inicial, justificado por la emergencia del embargo de los víveres de naves que se encontraban en bahía a la entrada de La Torre a la ciudad, se declaró libre de derechos todos los alimentos que fueran introducidos por buques particulares, estimulando en tal forma las remisiones que hicieran comerciantes de las Antillas cercanas.

Las operaciones comerciales de compra de víveres se cancelaron mediante libranzas contra las cajas reales de La Habana, Puerto Rico y México. En una sola oportunidad –mayo de 1823– se trajo dinero efectivo a la plaza. Las ayudas venidas desde otras colonias españolas, las pocas veces que se recibieron, fueron víveres comprados a precios elevados en relación con el costo local, o en especies comerciables, como tabaco llegado de Cuba. Los otros medios de pagos fue-

estimuló la emigración hacia las Antillas y se trató de mantener el puerto abierto libre de enemigos. La flota realista, muy mermada, todavía era capaz de hacerse respetar de los corsarios republicanos que en su mayoría estaban concentrados en el bloqueo de las plazas de Cumaná y Cartagena⁹¹. Dos unidades, la fragata *Ligera* y el bergantín *Hércules* permitían que Puerto Cabello pudiera ser abastecido desde el exterior.

Los trabajos militares en el bastión de Puerto Cabello empezaron a llevarse a cabo de acuerdo a la emergencia del momento y se creyó poder resistir, siempre que se estuviera abastecido por la flota, como mínimo dos años. Por todos los medios los realistas ordenaron movimientos de patrulla y exploración en las zonas alejadas y trataron de mantener abierto el camino hacia Coro.

La Torre luego de Carabobo intentó ayudar a la división del Coronel Pereira que había quedado varada en el centro del país, pero el cerco que les impuso Bolívar le obligó a capitular en La Guaira el 4 de julio de 1821.

Lo mismo intentó respecto a los sitiados en Cumaná, enviándoles a través de algunas embarcaciones, los vitales víveres y comestibles. Pero Cumaná también tuvo que rendirse el 16 de octubre ante la evidente superioridad de las fuerzas republicanas, tanto de mar como de tierra, comandadas por el General Bermúdez.

Poco a poco los republicanos iban copando todos los accesos terrestres que circundaban a Puerto Cabello; formalizando el sitio en el mes de abril de 1822.

ron también en especies: café y cacao requisados a las pocas haciendas de las cercanías o botín de la salida practicada en noviembre de 1821 por el Brigadier Morales sobre la costa de Barlovento. La posesión de Coro a principios del año 1822, proporcionó otra moneda sumamente preciada: esclavos!, los cuales fueron remitidos en lotes a Curazao para los pagos de contratas". González, A.; op.cit., pág. 208-209.

91 El 1 de octubre de 1821 el Brigadier Gabriel Torres hizo capitular el Arsenal de Cartagena ante el General Mariano Montilla, quien junto a la Escuadra del Almirante Luis Brión, mantuvieron sitiada a la mítica fortaleza por mar y tierra.

1.3. Causas de la derrota realista en Venezuela

El realista venezolano José Domingo Díaz, autor de la polémica obra: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, publicada en Madrid en el año 1829, elaboró por encargo del General La Torre, un extenso informe⁹² dirigido al Rey donde presentó la desesperada situación de los partidarios del realismo en Venezuela luego de la derrota en Carabobo el 24 de junio de 1821.

Este documento, aún inédito, es de un gran valor histórico y testimonial ya que permite hacer un recuento crítico de la independencia de Venezuela desde la perspectiva realista y en manos de un hombre que estuvo en la primera fila de los acontecimientos asumiendo importantes responsabilidades.

Al ser un documento reservado al Rey, el autor no cae en las exageraciones y descalificaciones hacia el adversario como era su costumbre en otros documentos públicos. Por el contrario, se muestra muy auto/crítico respecto al comportamiento de sus principales compañeros de causa, ya sean estos civiles o militares. Hay en el escrito de Díaz un genuino intento sociológico y psicológico por intentar comprender el comportamiento y las motivaciones de los principales hombres de los partidos que se enfrentaron en Venezuela desde el año 1810, y de querer explicar las razones del "desastre" español cuando hubo indicios favorables en algunas etapas del conflicto de obtener la victoria sobre los insurrectos.

De acuerdo a José Domingo Díaz, dos fueron las causas que explican la guerra de exterminio que se aplicó en Venezuela y que llevó al colapso realista: "*el estado militar del ejército*" y "*la situación política de los pueblos*". Señalemos sucintamente a que se refieren estos aspectos.

El aspecto militar no hay duda que fue determinante desde que comenzó el conflicto en 1810 y éste se fue agudizando hasta llegar

92 A.H.N., (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, Leg. 8733-39. Informe de José Domingo Díaz, venezolano comisionado por La Torre para exponer en la corte española el estado militar y político de Costa Firme, Madrid, 28 de septiembre de 1821.

a la Guerra a Muerte del año 1813 y 1814. Para Díaz y los principales observadores de ese momento la guerra venezolana fue una contienda civil entre partidos rivales. No hay duda que al comienzo los realistas despreciaron a los mantuanos que se lanzaron a la revolución subestimándoles en sus posibilidades de triunfar en la lucha pro-independentistas que emprendían, y que luego de la llegada de Morillo, se mostraron mucho más arrogantes aún. Luego de Boyacá en 1819 y Carabobo en 1821 ya el tono es muy distinto, en realidad, lúgubre. La percepción de la realidad ha cambiado y se empieza a reconocer lo que años atrás era un imposible. Un mundo y sociedad idealizados que ahora se pierden por el furor revolucionario; una patria, la americana, que se reconoce al lado de la Monarquía hispana pero que ahora se hace llamar Colombia. Díaz aprovecharía la misión que le encomendó La Torre para quedarse hasta su muerte en la Madre Patria, salvo un breve interludio en la isla de Puerto Rico, carcomiendo sus frustraciones de venezolano español en el exilio, lejos de su país de nacimiento. José Domingo Díaz va a inaugurar los casos trágicos de venezolanos que por razones ideológicas en el ámbito político tuvieron que abandonar el país para evitar con ello la persecución y la muerte. La Independencia de Venezuela como conflicto civil tuvo un costo tremendo sobre los llamados venezolanos españoles cuya lealtad hacia la Monarquía fue algo irreductible.

“Ocho años de una guerra fratricida la más desastrosa que jamás tuvo el género humano, y diez de turbaciones que habían corrompido la moral pública y roto los más fuertes vínculos de la sociedad, habían dejado en mi patria solo las sombras de los que había sido en sus días de prosperidad. Sesenta mil hombres muertos con las armas en la mano; las costumbres militares apagando el amor a la agricultura; ésta disminuida de un modo asombroso; el comercio casi exánime; el odio de los partidos siempre en aumento, procurando reacciones más violentas, y aprovechando los momentos y ocasiones de nuevas venganzas y males; la ociosidad producida y conservada por la esperanza

de la ganancia en el desorden del violento tránsito de un gobierno; el peligro continuo y probable; la desconfianza pública, todo hacía que la destrozada Costa Firme no fuese capaz de cubrir una parte de los gastos del ejército a pesar de sacrificios casi incompatibles con su miseria”⁹³.

Las causas de la derrota se atribuyeron al abandono en que estuvo el Ejército Expedicionario por parte de la Metrópoli. Sin reemplazos, ni suministros; abandonados a su suerte ante las inclemencias del trópico caribeño, el número de efectivos europeos empezó a disminuir rápidamente. Y si a esto le sumamos que la oficialidad realista, mayoritariamente española, desconfió siempre de los reclutas americanos, podemos establecer que si no fuera por la población civil americana que estuvo apoyando fervientemente a su Rey español la guerra no hubiera durado tanto tiempo⁹⁴.

Cuando se marchó Morillo en diciembre de 1820 y se firmó el armisticio, una sensación de incertidumbre estuvo presente

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ La anomia o entropía realista llegó a tocar fondo en estos últimos años de la guerra. El país estaba desgajado por todos lados y no existió ninguna posibilidad sincera y confiable de contraatacar al enemigo y recuperar los espacios perdidos. Ciudades como Maracaibo que durante toda la contienda mantuvo una posición leal a la causa realista, terminó por hacerse del bando republicano ante el más absoluto aislamiento y abandono por parte de sus aliados del centro del país. Ni siquiera el comercio desde la Nueva Granada y Nuevo México ya para ese entonces podían mantenerse con la ciudad/puerto occidental. Hasta la moneda de cobre acuñada en Caracas en el año 1820 fue vista con rechazo por los marabinos. Los principales centros geográficos que le fueron una constante referencia por sus estrechos vínculos comerciales y afectivos pasaron a manos de los ejércitos republicanos. La merma en las rentas hizo que los súbditos entraran en pánico ante la imposibilidad de obtener los indispensables recursos para la subsistencia; los que pudieron escapar hacia el exilio fueron en realidad muy pocos debido a la escasez de barcos. Y a pesar de todo ello desde Caracas, el 5 de febrero de 1821, Ramón Correa, Gobernador y Capitán General en funciones, hizo público un nuevo Reglamento de Reclutamiento con la finalidad de alistar a 2500 reemplazos que pudieran mantener con éxito la zona de Caracas y los Valles de Aragua libres de enemigos. A los Ayuntamientos realistas se les ordenó cumplir con el proceso de reclutamiento forzoso sobre una población asqueada de la guerra y cansada de tantos sacrificios y abusos llevados a cabo por la autoridad de turno. Las duras medidas de castigo contra las desertiones y los prófugos evidencian los alicaídos estados de ánimos de los principales promotores del plan. La desmoralización en el bando realista no pudo disimularse con ésta medida anti/popular y desesperada que no pudo lograr los objetivos que se planteó cumplir. Ejércitos fantasmas eran los que querían convocar las últimas autoridades realistas del periodo colonial en Venezuela. AGL., (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Caracas, 498, 5 de febrero de 1821.

entre los realistas. Las noticias sobre el nuevo gobierno liberal y el cambio de la política ultramarina eran confusas. La Torre confió en hacer indefinido el acuerdo de paz y para ello organizó una Junta de Pacificación que las actitudes republicanas convirtieron en obsoleta. Bolívar, obviamente no renovó el armisticio, y la guerra se reanudó con grandes desventajas para los españoles. Muchas voces salieron proclamando traición y falta de nobleza por parte de los republicanos. Inmediatamente se tuvo conciencia que el armisticio había sido una hábil estratagema del caraqueño para ganar un tiempo valioso en la preparación de la victoria decisiva. Las desertiones dentro de las filas realistas fueron mermando sus efectivos y sobretudo la moral del guerrero; a los oficiales españoles Bolívar los había invitado a la rendición de sus unidades a cambio de un trato de caballeros basado en el honor y el respeto a la vida. Muchos fueron los que accedieron embarcarse con sus unidades hacia el exterior, como en el caso del Brigadier Pereira. La capacidad anímica y efectiva del Ejército Expedicionario había llegado a su punto más bajo.

Los conflictos, rivalidades, celos y envidias entre los principales líderes militares fue un constante quebradero de cabeza para Monteverde, Cevallos, Cagigal, Moxó, Morillo y La Torre. Los jefes como Morales que venían de la vida civil fueron menospreciados por los “profesionales” como La Torre; a la vez, los soldados “informales” como Morales, no disimulaban su animadversión hacia algunos jefes europeos incapaces de dar la talla en el tipo de guerra que se practicaba en las inmensidades de Venezuela sin reparar en la idiosincrasia de los combatientes. Otro punto de fricción fue entre quienes preconizaron una guerra sin cuartel, de exterminio, contra los republicanos; mientras que otros fueron favorables a un trato mucho más civilizado de acuerdo a los preceptos de una guerra regular. Como ya hemos visto, en Venezuela se llegó muy tarde a una regularización del conflicto; ya todo el mal llevado a cabo por la “Guerra a Muerte” se suponía irreparable.

Díaz dejó claro en su informe el contrasentido, aunque no haga mención explícita de ello, de enviar un ejército pacificador a “*hacer la guerra a los vasallos rebeldes*” abandonándole a su suerte sin ofrecerle un constante apoyo hasta haber culminado su objetivo.

La situación política de los pueblos es para José Domingo Díaz la argumentación central de su informe al Rey. Dos partidos han sido los que han pugnado entre sí arrastrando al resto de la población; dos elites blancas “ilustradas”, es decir, con educación y posibilidades económicas, una realista y la otra criolla, enfrascadas en un conflicto visceral alimentado por el odio y las venganzas.

Para éste venezolano realista, el pueblo formado por los sectores sociales “inferiores” de la sociedad colonial venezolana nunca tuvo una “opinión” de peso sobre el curso de la guerra y la defensa de sus particulares intereses de grupo y clase social. El mito que se ha elaborado estableciendo un protagonismo histórico de parte de los sectores populares durante la independencia hay que atribuirselo al afán de los vencedores, que luego de la guerra, aspiraron alcanzar algún grado de legitimidad en el usufructo del poder con relación a esa masa tradicionalmente excluida y manipulada. Ni siquiera Boves puede ser visto como un revolucionario social capaz de obtener beneficios tangibles para sus tropas pardas y llaneras dentro del ámbito institucional propio de la colonia; o considerar, que de no haber muerto en Úrica, iba a plantear un marco social, político y económico alternativo. Sinceramente, no tenemos ninguna prueba de ello.

Otro mito muy presente entre los venezolanos de hoy en día es señalar a los negros esclavos como decididos partidarios de los ejércitos de Bolívar por una vaga promesa de libertad que éste hizo pública en el año 1816. El sentido común y las evidencias documentales nos dicen que esos esclavos no tenían conciencia de un programa político propio, que como clase social, pudiera estar representando todas sus aspiraciones en obtener la libertad de sus directos opresores. Para los negros esclavos en Venezuela las dos elites blancas eran igualmente opresoras; e indistintamente fueron

manipulados para servir en los ejércitos de uno y otro. Para un hombre que aceptó los postulados de una sociedad de Antiguo Régimen, como Díaz, el orden jerárquico desde el punto de vista social y étnico era algo natural y “benigno”; cada hombre debía aceptar el destino que su condición de nacimiento le imponía. Este orden social estaba sancionado por Dios y el Rey y representaba un “orden perfecto”⁹⁵.

“Cuando hablo a V.E. de éste pueblo con respecto a opiniones y partidos, no entiendo por pueblo sino a los hombres de alguna ilustración o los que tienen que perder, o los bien ocupados padres de familia, y a los que no están incluidos en las clases más abatidas. El populacho de Venezuela compuesto de algunos blancos viciosos y despreciables y de la mayor parte de los pardos, indios, zambos y negros, no tiene opinión alguna, ni sigue decididamente un partido por inclinación, convencimiento o virtud. Toma aquel que le proporciona más licencia y medios del pillaje y de la satisfacción de sus más vergonzosas pasiones, y le abandona tan pronto como desaparecen sus esperanzas. Los mismos que en 1813 y 1814 fueron valientes españoles en La Puerta, Urica y Maturín bajo las banderas de Boves, fueron también después los que formarían la célebre caballería del disidente Páez. Sin embargo por fortuna de mi patria no es universal ésta conducta, hay algunos en las castas honrados, constantes y virtuosos; y solo los negros esclavos han tenido generalmente la gloria de dar un ejemplo heroico de virtud y sabiduría, manteniéndose firmes contra el estímulo de su libertad tantas veces ofrecida y otras tantas despreciada. Allí existen hasta el presente conociendo el precio de la verdadera felicidad de su condición en Venezuela, ocupándose en sus moderadas tareas de la agricultura, gozando tranquilamente sus propiedades; habitando en

⁹⁵ Es un error común estudiar épocas pasadas bajo nuestros propios prejuicios en el presente. Es frecuente que la filosofía o ideología que profesamos nos lleven a estudiar hechos, hombres y circunstancias pasadas con un afán calificador haciéndonos jueces. Sin darnos cuenta nuestras ideas preconcebidas anulan todo intento de comprensión basados en el respeto fidedigno al contexto histórico pasado. El anacronismo es un mal recurrente en manos de historiadores prevenidos y mal intencionados.

*sus hogares; y solo cediendo a la fuerza hasta el momento de poder escapar para volver a ella*⁹⁶”.

La apología a la esclavitud que hace Díaz puede escandalizarnos en el presente; pero hace doscientos años era asumida como una institución “normal” y de fundamental utilidad como soporte del aparato productivo agrícola. Ya hemos señalado en capítulos precedentes la preocupación de algunos jefes realistas como Cevallos, que intentaron atender el problema social y étnico venezolano dentro de la guerra proponiendo audaces reformas dentro del contexto de una sociedad genuinamente esclavista como lo era la venezolana en ese entonces.

Es muy interesante como Díaz explicó las últimas operaciones militares del año 1821 que pusieron fin a los últimos esfuerzos realistas por ganar la guerra.

Cuando Bermúdez llevó a cabo la operación de distracción sobre el centro del país nadie esperó que dicho movimiento fuera a ser capaz de amenazar a la misma capital. No obstante el elemento sorpresa y la mala distribución de las fuerzas españolas dentro del dispositivo defensivo que La Torre dispuso, hizo posible lo impensable. Las fuerzas realistas que guarnecían el centro del país ante una hipotética invasión por el este fueron completamente desbordadas y la capital fue ocupada; pero antes de que esto ocurriera las noticias de los sucesivos descalabros trajo el pánico entre la población capitalina y los saqueos empezaron a tornarse en extremo peligrosos.

“Sírvese V.E. permitirme que no aflija ni moleste la sensibilidad exquisita de S.M. con presentar el espectáculo de Caracas en aquella horrible noche S.M. sufriría inmensamente al considerar a millares de sus fieles súbditos corriendo atónitos a los montes, a lo interior

⁹⁶ *Ibidem.*

de la provincia, y al puerto de la Guaira. Niños ancianos, mujeres, enfermos, familias abandonadas a su suerte en medio de un populocho entregado al saqueo y al pillaje de las propiedades de los leales, la confusión, la anarquía, los momentos suspirados por una parte de los amantes de la revolución⁹⁷.

Fueron en realidad Bermúdez y Soublette quienes restituyeron el orden en la capital y pudieron tranquilizar a los realistas garantizándoles el respeto a lo estipulado en el Tratado de Regularización. Contra todo pronóstico una contraofensiva realista liderada por el Coronel José Pereira pudo recuperar la capital y momentáneamente tranquilizar a su población, partidaria aún, del Rey. En El Calvario, el 23 de junio, Pereira obtuvo una victoria muy importante sobre las fuerzas de Bermúdez, aunque en ese mismo momento y en otro escenario cercano se estaba a punto de librar un encuentro que decidiría la suerte de la guerra en Venezuela: la Batalla de Carabobo.

Díaz se sorprende en su informe al Rey de la inesperada acción de la caballería de Morales, que apenas iniciada la carga, ella misma se puso en fuga; igualmente presentó el ya mítico relato que salvó el honor español a pesar de la derrota, cuando el primer batallón del Valencey llevó a cabo una ordenada retirada rechazando todas las cargas de los enemigos hasta llegar al refugio de Puerto Cabello. La cara de la derrota fue contrastada con la cara del triunfalismo que embargó a los partidarios del realismo en 1815.

“Los cuerpos de infantería del Ejército se dispersaron entonces, y el primer batallón de Valencey emprendió su retirada hacia la ciudad de Valencia y Puerto Cabello, burlándose de todo el ejército enemigo que le cargó sin cesar, y causándole una pérdida considerable. El entró en Puerto Cabello el 25 y sucesivamente un asombroso número

de dispersos, cuya vista excitaba un contraste singular comparando aquellos soldados destrozados y exánime con los que miramos arribar a nuestras costas en mayo de 1815⁹⁸.

El 29 de junio Bolívar hizo su entrada en Caracas y los restos esparcidos de las divisiones realistas trataron de dirigirse desesperadamente hacia el refugio de Puerto Cabello y hacia el interior de los llanos en el Sur. La Torre a pesar de todo intentó algunas acciones de distracción hacia Coro⁹⁹ buscando resguardar los cuerpos de Pereira, que como ya es sabido, aceptaron capitular en La Guaira. Quienes resistían en Cumaná también habían capitulado y la desesperanza más agria fue el sentimiento que embargó los ánimos de los partidarios del Rey.

De acuerdo a las impresiones de José Domingo Díaz en ese trágico momento en que la derrota ya era algo inevitable, pensó que Bolívar, luego de la victoria, llegó a temer un desbordamiento de las castas a través de una guerra de “colores” que terminaría con el exterminio de la población blanca. La sociedad colonial de origen hispano llegaba a su fin y un nuevo orden llegaba a sustituirle; el miedo natural que todo cambio genera hizo pensar a los realistas que la “época dorada” que habían idealizado se había consumido inexplicablemente en una guerra intestina (“guerra de

⁹⁸ *Ibidem.*

⁹⁹ El Teniente Coronel Pedro Inchauspe insurreccionó a Coro cuando ya éste distrito estaba en poder de los republicanos el 12 de julio de 1821. El Gobernador republicano Juan Escalona fue derrotado en sucesivos encuentros pero pronto sería reforzado con nuevos destacamentos de soldados; situación ésta que obligó a La Torre a emprender una salida desde Puerto Cabello para venir a reforzar a los de Coro. El 12 de diciembre de 1821 La Torre desembarcó en Los Taques con 450 soldados y logró hacer capitular a las fuerzas republicanas que le resistieron. La Torre dejó al frente de Coro al oficial Tello y se reembarcó hacia Puerto Cabello. Más tarde ordenaría a Morales que apoyara a los corianos organizando una ofensiva en dirección a Maracaibo. Los nuevos refuerzos realistas llegaron en marzo de 1822 a Coro y el 22 Morales emprendió una rápida marcha hacia los Puertos de Altagracia. Fuerzas republicanas desde Barquisimeto, al mando de Soublette y otros oficiales, procuraron recuperar Coro y cortarle las espaldas a la columna de Morales que se tornaba peligrosa ante la vulnerabilidad de los marabinos y su ciudad. Hasta julio de 1822 Morales logró mantener ocupadas a las fuerzas republicanas que se enviaron en su contra; ya en ese entonces se le había notificado que ante la marcha del Mariscal de Campo Don Miguel De La Torre hacia Puerto Rico, debía hacerse con el mando supremo de lo que quedaba del Ejército realista de la Costa Firme.

⁹⁷ *Ibidem.*

exterminio” y *“odio de los partidos”*) de la cuál España estuvo prácticamente ausente. Monteverde había hecho la contrarrevolución del año 1812 con soldados americanos fundamentalmente; Boves en 1814 acaudilló a 8.000 zambos, indios y negros que esparcieron el terror indistintamente entre los blancos realistas y los republicanos. La anarquía que generó Boves y su cuestionamiento radical a las jerarquías tradicionales pudo acabarse en un principio con el arribo de Morillo y su cuerpo de europeos en 1815. Pero estos batalladores veteranos que habían logrado derrotar a los invencibles ejércitos del emperador de los franceses poco pudieron hacer con las terribles condiciones geográficas y climáticas del trópico caribeño. Pocos se dieron cuenta de la fallida experiencia del ejército expedicionario francés (58.000 soldados) enviado en 1802 a reprimir a los haitianos y que fue exterminado por la fiebre amarilla. Morillo y La Torre nunca tuvieron confianza en los soldados del país, y creyeron, que los refuerzos peninsulares que una y otra vez solicitaban, iban finalmente a venir y decretar el triunfo peninsular sobre los sublevados. Esta errónea suposición significó una lenta agonía por parte de las tropas realistas que fueron incapaces de enmarcar la política represiva dentro de un plan de reformas sociales que no les enajenara el apoyo de la opinión pública. Los abusos y arbitrariedades en el contexto de una guerra de exterminio estuvieron en el orden del día; y llegó un momento en que sólo el más fuerte, más bárbaro y cruel podía aspirar ganar reduciendo al otro.

El paso de colonia a república fue traumático y desgarrador para todos los implicados en esa gran carnicería que fue la Independencia de Venezuela. Ni siquiera los vencedores pudieron actuar de acuerdo a los preceptos de la filosofía liberal que les inspiraba. En realidad todo se tornó sombrío y confuso; los *“libertadores”* se asumieron en los nuevos amos de las nuevas naciones e interpretaron los designios nacionales a la medida de sus particulares intereses. La historia reciente tuvo que ser reescrita no tanto de acuerdo a lo ocurrido sino como justificación de los nuevos poderes que

sustituyeron a los funcionarios imperiales. Bolívar y sus proyectos ilustrados quedaron barridos por una realidad constituida por gentes y líderes con resistencia al cambio y cortos de mira. La idea de nación empezó por tropezarse con la vieja idea de región y provincia. Federalistas pugnaron con centralistas y los grandes ideales republicanos dieron paso al más descarado pragmatismo.

Un Bolívar vilipendiado y que muere bajo el estigma de ser considerado traidor y tirano es recuperado en 1842 para la elaboración del mito fundacional que confiere la identidad de los venezolanos. España, la enemiga, es rápidamente olvidada y negada.

José Domingo Díaz tiene una apreciación de éste final de época no muy lejano a lo que posteriormente va a ocurrir. Sobre Bolívar, a quién dedicó furiosas palabras a lo largo de su militancia periodística dentro de las filas realistas, lo consideró un hombre ávido de gloria y con la tentación de coronarse en Rey, Emperador o Dictador. Avizoró el cúmulo de circunstancias que iban a contradecir las aspiraciones de orden y paz de Bolívar y los vencedores; de la misma manera que consideró una contradicción hacer la Independencia para contribuir al encumbramiento de las castas en detrimento del sector criollo blanco.

A pesar de la derrota, Díaz fue persistente en la idea de recuperar su *“mundo feliz”*; su patria española en América. Y a pesar de lo inevitable de la pérdida de Venezuela, siguió creyendo que la larga distancia que impone el Atlántico, era la principal causa que tenía reducida toda esperanza de salvación en los numerosos venezolanos aún fieles al Rey. Además, fue firme su convicción, en el sentido, de que la pronta llegada de funcionarios competentes y honestos hacia América, reverterían la situación en los territorios cedidos al enemigo.

Los sucesos posteriores acabaron con todas las esperanzas de Díaz en volver a la patria; pero aún así no se amilanó y volvió a retomar la pluma para elaborar el documento testimonial más significativo de la Independencia de Venezuela desde la posición de los partidarios del realismo. Su obra finaliza de la siguiente manera:

“Me he separado para siempre de mi patria, pero mis recuerdos están en ella. No me es posible olvidar mi país natal, el país más hermoso del universo entero, en donde pasaron las mejores edades de mi vida y en donde reposan para siempre los restos mortales de la mayor parte de mi familia, de mis amigos y de mis más queridos condiscípulos. Es su felicidad uno de mis primeros deseos, pero no pudiendo ella existir sino bajo del gobierno de nuestros soberanos, el día de su restauración será el más alegre de toda mi vida, descendiendo después al sepulcro con aquel placer que me inspirará la certidumbre de que es feliz. Con tan graves fundamentos, debo repetir que he cumplido con mis deberes”¹⁰⁰.

Muy lejos de nosotros la tentación de juzgar a José Domingo Díaz por la implacable defensa que hizo del Rey, por el contrario, hemos valorado su testimonio histórico como uno de los más completos sobre esos terribles años de lucha. Es más que evidente que sus escritos conforman una filosa “espada” que se blandió sobre Bolívar y los republicanos. Díaz utilizó la prensa escrita como tribuna para la propaganda de guerra sin ningún tipo de escrúpulos en torno a una ética respecto a la verdad; como nadie defendió los fundamentos filosóficos del Antiguo Régimen sobre Venezuela y fue coherente con esa posición a diferencia de muchos que hicieron del oportunismo un mecanismo de supervivencia¹⁰¹. Los

¹⁰⁰ DÍAZ, op.cit., pág. 575-576.

¹⁰¹ En un período de transición histórica y cambio político donde las regularidades de la vida cotidiana quedan bajo un completo y desnudo trastorno, son comunes los actos de sobrevivencia y adaptación, más que los de traición y oportunismo con las que suelen confundirse. La gente en su mayoría se cuadra con el vencedor para poder obtener la aceptación y algo de reconocimiento ante los hechos y hombres que las nuevas realidades han terminado por imponer. Las posiciones de extrema lealtad, al estilo de la que llegó a profesar José Domingo Díaz, no son comunes, aunque hablen bien de él al demostrar pundonor y entereza en la defensa de sus principios y convicciones aún en la adversidad. Existen casos emblemáticos de camaleones al estilo del personaje que inmortalizó Briceño Irigorry: el marqués Casa León, y más recientemente la historiadora Inés Quintero al referir la trayectoria del mantuano Francisco Rodríguez del Toro. Ambos personajes fueron percibidos como calculadores oportunistas al orientar sus conductas de acuerdo a las condiciones que imponía el vencedor de turno, no obstante, ese juicio en extremo duro, soslaya el hecho de que una ingente mayoría de venezolanos en aquel trance actuó con igual pragmatismo. Véase: BRICEÑO IRAGORRY M.: Casa León y su Tiempo, Caracas, 1981 y QUINTERO I.: El último marques. Francisco Rodríguez del Toro, 1761-1851, Caracas, 2005.

panegiristas de Bolívar han cometido el grave error de juzgar los *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas* como obra escrita por un historiador cuando en realidad ese escrito representa un testimonio apasionado y atormentado de un hombre que lo sacrificó todo por la defensa de sus convicciones al lado de España y su Rey.

La Independencia del país tiene que volverse a revisar desde nuevas ópticas que ofrezcan cabida a todos los actores, indistintamente si esto a priori puede agradarnos o desagradarnos. El gran inconveniente ha sido que la historia de ese proceso se ha tergiversado peligrosamente para servir más al mito y la epopeya fundacional alrededor de la figura heroica de Bolívar¹⁰². Arremeter contra el mito bolivariano como cáncer instalado en la historia genuina de nuestro pasado, es una tarea ineludible por parte de las nuevas generaciones de historiadores, que deben entender que si bien el mito contribuye a enorgullecer a todo un colectivo, también lo aleja de una comprensión más justa y equilibrada de los hechos que sucedieron. La “Edad de Oro” que la mayoría asume que fue la Independencia del país para nosotros no es tal. La ruptura con España no fue concertada sino violenta; y luego de ocurrida, el proyecto republicano fue incapaz de concretarse a través de algunos acuerdos mínimos de parte de las distintas oligarquías y próceres surgidos de la guerra. Los libertadores impusieron sus particulares dictaduras y el pueblo sintió el arribo de una nueva tiranía mucho más cruel que la precedente. Liberarse de los libertadores fue entonces un imperativo para que algunos consideraran posible el objetivo principal de alcanzar la civilización alrededor del progreso, el orden y la paz. Nuestros procesos históricos y so-

¹⁰² Si hay en la actualidad un historiador serio y consistente en retomar críticamente el desmontaje del mito alrededor de Bolívar que inició con audacia Germán Carrera Damas hace unos cuantos años ya, es Elías Pino Iturrieta. Pino Iturrieta en sendas obras como: *El divino Bolívar. Ensayo sobre una Religión Republicana*, Caracas, 2003; *Nada Sino Un Hombre*, (Los Orígenes del Personalismo en Venezuela), Caracas, 2007; y la audaz: *Simón Bolívar dentro de la colección Biblioteca Biográfica Venezolana* bajo los auspicios de El Nacional y Bancaribe, Caracas, 2010; se ha dedicado con nuevos bríos a visitar la obra y figura del Libertador bajo los matices y la ponderación que exige el momento político actual cargado de un exceso de bolivarianismo.

ciales han quedado marcados con la cicatriz de esa larga y terrible guerra que aún se siguió peleando a lo largo de todo el siglo XIX. Lo absurdo o surrealista es que no hayamos aprendido a reconciliarnos en torno a una idea de futuro con fundamento histórico que nos permita librarnos del peso de un pasado anclado en el tiempo y sin conexión con la vida.

1.4. Francisco Tomás Morales, último Capitán General de Venezuela

No hay duda que la grave crisis de autoridad que sufrió La Torre en manos de un Ayuntamiento (el de Puerto Cabello) díscolo y envalentonado por la restitución de sus antiguas prerrogativas, catapultó el ascenso de Francisco Tomás Morales, quién ha sido considerado como el último Capitán General de Venezuela durante la presencia española en el período hispano.

Morales a diferencia de su antecesor, era un guerrillero por naturaleza y no iba a permitir un lento y seguro final en manos de sus adversarios. Quedarse encerrado en Puerto Cabello a la defensiva no iba con su espíritu ofensivo y emprendedor. Y para sorpresa de todos, tanto republicanos como de los propios realistas, logró unas inesperadas como súbitas victorias en dirección oeste hacia la zona de los andes venezolanos, Coro y Maracaibo. El movimiento de Morales fue sorpresivo para los republicanos que no estuvieron preparados para enfrentarlo con suficientes y organizadas fuerzas. La estrategia de Morales era tan sencilla como efectiva¹⁰³. Bolívar y el grueso del ejército colombiano estaban en el Sur del continente y toda la costa en el norte presentaba una gran vulnerabilidad. Libe-

radas algunas importantes cabezas de playa se podía reconquistar toda la Costa Firme con los adecuados refuerzos de algunas expediciones que se pudieran armar desde La Habana, México y Puerto Rico. Para ello era clave que el Almirante Angel Laborde¹⁰⁴ mantuviera con su flota el dominio del Caribe occidental, no sólo como apoyo de las fuerzas terrestres de Morales, sino también para garantizar que las hipotéticas expediciones de auxilio pudieran llegar sin ningún tipo de percance.

El logro táctico de Morales sólo fue un espejismo y se debió más bien al voluntarismo y audacia de su jefe. Las fuerzas republicanas, ya en esos momentos abrumadoramente superiores, no tardarían en reorganizarse y contraatacar una vez más con éxito.

El 24 de julio, en el Lago de Maracaibo, ocurrió un decisivo encuentro naval que se zanjó a favor de los republicanos.

“La batalla se libró el 24 de julio. Los buques realistas sumaban 67 cañones y llevaban 1200 hombres de los cuales más de 1000 eran americanos. Sus oponentes tenían 1800 marineros y soldados con 96 piezas. El resultado del encuentro fue un total desastre para los primeros, que perdieron más de 800 hombres y 25 de las 31 embarcaciones de todo tipo que alinearon. Los independentistas cifraron sus pérdidas en menos de 160 muertos y heridos”¹⁰⁵.

La flota realista quedó aniquilada y Morales en consecuencia completamente aislado del exterior. No tuvo otra opción que capitular (3 de agosto de 1823) y marcharse a La Habana, lugar donde haría públicos una larga recriminación en contra de Angel Labor-

103 La campaña militar hacia el Occidente venezolano que emprendió Morales puede sintetizarse de la siguiente forma: en los meses últimos del año 1822 se apoderó casi por completo de todo el Zulia: combate de Sinamaica (2 de septiembre) y conquista del Castillo de San Carlos (9 de septiembre); desde el dominio de la ciudad de Maracaibo marchó con su columna hacia la zona de los Andes (Trujillo y Mérida) en los primeros meses del año 1822, aunque sin resultados positivos ya que la población de esos lugares no le respaldó como en un principio los realistas esperaban. Ante ésta situación Morales no tuvo más remedio que regresar a Maracaibo en la espera de las hipotéticas promesas de ayuda que vendrían del exterior.

104 Angel Laborde arribó a Venezuela en el año 1820 como jefe del apostadero de Puerto Cabello; nació en Cádiz el 2 de agosto de 1.772 y murió en 1834 estando aún al servicio de los reyes españoles. Sus desavenencias con Francisco Tomás Morales están documentadas y reflejan el estado de anarquía que se vivió dentro de las filas realistas en los últimos dos años y medio de la guerra luego del fracaso en Carabobo. La desesperada última ofensiva de Morales hacia el occidente venezolano sólo podía tener algún éxito si la flota realista mantenía el dominio del mar y el control de los principales puertos venezolanos, especialmente el de Puerto Cabello y Maracaibo.

105 Albi, op.cit., pág. 338.

de, haciéndole responsable del fracaso militar que volvía a concederle todo el occidente venezolano a los enemigos del Rey¹⁰⁶.

Puerto Cabello y su bastión seguía resistiendo pero ya todo esfuerzo desesperado era inútil. Su jefe, Don Sebastián de la Calzada, tuvo que rendirse a las evidencias y capitular el 10 de noviembre de 1823 de manera honrosa, ante un enemigo que se portó de manera magnánima con el derrotado.

La historia de España en Venezuela no acabó con ese hecho militar. Por el contrario, su legado en hombres y obras perviven hasta el presente llenándonos de orgullo y satisfacción. Las circunstancias históricas nos llevaron a ser antes españoles que venezolanos y éste proceso de transición y ruptura, a todas luces doloroso y desgarrador, ha dejado algunas heridas abiertas que ya es tiempo suficiente para haber cerrado en beneficio de una historia comprensiva mucho más integral, equilibrada y con sentido profesional. El peso de un pasado construido y reinventado tantas veces bajo el impacto de esa experiencia nos ha llevado a posiciones fundadas en la inmadurez y el rencor. Hoy día ya no cabe esa absurda posición.

Conclusiones

Las conclusiones no le pertenecen al autor del libro sino a los lectores. Más allá de la vanidad de publicar nos motiva la posibilidad de incentivar el debate acerca de nuestro pasado común, y de manera especial, sobre el tema de la Independencia (1810-1830) al cuál le hemos dedicado en los últimos 17 años una atención sostenida. El periodo de la Independencia sigue estando sometido a una visión idílica y mitológica, en realidad, escolar, que tuerce su real sentido histórico. El venezolano común entiende el nacimiento nacional como un hecho guerrero ennoblecido forjado por militares impolutos y altruistas, cuando en realidad fue la violencia, junto con toda la miseria que destila, la gran protagonista. Y sus principales actores: caudillos regionales analfabetas, sin apenas formación profesional militar, y en demasía pícaros; junto con aventureros peregrinos cuya bandería difusa se intercambiaba bajo el magnetismo del que se adueñase de la victoria circunstancial. En manos de macheteros, se forjó una patria rural y primitiva, muy distante de los códigos civiles de una modernidad pretendida como esquiva.

Abrir un libro de historia sobre la Independencia nacional, es por lo general, rendir un irresponsable tributo a la guerra cuando es la paz el mayor valor cultural supremo a reivindicar. Bien sabemos que la nacionalidad nueva, la venezolana, representa una especie de inicio sacramental, un comienzo sin retorno que aplasta todos los vestigios que la nutren. Hoy, por mínima responsabilidad intelectual esto hay que rebatirlo, y matizarlo. La Independencia se nutre del pasado aborigen y los siglos coloniales junto al agregado africano, incorporado éste, de muy mala manera. Ese crisol de herencias, unas amputadas, otras desconocidas, recomponen una

106 Existe un valioso texto recopilatorio de toda la polémica que ocurrió entre Morales y Laborde y que llegó a ventilarse en los periódicos de La Habana. Luego del desastre realista en la batalla naval del Lago el 24 de julio de 1823; Morales no tuvo otra alternativa que capitular e irse a La Habana con algunos restos de sus fuerzas, previo acuerdo con los republicanos. El orgulloso jefe canario descargó toda la responsabilidad de la derrota en Laborde acusándole de inepto en el manejo de la escuadra naval bajo su mando, y muy especialmente, en el combate librado en las aguas del Lago de Maracaibo. La indignación de Laborde fue grande y no titubeó en responder ante las duras acusaciones que recaían sobre su persona. En el libro que compilaron y prologaron los profesores Millares Carlos, A. y Sánchez Díaz, C.: *Documentación Realista sobre la Batalla Naval del Lago de Maracaibo*, Maracaibo, 1973, se encuentra recogida tantos los alegatos de Morales como los de Laborde.

identidad cultural plural: una historia del resentimiento que el fracaso político, reiterado, continúa ahondando para desgracia de nuestra sociedad entera. “Sólo si analizamos el pensamiento y la obra de Bolívar apartando toda emoción filial, podremos otorgar la mayoría de edad a nuestro pueblo y, por otra parte, dejar de considerar que nuestros ascendientes españoles son culpables de todas las faltas que les fueron imputadas por los libertadores, rescatando así el pasado colonial, que es el segmento más extenso y probablemente decisivo de la historia venezolana”. (Ángel Bernardo Viso, en “Venezuela: identidad y ruptura”, 1982).

El pasado está recubierto por una espesa neblina porque es el olvido su principal sustancia. La memoria social sólo valida aquello que le conviene recordar al poder de turno de acuerdo a una festividad de lo público que funciona más como controlador y cohesionador de voluntades anónimas, que como comprensión libre y plural de un pasado caótico con muchas voces y actores.

“Estrategia de la derrota” (El Ejército Realista en Venezuela, 1819-1823), ha representado una especie de operación de salvamento histórico e historiográfico. Hemos procurado rescatar del naufragio del olvido a unos americanos españoles, que como José Domingo Díaz (1772-1834), el feroz contendor retórico de Simón Bolívar, defendieron a muerte su patria española en la Capitanía General de Venezuela. Recuperar el cuerpo amputado de nuestro pasado hispánico es no sólo un acto de justicia sino el reconocimiento de una genealogía mestiza y múltiple, epicentro de una identidad bajo el signo del desvarío intencional al que hemos sido arrastrados. Conectar a José de Oviedo y Baños (1671-1738) y Don Pablo Morillo (1775-1837) junto a Simón Bolívar (1783-1830), Andrés Bello (1781-1865), José Antonio Páez (1790-1873) y Antonio José de Sucre (1795-1830) sin traumas ni rencores es asumir nuestra historia con autenticidad y madurez.

El Partido Realista en Venezuela, monárquico, civil y militar: existió y se configuró en la defensa de una sociedad de pensamiento único, característica propia de una sociedad de Antiguo Régimen, esclavista, católica y colonial. Nuestra percepción del pasado y sus épocas siempre será anacrónica y bajo los prejuicios ideológicos del presente. La época colonial ha sido estigmatizada como un

periodo oscurantista que la “luz” de la Independencia contribuyó a superar. Ni la colonia fue toda oscuridad ni la independencia un paseo marcial de los héroes descamisados que la hicieron.

Como gran conclusión nuestra, podemos señalar, que la “estrategia de la derrota” fue la marca de hierro de los partidarios del Rey en Venezuela. Militarmente, vía represión policial, se quiso apaciguar una rebelión inspirada en una vaga idea de libertad, que en realidad no era otra cosa que hacer prevalecer el proyecto mantuano de una mayor autonomía ante la ausencia de España debido a la ocupación napoleónica (1808-1814). Salvo la presencia del Ejército Pacificador de la Costa Firme con Morillo en su comando, a partir del año 1815, nuestra guerra fue endógena, y brutalmente disputada. La Guerra a Muerte fue el desiderátum de los bandos enfrentados: el abandono de la piedad y el enseñoramiento del horror. Los sectores populares e invisibles para los partidos blancos en disputa, la mayoría de la población, participó de la Independencia como víctimas de una inclemencia a la que no fueron invitados. Y la Metrópoli, y mucho menos el régimen militar que impuso Morillo en Venezuela a partir de 1815, tuvo la sensibilidad y el dominio de la sociología, para reconocer, que sólo la reforma social sincera, podía ensanchar la base de apoyo del numeroso sector de los excluidos hacia el Rey. Bolívar y Páez vencen porque prometen la libertad de los negros, más no la abolición del odioso sistema de la esclavitud, y hacen de la guerra, una oportunidad de ascenso social desde el saqueo y los secuestros de las propiedades de los vencidos. Luego, cuando llegó la paz, todos los intentos de regularizar los comportamientos republicanos que las leyes y constituciones de inspiración extranjera se quisieron adoptar, terminaron fracasando, entre ellos, el más grandilocuente de todos: el de la Gran Colombia (1819-1830).

Este periodo último de la guerra también pone en evidencia como la geografía y la demografía delineó a los contendientes. Entre 800.000 y 900.000 fueron los habitantes de las distintas provincias de la Capitanía General de Venezuela al comenzar en el año 1810 los intentos separatistas. Finalizado el conflicto en el año 1823, hay un descenso de aproximadamente de 200.000 personas,

en su mayoría civiles. Tamaña mortandad es poco común en los anales de la historia de la guerra. Literalmente el partido realista fue aniquilado, y quienes sobrevivieron, tuvieron que hacerlo en el exilio. Las reminiscencias al partido que se identificó con la causa del Rey fueron sistemáticamente abolidas por los vencedores, los cuales se inventaron una nueva gramática y genealogía nacional surgida de una epopeya victoriosa. Las provincias “traidoras” como Maracaibo, Coro y Guayana quedaron estigmatizadas porque perdieron la guerra y no estuvieron al lado de los caraqueños, llaneros, andinos y orientales. Los historiadores de Maracaibo, en el siglo XIX, hicieron unos malabarismos historiográficos, encubridores de la vergüenza, para conectarse a la carroza del triunfo de los vencedores. La historia escamoteada y recompuesta para seguir la lógica de la institucionalidad oficial que empezó a dictarse desde la capital Caracas, asiento de todos los poderes públicos.

Otra situación interesante de éste periodo que analizamos, es que echa por tierra, la idea de un paseo de salud marcial por parte de los republicanos luego de la toma de Angostura en 1817. Para llegar al Carabobo triunfal, en junio de 1821, primero hubo un Boyacá en 1819. Morillo, a pesar de la falta de medios y recursos militares, de los refuerzos que la Metrópoli siempre le negó, mantuvo libre todo el eje costero norte donde se concentraba el país urbano, libre de sus adversarios. Bolívar, entendió, luego de dolorosas derrotas, que sólo flanqueando la fortaleza realista, atacando a la Nueva Granada por sorpresa, podría desequilibrar la guerra en Venezuela, como finalmente ocurrió. Así que la guerra nacional, nuestra Independencia, se logró primero en la actual Colombia, lo que nos permite rescatar la interconexión e interdependencia geográfica, histórica y cultural entre ambas regiones, hoy, artificialmente divididas por las fronteras y los bloqueos mentales que han terminado por prevalecer.

Una República es un paraíso de la debilidad nos dice Emil Cioran (1911-1995). El hecho más evidente de una Independencia fallida, como fue la venezolana, lo tenemos con el fracaso de la Gran Colombia (1819-1830), un proyecto geopolítico pasmoso e ilustrado (Luis Castro Leiva, 1943-1999) torpedeado por los

principales aliados del mismo Libertador con quienes se ganó la guerra a España. Y luego, el empequeñecimiento territorial, en manos de nuestros vecinos a lo largo del siglo XIX como resultado de nuestra anarquía indómita y la pobreza de un territorio devastado. En fin, la Independencia, tema encubierto por las ideologías alrededor del poder, merece ser revisitado una y otra vez, para encontrar en el presente un recuerdo justo y contrastado de la misma, y de esa forma, pasar de ser un tema cautivo a otro inspirador, de manera muy especial, entre nuestros jóvenes en el presente. Teniendo muy en claro: que el recuerdo de la guerra, con toda su podredumbre trágica, sólo debe producirnos un compromiso redoblado a favor de la paz.

Bibliografía

Fuentes Primarias

- A.G.I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España)
- A.H.N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España)
- S.H.M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España)

Fuentes Secundarias

- Albi, J.: *Banderas olvidadas, El ejército realista en América*, Madrid, 1990
- Arambarri, F. X.: *Hechos del General Pablo Morillo en América*, Murcia, 1971.
- Baralt, R. y Díaz R.: *Resumen de la Historia de Venezuela*, 2 vols. París, 1841.
- Bernardo Viso, A.: *Venezuela: identidad y ruptura*, Caracas, 2012
- Bethell L. (Edit.): *Historia de América Latina. 5. La Independencia*, Barcelona, 2000.
- Bolívar S.: *Obras Completas*, 3 Tomos Caracas, s/f.
- Briceño Irigaray, M.: *Casa León y su tiempo*, Caracas, 1989.
- Busaniche, J. L.: *Bolívar visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, 1981.
- Caballero, M.: *Juan Vicente Gómez, tirano liberal*, Caracas, 1993.
- Campos M. A.: *La ciudad velada*, Maracaibo, 2001.
- Castro Leiva, L.: *La Gran Colombia. Una Ilusión Ilustrada*, Caracas, 1984.
- Díaz J. D.: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, Caracas, 1961.
- Esteves González, E.: *Batallas de Venezuela (1810-1824)*, Caracas, 2004
- Friede, J.: *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles*, Bogotá, 1969.

- Fundación Polar: *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, 1988.
- Gaceta de Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 10 tomos, Caracas, 1983.
- Gil Fortoul, J.: *Historia Constitucional de Venezuela*, 3 T. Caracas, 1964.
- Gonzalez, A.: *La guerra de independencia en Puerto Cabello*, Caracas, 1988.
- González García, S.: "El Aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823)", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, cuarta época, año V, Madrid, 1951.
- Lombardi, A.: *Introducción a la historia*, Maracaibo, 2009.
- Lombardi Boscán, A.R.: *Banderas del rey*, Maracaibo, 2006.
- Lombardi Boscán, A.R.: *Conspiración de Maracaibo*, Maracaibo, 2009.
- Lombardi Boscán, A.R.: *Prolegómenos de la Independencia*, en *Tierra Nuestra: 1498-2009*, T.I, Caracas, 2009.
- Lombardi Boscán, A.R.: *Fin de la presencia realista en Venezuela: la Monarquía como patria (1810-1823)* en *Cuadernos de Historia Moderna Anejos*, XI. La nación antes del nacionalismo en la Monarquía Hispánica (1777-1824, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2012
- Lynch, J.: *Simón Bolívar*, Barcelona, 2006.
- Madariaga, S.: *Bolívar*, II Tomos, Madrid, 1979.
- Marx, C.: *Bolívar y Ponte*, en *The New American Cyclopaedia*, New York, 1858.
- Martínez Ruiz, E.: *La España de Carlos IV (1788-1808)*, Madrid, 1999.
- McKinley P.M.: *Caracas antes de la Independencia*, Caracas, 1987.
- Millares Carlos, A. y Sánchez Díaz, C.: *Documentación Realista sobre la Batalla Naval del Lago de Maracaibo*, Maracaibo, 1973.
- Mondolfi Gudat, E.: *Páez visto por los ingleses*, Caracas, 2005.
- Mondolfi Gudat, E.: *El Lado Oscuro de una Epopeya. Los Legionarios Británicos en Venezuela*, Caracas, 2011.
- O'Leary, D. F.: *Memorias del General O'Leary*, Caracas, s/f.
- Parker G.: *El ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Madrid, 2000.
- Parker G.: *El Éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Madrid, 2001.
- Pérez Jurado, C.: "Relación de Prisioneros Realistas. Datos y Hechos para el Estudio de la Guerra de Independencia y el Derecho Internacional de Guerra y Humanitario" en "*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*", Tomo LXXXII, Nro. 325, Enero-Febrero-Marzo, 1999.
- Picón-Salas M.: *Miranda*, Caracas, 1993.
- Pino Iturrieta, E.: *El divino Bolívar. Ensayo sobre una Religión Republicana*, Caracas, 2003.
- Pino Iturrieta, E.: *Nada Sino Un Hombre, (Los Orígenes del Personalismo en Venezuela)*, Caracas, 2007.
- Pino Iturrieta, E.: *Simón Bolívar*, Caracas, 2010.
- Quintero I.: *El último marques. Francisco Rodríguez del Toro, 1761-1851*, Caracas, 2005.
- Rodríguez Villa, A.: *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marques de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837) Resumen de su Vida*, Madrid, 1909.
- Rus, José Domingo: *Maracaibo representado en todos sus ramos*, Maracaibo, 1987.
- Sevilla, R.: *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América)*, Bogotá, 1983.
- Stoan, S. K.: *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820* publicado por la Universidad Estatal de Ohio en Columbia, 1974.
- Timothy, E. Anna.: *España y la Independencia de América*, 1986.
- Tuchman, B. W.: *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*, México, 2001.
- Uslar Pietri, J.: *Historia de la rebelión popular de 1814*, Caracas, 1972.
- Uslar Pietri, A.: *Las Lanzas Coloradas*, Cuba, 1990.
- Vallenilla Lanz, L.: *Cesarismo Democrático*, Caracas, 1961.
- Vowell, R. L.: *Las sabanas de Barinas*, Caracas, 1946.
- Waddell, D. A. G.: *Gran Bretaña y la Independencia de Venezuela y Colombia*, Caracas, 1983.
- Wadell, D.A.G.: "Bolívar y la Gran Bretaña" en *Anuario de Estudios Bolivarianos*, Instituto de Investigaciones Históricas Bolívarium, Año II, Nro. 2, Caracas, 1992.

Índice

Presentación.....	11
Prólogo	15
Introducción.....	19
1819: campaña militar sobre el Apure.....	23
1820: el año del armisticio y del fin de la “pacificación”	61
1821-1822-1823: fin de la presencia realista en Venezuela.....	95
Conclusiones.....	125
Bibliografía.....	131

Estrategia de la derrota, de
Ángel Rafael Lombardi Boscán,
se termino de imprimir el día
24 de octubre de 2016 en los
talleres de Grafiforca, C.A.
Maracaibo - Venezuela

Con un libro previo tras la misma indagación, el autor encara la continuidad de la perspectiva realista ya ahora en el examen y descripción de las acciones que condujeron al ejército español a la derrota definitiva, a la pérdida de una guerra y la colonia, o provincia, como era la designación oficial. En precisa síntesis, pocas pero suficientes páginas, asistimos a la anatomía de esos años poblados de batallas pero también de estrategias y acomodos de lado y lado, y donde evolucionan más que triunfos y derrotas. Esta manera de seguir el hilo de la guerra incorpora cuánto hay de imprevisto fuera del teatro mismo, las tensiones rastreables en los documentos aportan datos que no es posible valorar desde el solo escenario.

Miguel Ángel Campos



UNICA